



Círculo Rojo
EDITORIAL

Sela García Pedrera

EL CALLEJÓN ESCONDIDO

(A VECES LOS SUEÑOS SE HACEN REALIDAD)

El callejón escondido

(A VECES LOS SUEÑOS SE HACEN REALIDAD)

Sela García Pedrera



Primera edición: marzo 2018

ISBN: 978-84-1350-301-1

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Sela García Pedrera

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Imagen de cubierta: 123rf - Anna Kucherova

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

A los que ya no están conmigo en este mundo y echo de menos cada día de mi vida, a mis abuelos Manolo y Josefa y a mi primo Lino. Sé que nos volveremos a encontrar, en otro tiempo, en otro lugar, pero nos juntaremos de nuevo. Os veo en el cielo.

1

Para mí ya no pasa el tiempo, ya no siento dolor, todas las sensaciones desaparecieron. Hace mucho que dejé atrás mi cuerpo y, con él, todo lo humano. Ahora todos nosotros estamos formados solo por energía, la misma que alimenta nuestra alma; la recibimos a través de nuestro nuevo planeta, donde hemos llegado después de un largo viaje; pero ha empezado a apagarse y tememos que se agote. ¿Qué pasaría si se apagara? Es probable que nuestro mundo desapareciera. La única solución es volver a la Tierra. Allí tenemos que ir para averiguar qué está pasando, y a mí me han encomendado esa tarea.

Según la profecía, solo un nacido entre el cielo y la Tierra llevará la suficiente energía para que nuestro planeta resurja, y yo voy en su busca, sin saber muy bien qué me encontrará.

Los maestros se han reunido, van a traspasarme todo su poder y parte de la reserva de energía que nos queda para aguantar en la Tierra. Allí nuestra vida se apaga rápidamente y no tendré mucho tiempo para llevar a cabo mi misión, me quedaría atrapada, moriría y mi viaje volvería a ser muy largo hasta llegar aquí de nuevo.

Ha llegado la hora, me pongo en camino hacia el punto de reunión. Noto que alguien se me acerca y, sin llegar a ver quién es, lo percibo. «Padre —le digo— deberías estar reunido con los maestros, es el momento de la marcha». Él me dice: «Olivia, hija mía, eres muy valiente... No va a ser fácil, pero sé que lo conseguirás, estoy seguro de ello. Solo te pido que, pase lo que pase, vuelvas conmigo». Confiada en mi palabra, le aseguro que lo intentaré. No quiere decirme lo que de verdad siente, que no volveré tan pronto como él desearía. Se marcha y yo le sigo.

La ceremonia es breve. Todos se reúnen en torno a mí y de ese círculo surge una luz cada vez más cegadora que me envuelve. Me siento rebosante de fuerza y, sin darme cuenta, empiezo a elevarme. Estoy volando hacia el portal que me lleva directamente a mi antiguo planeta, al que fue mi hogar. Este viaje será más corto que el que hace tanto tiempo me trajo hasta aquí.

La llegada a la Tierra me agota, pero me repongo enseguida. Ahora utilizaré parte de mi energía para materializarme en un cuerpo humano. No sé el tiempo del que dispongo, mi misión debe ser rápida. Lo primero que noto es una sensación que tenía olvidada, siento frío. Camino por una calle, me cruzo con gente, y me doy cuenta de cómo ha cambiado todo a mi alrededor... ¿Sabré reconocer el camino? Necesito encontrar el libro, solo en él hallaré las respuestas que busco y, sobre todo, cómo regresar antes de que empiece a debilitarme. Un escalofrío me recorre la espalda, mezcla del frío que todavía siento y quizá también del miedo. Acelero el paso y, sin querer, suelto un resoplido por todas esas sensaciones olvidadas que me superan. Justo en ese instante tuerzo una esquina y me choco de frente con otra persona que camina en sentido contrario, eso me hace perder el equilibrio y caer de rodillas, otra sensación olvidada: el dolor. Levanto la

vista y veo una mano tendida hacia mí que luego me agarra con firmeza y tira suavemente para levantarme. Lo que en ese momento siento no recuerdo haberlo sentido nunca, es como un chispazo que me recorre todo el cuerpo.

—¿Se ha hecho daño, señorita? Discúlpeme, no la había visto —dice mientras me ayuda a levantarme.

—No, discúlpeme usted a mí —respondo ruborizada—, iba con prisa y casi le he arrollado. —Sus ojos dorados me miran, ¿dónde he visto yo antes esos ojos?

—No tiene importancia, al fin y al cabo, usted ha sido la más perjudicada. ¿De verdad se encuentra bien?

—Sí, sí, no es nada.

—Bueno, entonces sigo mi camino y que le vaya a usted bien.

—Gracias, lo mismo le digo.

Él reanuda su marcha, pero yo no me muevo, me doy cuenta de que estoy completamente perdida y no sé hacia dónde tirar. No es posible que no reconozca ni un solo lugar cuando he pasado aquí una vida entera. Debo buscar algún sitio que no haya cambiado demasiado con el paso de los años... quizá una iglesia. Giro sobre mí misma y de pronto choco con alguien de nuevo. Definitivamente este no es mi día. Al levantar los ojos vuelvo a encontrarme con esa mirada.

—Vaya, parece que estamos destinados a chocarnos hoy. —Una leve sonrisa acude a nuestros labios.

—Sí, eso parece... Discúlpeme, ya me iba pero me he dado cuenta de que estaba usted un poco perdida y como nunca la he visto por esta zona... ¿Busca algo o a alguien? Perdona, antes no me he presentado, mi nombre es Manuel.

—Encantada, Manuel, mi nombre es Olivia. Pues sí, la verdad es que busco una iglesia grande, muy grande, que estaba cerca de un árbol enorme y de un prado inmenso.

—Vaya, por el tamaño que tienen las cosas en su recuerdo, diría que no ha vuelto usted por aquí desde niña, ¿me equivoco?

—Desde niña... Sí, es posible. En realidad, no puede hacerse una idea de la cantidad de años que han pasado desde que me fui de aquí... —El doble sentido de mis palabras me hace reír—. Es posible que todo haya cambiado un poco más de lo que esperaba.

—Ningún problema, ¡me proclamo guía de la expedición! Podemos empezar por tutearnos, si te parece bien.

—Me parece perfecto, Manuel.

—Veamos, tenemos exactamente cinco iglesias a nuestro alrededor. Empezaremos por la más grande, a ver si hay suerte.

—Te lo agradezco mucho, pero no me gustaría molestarte. Seguro que te encaminabas hacia algún lugar y yo te estoy retrasando.

—No te preocupes, no dejo nada importante.

Posa la mano suavemente en mi espalda para indicarme el camino y vuelvo a sentir ese chispazo que nace en ese punto y me recorre el cuerpo. ¿Lo habrá notado él también? Nos ponemos en camino y Manuel me muestra los sitios por donde pasamos, pero no me viene ni un solo recuerdo y empiezo a asustarme. No tengo mucho tiempo y necesito encontrar el libro. Sin embargo, a pesar de mi temor, disfruto de la compañía de Manuel. Es un joven elegante con preciosos ojos dorados que reflejan los destellos del sol, pelo castaño pulcramente peinado hacia un lado y ese gracioso hoyuelo en mitad de la barbilla que le da un aire casi infantil. Por su traje gris y zapatos a juego con el maletín de piel, me hace imaginar por un momento su profesión. Manuel me describe lo que

encontramos a nuestro paso, yo le escucho con interés. De pronto, me paro en seco, giro sobre mí misma, reconozco esta plaza, ya he estado aquí antes. Los recuerdos llegan de golpe llenando por completo mi mente. Yo jugaba aquí cuando era pequeña. Mis ojos se llenan de lágrimas al acudirme los recuerdos, uno a uno, del rostro de mis hermanos, mi madre, mi padre, aunque a él no le he perdido porque nuestras almas se buscaron hasta el más allá. ¿Pero dónde están los demás? ¿Adónde les ha llevado su viaje? Casi me olvido de mi acompañante cuando me coge por el brazo y me sobresalto.

—¿Estás bien? —Su rostro muestra preocupación. No sé quién es, ni por qué se ha cruzado en mi camino, pero estoy segura de que no ha llegado por casualidad.

—Manuel, reconozco esta plaza, no estoy lejos de la casa en la que vivíamos mi familia y yo; aunque todo ha cambiado mucho. Aquí había un molino, yo venía con mi padre a moler el trigo.

—¿Qué dices? ¡Un molino! —Manuel comienza a reír. Yo cada vez me pongo más seria porque no entiendo nada—. Sí, tienes razón, esta es la Plaza del Molino, pero de él solo queda el nombre. Por lo que sé, el molino desapareció hace más de trescientos años, pero tu historia ha estado graciosa. Así que, ibas al molino de pequeña con tu padre, ¿no?

Mis mejillas se encienden por momentos, cómo he podido ser tan torpe, en adelante debo tener más cuidado con mis palabras.

—Me alegro de haberte hecho reír... Bueno, pues ya me he situado y reconozco la zona, es hora de que sigas tu camino, Manuel, has sido muy amable. —Alargo mi mano hacia él en forma de despedida, y él la aprieta suavemente.

—Ha sido un verdadero placer guiarte hasta aquí, y, sobre todo, haberte conocido.

—Gracias, Manuel, lo mismo digo. —Me doy cuenta de que seguimos unidos por la mano y le suelto lentamente.

—Olivia, espero que nuestros caminos vuelvan a cruzarse algún día y que te vaya bien. —Se aleja haciendo una leve inclinación con la cabeza.

Ahora tengo que centrarme en mi búsqueda. Si la memoria no me falla, en una calle que salía de esta plaza estaba la librería. Mi corazón empieza a acelerarse, si no está allí, no sabré por dónde seguir. Es mi única esperanza. Tuerzo en la primera calle, pero nada, en la segunda tampoco, y así llego a la tercera con un presentimiento. Sí, este es el lugar. Bajo la calle en pendiente y, al llegar a un edificio que reconozco perfectamente, voy a mi derecha y me cuelo entre dos edificios. A simple vista parece un callejón, pero un poco más adelante se abre de nuevo hacia una calleja llena de tiendas ocultas, donde solo entra la gente que conoce el lugar, quedando escondida para el resto de personas que, simplemente, pasan por allí. He llegado al lugar. Lo primero que veo es una floristería, el aroma que sale me envuelve y me hace recordar el olor de mi casa. Apenas hace unas horas que me he marchado y ya la echo en falta. La melancolía que siento me hace reconocer que mi regreso no será tan rápido, pero lo importante es que pueda acabar mi misión y devolver la esperanza a mi mundo.

La siguiente tienda emana un olor completamente diferente, que me hace salivar, me había olvidado por completo de que mi cuerpo necesita comida y lleva varias horas sin comer. Es una tiendecita que vende de todo, de ella sale una mujer menuda que lleva en sus manos un platillo con dulces. Se acerca a mí y me saluda como si hubiera estado esperando mi llegada.

—Coge una galleta, muchacha, debes estar desfallecida —dice con una sonrisa.

—Gracias, buena mujer. —Cojo una galleta que tiene una pinta muy apetitosa y me la como con rapidez, mientras la mujer se encamina de nuevo hacia su tienda.

—Si quieres más, no dudes en pasarte por aquí, Olivia —dice, al tiempo que desaparece tras la

puerta.

Pero ¿cómo sabe mi nombre? ¿Acaso ya me esperaban en la Tierra? Sé que hay personas que siguen conectadas a este mundo a través de otras que tienen un don, sin duda esa mujer lo tiene y ha sido informada de mi llegada.

Sigo caminando, me detengo delante del escaparate de lo que parece una librería. Sin dilación, empujo la puerta. Al entrar, el cambio de luz me deja momentáneamente sin visión, hasta que mis ojos, poco a poco, se adaptan a la penumbra y distingo varias mesas vacías a mi alrededor. Detrás hay unas estanterías llenas de libros que parecen muy antiguos. En un lateral, hay una puerta por la que sale un anciano. Tiene barba blanca y se apoya sobre un bastón que debe tener sus mismos años. Me mira y se acerca a mí con dificultad.

—¿Qué trae por aquí a una joven muchachita? ¿Buscas algún libro en particular? —No sé qué responder. ¿Cómo explicarle que ni siquiera yo misma sé lo que estoy buscando? Él insiste—. Pero pasa, pasa, no te quedes en la puerta. Estos libros son antiguos, pero seguro que encuentras uno para ti.

—Muchas gracias, señor. Me gustaría mirar un poco —digo, a la vez que me acerco a las estanterías.

—Claro, lo que quieras, niña. Si me necesitas, llámame —dice con tono amable mientras desaparece por la misma puerta por la que salió.

Ahora debo buscar el libro. Aquí hay verdaderas reliquias de un valor incalculable. Filas y filas de libros antiquísimos. Recorro las estanterías despacio. Poco sé del libro, simplemente lo que los maestros me han contado. Hace mucho tiempo, tanto que no se puede contabilizar (sobre todo, porque nosotros ya no medimos el tiempo como se hace en la Tierra), en un plano parecido al nuestro, otros, cuya energía de sus almas se agotaba, consiguieron solucionarlo. No es mucho lo que sabemos de lo que pasó, pero sí que uno de ellos lo dejó todo escrito en un libro. Y ese libro está aquí, en la Tierra, en la librería escondida, y, según las indicaciones que me han dado, tiene que encontrarse en este lugar.

Después de recorrer las estanterías, una a una, me pongo manos a la obra. Cojo libros al azar, tarde o temprano daré con él. Me siento junto a una mesa y empiezo a hojearlos. Inmersa en la lectura, no percibo que la puerta de la calle se abre y alguien se acerca a mí.

—Llevas aquí demasiado tiempo, muchacha. Te he traído algo para que comas o te vas a enfermar. —Al levantar la vista, me encuentro con la mujer menuda de la tienda de al lado, y me percato de que llevo allí mucho tiempo al ver una gran pila de libros a mi lado y la oscuridad a través de los cristales del escaparate—. He preparado una habitación para ti, he supuesto que la necesitarías, y también un cambio de ropa. Ven cuando hayas acabado —dice al tiempo que se gira hacia la puerta. Yo ni siquiera había pensado en dónde pasar la noche.

—Gracias... No sé cómo es su nombre...

Ella se vuelve hacia mí.

—Puedes llamarme Elvira, y no tienes que agradecerme nada. Mejor piensa que tienes a alguien allí arriba que te protege, estés donde estés —dice y, sin más, sale de la librería.

Después de comer con un hambre voraz todo lo que me ha traído, empiezo a colocar los libros en sus huecos y, cuando termino, me siento cansada y muy decepcionada. Supuse que no sería tan difícil encontrarlo y me he equivocado. El tiempo se agota, pero no me daré por vencida, mañana será un nuevo día.

—¡Señor, disculpe, me voy ya! —grito a través de la puerta por donde desapareció antes el anciano.

—Vuelve cuando quieras —responde su voz en la lejanía.

Salgo de allí, la mujer me espera sentada en una mesita que tiene delante de la tienda, con una taza de té en la mano.

—Acompáñame, Olivia, y te muestro tu habitación.

Llegamos al dormitorio. Es una pieza pequeña, pero muy acogedora. Me tumbo en la cama y enseguida el sueño me vence.

Despierto cuando ya ha amanecido, me cuesta un tiempo recordar dónde estoy. Me siento cansada, mi energía disminuye por momentos. ¿Cuánto tiempo aguantaré? Debo darme prisa o no tendré fuerzas por volver a mi casa.

Desciendo la escalera y encuentro encima de la mesa un gran desayuno. ¿Cómo podía haber olvidado el placer que se siente con una buena comida? Sin duda, lo echaré de menos cuando me vaya. Me siento a la mesa y en ese momento Elvira se une a mí.

—¿Qué tal has dormido? Espero que hayas encontrado tu habitación confortable.

—Sí, muy bien, la verdad. Es que hacía tiempo que no dormía tan a gusto... «En realidad, ha pasado mucho tiempo desde que durmiera por última vez», pienso y sonrío.

—Te vendría bien dar un paseo, hoy hay mercado en la Plaza del Molino. Seguro que encuentras algo de tu agrado. —Me guiña un ojo y se va a la cocina.

Un paseo es una buena idea, así se despejará mi mente y volveré a la librería con más ánimo.

Salgo a la calle y me encamino hacia la plaza. Hace una bonita mañana. Miro hacia arriba y veo el cielo completamente azul y pienso en mi casa, en mi padre, y en cuánto los echo de menos... Con este pensamiento me adentro en el mercado. La plaza está atestada de gente yendo y viniendo entre los tenderetes que venden mercancías de todo tipo. Encuentro puestos de frutas, de flores, de quesos y, más allá, uno que vende colgantes. Son piedras de distintos colores engarzadas en unas finas cadenas doradas, nunca había visto nada tan bonito.

—¿Le gustan? —me pregunta el dueño del puesto—. Elija uno, ¿cuál prefiere?

—No, no, muchas gracias, son preciosos, pero no he traído dinero. En otra ocasión será.

—Vamos, mujer —insiste el hombre mostrándome varios colgantes—, que no cuestan mucho.

—Ya me gustaría, de verdad, pero no puedo.

El hombre se vuelve con cara de fastidio y entonces alguien habla a mi espalda.

—Póngale a esta señorita el que más le guste. Yo me hago cargo de la cuenta.

Me doy la vuelta y me encuentro con él, con Manuel.

—Vaya, qué casualidad volver a encontrarnos.

—Pues sí, y para mí es un placer verte de nuevo... Y ahora insisto en que elijas un colgante.

—No, de verdad, no puedo aceptarlo. No tienes por qué comprarme nada —digo, mientras veo cómo saca su cartera y se dispone a pagar.

—Entonces tendré que elegir yo por ti, si no lo haces tú.

—Está bien, está bien... Escojo este —respondo ruborizada, mientras cojo un colgante con una piedra negra brillante que atrapa mi atención—. Gracias, te devolveré el dinero en cuanto pueda.

—No será necesario —dice él, al tiempo que posa su mano en mi espalda para guiarme fuera del puesto y vuelvo a notar esa descarga que me recorre toda la piel.

Manuel se vuelve hacia mí, nos miramos a los ojos... Ese color dorado brillante me cautiva. Por impulso, me acerco y le doy un suave y breve beso en la mejilla.

—No sé por qué —me susurra—, pero llevo deseando esto desde que chocamos la primera vez. Su mano ya no se posa suavemente en mi espalda, sino que abarca toda mi cintura—. Olivia, ¿tienes planes para comer?

—No, ninguno —respondo con una sonrisa dibujada en mi cara encendida por una mezcla de vergüenza y emoción. Me olvido de todo, de quién soy, de la misión que me ha llevado hasta aquí...

El resto del día pasa sin darme cuenta junto a él. Comemos, paseamos y, sobre todo, hablamos. Cuando de nuevo me acompaña a la Plaza del Molino está anocheciendo. Nos cuesta separarnos. Manuel se acerca a mí y deja un suave beso en mis labios, luego otro más profundo que nos hace desear más, mucho más.

Lo veo alejarse y entonces bajo de mi nube y me doy cuenta del error que he cometido. He perdido todo el día para llevar a cabo mi misión. Salgo corriendo hasta el callejón escondido y, cuando llego casi sin aliento, encuentro la librería cerrada. Tampoco está Elvira en la tiendecita de al lado. Subo a mi habitación y me tumbo en la cama. Ha sido un día muy intenso y la energía se me va agotando por momentos.

En cuanto amanece, me levanto y desciendo las escaleras. No encuentro a nadie en la tienda, aunque el desayuno está preparado en la mesa como la mañana anterior. Como rápido y salgo a la calle. La puerta de la librería sigue cerrada, quizá es demasiado temprano. Decido entonces pasear para hacer tiempo. Camino por las calles que ya se han llenado de gente, sin rumbo, simplemente ando y cuando quiero darme cuenta estoy desorientada. He pasado ya por aquí antes.

Doblo la siguiente esquina y me encuentro de frente con alguien... No puedo creerlo, ahí están esos ojos dorados que me miran risueños.

—Vaya una señorita que siempre parece perdida —dice Manuel en tono burlón, mientras me agarra por la cintura. Mi corazón bombea con fuerza por lo cerca que tengo el suyo.

—Está claro que nuestro destino es encontrarnos, ¿no? —respondo, a la vez que me retiro un poco de él.

—¿Quieres tomar un café, Olivia?

—Bueno, me encantaría, pero hoy tengo mucha prisa. Debo llegar a un sitio...

—Me comprometo a ser de nuevo tu guía, pero si aceptas tomar un café antes.

Al final accedo, ¿quién puede resistirse a esa mirada?

Nos sentamos en una pequeña cafetería y, como el día anterior, el tiempo vuela a nuestro alrededor sin apenas darnos cuenta. A mediodía, entramos en un restaurante que a él le encanta para comer. No paramos de hablar durante toda la comida como si nos conociéramos desde hace mucho tiempo... Es probable que hayamos coincidido en una vida anterior, la complicidad que hay entre nosotros es sorprendente.

Después de la suculenta comida, mis párpados empiezan a cerrarse. Manuel me propone dar un paseo por un bosquecillo cercano para despejarme y, cómo no, acepto. Todo lo demás pasa demasiado rápido, el paseo entre los árboles, el frescor del arroyo que corre a nuestro lado, un alto en el camino para descansar tumbados en la hierba, la cercanía que nos une, un beso que empieza y ya no para... Todo ello nos conduce a unir no solo nuestros cuerpos sino también nuestras almas, y entonces sé que él es mi destino y que ya no nos separaremos. Yo estoy aquí por él. La profecía se ha cumplido. Ahora entiendo que esta es mi misión: en mi vientre crecerá un ser nacido entre el cielo y la Tierra, una niña que será la salvación.

Pasan los días tan deprisa que se convierten en semanas, mientras vivimos la historia de amor más hermosa de nuestras vidas. Al enterarnos de que nuestro amor ha dado su fruto tan rápidamente, preparamos una boda y nos mudamos a la casa que él ha comprado para mí.

El tiempo pasa, mi vientre se va abultando y la felicidad de ambos es infinita. Empezamos a preparar la llegada del bebé, mucha gente nos hace regalos. Me dedico a colocar la habitación de

la pequeña, no quiero pensar en cuánto tiempo aguantaré.

Inmersa en mi tarea, de pronto, siento una pequeña brisa que me roza casi imperceptiblemente. Para cualquier persona no es más que un escalofrío, pero yo sé que él está aquí antes incluso de notarlo, y me giro rápidamente... «Padre, ¿qué haces aquí?, no deberías venir a este mundo, sabes que esto te debilita». Él se acerca a mí, ni siquiera ha adoptado una forma humana, solo es una luz tan brillante que apenas me deja ver más allá y cuyo calor me envuelve... «Olivia, he venido a buscarte, todavía estás a tiempo de volver conmigo. No continúes con esto, no tienes por qué hacerlo. Regresa conmigo, por favor...». El sonido de su voz solo suena en mi cabeza y trona en mi corazón. Tengo que reunir todas las fuerzas que me quedan, que ya no son muchas, y revelarles que no hay vuelta atrás... «Es el destino, padre, no es mi decisión. Un ser crece dentro de mí y no puedo volver contigo, la profecía se está cumpliendo: ella es la elegida y ocupará mi lugar cuando llegue el momento, es nuestra salvación...».

La luz se hace más brillante y de ella aparece mi padre con forma humana.

—Padre, esto es peligroso, podrías no tener la fuerza suficiente para volver.

Mi padre se acerca a mí y nos fundimos en un abrazo de despedida, ambos sabemos que es un hasta luego, que volveremos a vernos en otro tiempo o en otro lugar, y estaremos juntos de nuevo.

—Eres muy fuerte, Olivia, esto será duro para ti, pero cuando tengas que irte y dejar a tu hija en este mundo, antes de concluir tu viaje y reunirnos de nuevo, debes cuidarla desde donde estés. Guíala hacia nosotros, la estaré esperando como te esperé a ti en su momento. Y esperaré todavía con más ganas el momento en que tú y yo nos reunamos de nuevo.

Vuelve a deslumbrarme una luz cegadora, y después solo queda oscuridad en la habitación, y en mi corazón un gran dolor. Renuncio a mi vida para que surja una nueva y solo por eso tengo que ser feliz. Adiós, padre, nos veremos en el cielo... Una lágrima cae por mi mejilla que me sorprende, no recordaba lo que era llorar, no recordaba lo que significa ser humano.

Se abre la puerta y entra mi amor. Al mirarle, mi pena se hace aún mayor. No se imagina que, llegado el momento, nos tendremos que separar. No nos queda mucho tiempo para estar juntos, la despedida está cerca.

—¿Qué pasa, Oli? ¿Por qué lloras?

Se acerca a mí y me toca la frente, la cara, la barriga que crece y cada día se nota un poco más. La preocupación que demuestra por mí es increíble, no puedo ser más feliz a su lado. Un torrente de lágrimas desborda mis ojos.

—Estoy bien, no te preocupes, y tu hija también. Serán las hormonas como dice todo el mundo.

—Todavía no entiendo cómo puedes estar tan segura de que será una niña, si ni siquiera los médicos han podido verlo y tú lo aseguras convencida... Anda, deja de llorar, Oli, que el bebé lo nota. —Me llena la cara de besos hasta que me hace sonreír y me envuelve con un abrazo cargado de amor, pero en parte también de despedida.

Cuando me quedo a solas, en mi cabeza ronda lo que mi padre me ha dicho horas antes, que tendré que guiar a mi hija hasta su destino, pero ¿cómo hacerlo sin poder ayudarla desde aquí? ¿Cómo la conduciré hasta el libro? Sin duda, encontrarlo es lo único que la hará llegar hasta el portal que separa los dos mundos...

Decido entonces escribir una carta, pero en ella no puedo revelárselo todo sin más. El escrito podría caer en manos equivocadas y los efectos serían desastrosos. Lo único que puedo hacer es intentar guiarla hasta allí y confiar. Al fin y al cabo, mi poder quedará en ella. Resuelvo que la carta le será entregada en su veintiún cumpleaños, y en ese momento su poder se intensificará con

mayor claridad. La guardaré muy bien hasta el último momento, hasta el día de mi marcha y solo entonces se la daré a Manuel para que se la entregue a nuestra hija cuando sea la hora.

Sin más demora, me siento a escribir.

El tiempo pasa rápido y mis fuerzas ya son mínimas. Se acerca el momento y nada puedo hacer. Mi bebé llegará a este mundo y ya no me encontrará aquí... No puedo esperar más, tengo que hablar con Manuel, explicarle lo mejor posible lo que va a pasar y el papel que tendrá que desempeñar.

Como puedo, me levanto de la cama en la que estoy postrada desde hace días. Abro el último cajón del aparador donde tengo escondida la carta que meses atrás he escrito para mi niña, y que su padre le tendrá que entregar en su veintiún cumpleaños. En el sobre, junto a la carta, guardo mi colgante, el que Manuel me regaló en la plaza aquel día de mercado. Sello el sobre y lo guardo en el cajón por última vez. Manuel entra en la habitación y, al verme en pie, se asusta y corre a sujetarme.

—Pero ¡¿qué haces levantada?!

Me lleva hasta la cama. Su rostro está desencajado, ha perdido peso en estos últimos meses al ver cómo me voy apagando día tras día..., aun así, sigue siendo igual de atractivo que el día que le conocí. No tiene descanso, vela por mí día y noche y eso le está costando su propia salud. A estas alturas solo quiero que todo pase rápido, para no verle sufrir de esta manera.

Ha llegado el momento, no puedo posponer más la conversación. Quizá luego sea demasiado tarde...

—Manuel, ven, siéntate a mi lado. —Él se sienta y me coge de la mano.

—¿Qué necesitas, mi amor? ¿Tienes hambre?

—No, solo necesito contarte algo, pero tienes que asumir lo que voy a decirte, aunque no lo entiendas, ¿me lo prometes?

Su rostro refleja extrañeza.

—No te entiendo, Olivia, ¿qué intentas decirme?

—Ya queda muy poquito para que llegue nuestro bebé y creo que, en el fondo, igual que yo, tú sabes que no podré cuidarla contigo. Es a ti a quien ha tocado esa tarea...

—¿Qué estás diciendo, Oli? —me interrumpe—. Claro que estarás aquí con nosotros. En cuanto te repongas, todo irá bien, solo hace falta que hagas un último esfuerzo y todo esto habrá pasado.

—No, Manuel, escúchame. Cuídala mucho, protege a nuestra niña por los dos. Háblale de su madre, dile que la quiero y lo que la habría cuidado si me hubieran permitido quedarme más tiempo... —Las lágrimas inundan mi cara, pero tengo que hacerlo, tengo que contarle todo hasta el final.

—Pero ¿por qué me dices esto?

—Déjame terminar, Manuel. No puedo contarte todo, pero tendrás que confiar en mí. Nuestra hija viene a este mundo con una misión y necesito que, llegado el momento, le entregues una carta que guardo allí, en el cajón de mi aparador. Tráemela, por favor. —Él abre el cajón y coge la carta. Me la tiende, pero yo cierro su puño sobre ella. —No permitas que nadie la abra, tendrá que hacerlo ella misma el día de su veintiún cumpleaños, ¿me has entendido bien?

—No, no te he entendido, pero haré lo que me pides, lo haremos juntos, estoy seguro.

No puedo contener las lágrimas que ruedan sin freno por mis mejillas. A pesar del sufrimiento que estoy pasando, me siento aliviada al ver que él asume sin más lo que tiene que hacer, sin preguntarme nada. Y tal es mi alivio en ese momento, que me sirve de detonante para lo que

llevamos esperando nueve meses... Un dolor intenso cruza mi espalda y entonces, tras largas horas de esfuerzo y dolores, ante un Manuel desencajado por la preocupación, Celia llega y yo me voy.

2

Otra vez ese sueño tan extraño, cada vez me ocurre con más frecuencia. Veo gente que me sonrío y no reconozco, todo a mi alrededor es diferente, pero estoy tranquila y feliz. Me despierto con una sensación tan rara. En fin... otra vez lunes, y está sonando el despertador, debería apagarlo antes de que despierte a todo el edificio. Me desperezo y me retuerzo sin ganas de levantarme, qué malos son los lunes. ¡A la ducha! Después de un buen desayuno, me arreglo con más ganas de lo normal. Hoy me pondré esos vaqueros que me sientan tan bien, a ver si cierto chico, que yo me sé, también se da cuenta y me mira como yo estoy deseando.

En cuanto salgo de casa empieza a sonar el móvil, hoy va a ser un día muy largo, lo sé nada más ver la foto de mi padre llenando toda la pantalla.

—Buenos días, papá, ¿qué pasa? —Que me llame tan temprano me hace ver que ya está nervioso porque ha llegado el día.

—¿Que qué pasa? ¡Feliz cumpleaños, ratoncita! —Y empieza a entonar todo tipo de canciones de cumpleaños, como todos los años. Y yo le escucho pacientemente hasta que termina la última canción.

—Papá, por favor, no me digas ratoncita que ya no soy una niña... Muchas gracias por llamarme... tan temprano, por cierto.

—Es que estoy preparándote una superfiesta para esta noche, no se te ocurra hacer otros planes, ¿eh? Te quiero aquí a las nueve en punto. Este va a ser un cumpleaños muy especial, ya lo verás, hija.

—¿Y qué tiene de especial este cumpleaños, papá? —Ahora sí que ha despertado mi curiosidad.

—Ya lo verás, te veo a las nueve. Te quiero, hija.

Mi padre está especialmente raro hoy, seguro que me ha comprado algún regalo extraño de esos que pide por internet.

—Vale, papi, te veo luego. Yo también te quiero.

Continúo mi camino hacia el trabajo, dándole vueltas a qué se le habrá ocurrido a mi padre esta vez.

Cuando llego a mi planta, salgo del ascensor esperando un comité de bienvenida por parte de mis compañeros, pero extrañamente nadie parece darse cuenta de que he llegado y de que, además, hoy es mi cumpleaños. Sin mirar a nadie, aunque impaciente por alguna reacción, llego hasta mi mesa y... nada. Definitivamente no se acuerdan, a lo mejor influye que no se lo haya dicho a mucha gente porque esas cosas me dan bastante vergüenza. Así que me pongo a trabajar, estoy intentando ordenar un poco mi mesa, ya ni se ve de la cantidad de papeles que tengo, no encuentro ni siquiera el ratón del ordenador.

De repente, mi compañera de mesa se abalanza sobre mí.

—¡Feliz cumpleaños, amiga! —grita, a la vez que se abraza a mi cuello.

—¡Shhhh! Que no te escuchan, Sofi, no quiero que se entere toda la oficina.

Qué vergüenza me da.

Mi compañera, Sofía, es una chica un tanto extraña, tiene un brío fuera de lo normal, nunca está triste, ni parece tener problemas de ningún tipo, siempre feliz. No sé por qué, pero cuando está a mi lado, me contagia su energía, aunque, si lo pienso bien, la verdad es que tengo mucha empatía con la gente en general. Llego a sentir lo mismo que las personas que están a mi alrededor y tengo la sensación de que cada vez me pasa con más frecuencia.

Estoy perdida en mis pensamientos, cuando Sofía me da un codazo para que mire quién se acerca. Y ahí está Álvaro, el chico más guapo de toda la planta, qué digo de toda la planta, de todo el universo, y se acerca a mí con sus andares perfectos, sus vaqueros ajustados y un jersey que se le adhiere al cuerpo de tal forma que poco deja a la imaginación.

—Buenos días, compañeras. Celia, necesito que me pases una relación de los clientes nuevos de este mes, solo los que han solicitado un alta nueva, ¿de acuerdo?

—Dale un respiro, Álvaro, que hoy es su cumpleaños —suelta Sofía sin pestañear. Enseguida empiezo a notar cómo mi cara va subiendo de tonos hasta un rojo amapola que no podré disimular, qué vergüenza, por favor.

—Pues, que tengas muy feliz cumpleaños, Celia; pero, por desgracia, sigo necesitando la relación para esta mañana, si es posible.

¡Dios!, qué ojos...

—No hay problema, Álvaro, en cuanto la tenga te la paso. ¡Ah!, y muchas gracias por la felicitación. —Madre mía, qué calor me está entrando.

Me guiña un ojo, se vuelve y, sin más, se va por donde ha venido, dejándome descolocada y sudorosa, perfecto, Celia.

—Ya te vale, Sofi. Mira que te he dicho que no dijeras nada. —Pero ella se lo está pasando de maravilla.

—Anda, pedazo de Julieta, vete al baño y date un poco de agua en la cara, que estás colorada como un tomate.

Definitivamente, esta chica no tiene vergüenza.

Me pongo de inmediato a trabajar. Me cuesta unas horas la dichosa relación, pero la termino antes de comer y salgo corriendo directa a su despacho para entregársela (no sin antes pasarme por el baño a retocarme un poco). Cuando entro, me encuentro su silla vacía. ¿Dónde se habrá metido? Con todo mi pesar, se la dejo encima de la mesa. Me doy cuenta de que se me ha pasado hasta la hora de desayunar, aunque no tengo nada de hambre, la verdad, todavía estoy un poco nerviosa por lo que pasó por la mañana.

—Sofi, te invito a tomar un café. ¿Te vienes al bar de enfrente?

—¿Con tostada incluida? —Sofía se levanta rápidamente—. ¡Me apunto!

¿Cómo puede comer tanto y estar tan delgada?, yo alucino.

Salimos a la calle y, al cruzar la puerta, me veo arrollada por alguien. No llego a caerme al suelo porque unos brazos fuertes me agarran. Cuando levanto la vista, veo unos ojos verdes que me miran con... ¿fastidio? Lo que siento no lo puedo describir con palabras, es como si algo en mí despertara, como una energía que me embarga hasta el punto de que empiezo a sentirme extraña, como mareada, o más bien como si flotara.

Vuelvo a mirarle, su expresión de fastidio va en aumento, pero no puedo ponerme derecha porque mi cuerpo no reacciona.

—¿Voy a tener que sujetarte todo el día, o vas a ponerte de pie en algún momento?

Sofía, que no se ha dado cuenta de lo que me está pasando, al darse la vuelta y verme medio desvanecida, acude corriendo, justo para escuchar lo que él me acaba de decir.

—Oye, guaperas, no seas tan borde. —Mi compañera me ayuda a ponerme en pie.

—Mejor dile a tu amiga que mire por dónde anda, que no va sola por la calle —dice él, antes de seguir su camino y desaparecer entre la gente.

Me quedo mirando hacia donde se ha ido, con la boca abierta.

—Será antipático, el tío... ¿Estás bien, Celia? ¿Te ha hecho daño? —Sofía me mira de arriba abajo.

—Estoy bien, no me pasa nada, solo que me he mareado un poco. Habrá sido del susto o del golpe. Venga, vámonos, necesito sentarme. —Me tiemblan las piernas, igual que aquella vez que quise hacerme la dura con Sofía y me fui a correr con ella.

De camino a la cafetería, analizo la situación. No entiendo lo que me ha pasado. Qué sensación tan extraña, y lo más raro es que se me ha pasado en cuanto me ha soltado él. Menudo bajón me ha dado, al final me comeré una tostada, con azúcar en el cuerpo todo se ve diferente.

Al volver a la oficina, me asomo al despacho de Álvaro, pero él sigue desaparecido. Pues nada, directita a mi mesa. Por más que lo intento, no puedo concentrarme pensando en el tío borde ese que me ha arrollado antes. ¿Será un mareo lo que me ha dado? Nunca había sentido nada parecido. Pero no se merece ni que piense en él, menudo mal educado. Inmersa en mis pensamientos, no me doy ni cuenta de que se me acerca alguien por detrás.

—Celia, ya he visto la relación, has hecho muy buen trabajo.

Levanto la vista y le veo, este chico consigue dejarme sin palabras con solo verle la cara. Y enseguida noto cómo la mía va subiendo de tonos, no tengo remedio.

—Gracias Álvaro, si necesitas algo más, solo tienes que pedírmelo. (En cualquier aspecto no solo en el laboral, añadido para mis adentros).

—De momento nada, gracias, guapa. —Se va sin más, y a mí otra vez me toca ir al baño a lavarme la cara, qué calor.

Por fin me pongo a trabajar, y las horas pasan rápido. Enseguida llega la hora de marcharnos. He quedado con mi grupito de amigas a comer para celebrar mi cumpleaños, así que recojo rápido y apago el ordenador.

—Sofía, corre que tenemos reserva dentro de diez minutos —digo a mi compañera, mientras recojo mi bolso.

—Adelántate tú, que voy al baño. —Y sale corriendo como una loca, con el neceser en la mano.

De camino al ascensor, me topo con Álvaro de frente, que también sale en ese momento.

—¿Adónde vas con tanta prisa?

Madre mía, qué pestañas tiene.

—Pues ya ves, voy a comer con unas amigas para celebrar mi cumpleaños. (Celia, no es momento de ponerte a sudar otra vez, ahora me imagino lo que deben sentir las mujeres durante la menopausia).

—¿Y no me guardarías a mí un ratito luego para que lo celebremos nosotros también? Te invito a cenar —me suelta de repente Álvaro.

¡Que alguien llame a una ambulancia! Creo que se me ha parado el corazón, le guardaría un ratito y la vida entera; pero, de pronto, me viene a la cabeza la cenita con mi padre.

—Vaya, lo siento, Álvaro, pero después tengo una cena familiar. —Esto es sin duda lo más duro que he tenido que hacer en mi vida.

—No te preocupes, en otra ocasión será.

Entramos en el ascensor a la vez que Sofia nos alcanza, menos mal que no se da cuenta de la situación porque es capaz de soltar una frasecita de las suyas.

—Nos vemos, chicas —se despide él cuando Sofia y yo salimos en la planta baja y él continúa bajando una más para llegar al parking.

Cogidas del brazo, llegamos al restaurante. Nuestras amigas ya nos esperan sentadas en una mesa redonda que es nuestra favorita.

—¡¡¡Felicidades!!! —gritan todas a la vez cuando me ven aparecer. ¡Perfecto! con lo que a mí me gusta llamar la atención.

—Gracias chicas, pero no gritéis tanto —digo en voz baja, y rápidamente me siento.

Mis amigas son todas muy diferentes, pero juntas somos un gran equipo, siempre cuidando las unas de las otras y aguantando nuestros problemas.

Sara es la más habladora, Yolanda la que tira siempre de todas con esa energía, y Ana la más tímida y reservada. Y al grupo se ha unido recientemente la chiflada de mi compañera Sofia.

Como siempre, nos volvemos locas y pedimos un montón de platos, no podemos elegir solo uno, para algo es el mejor italiano de la zona. Y ahí estoy yo sorbiendo mis espaguetis al pesto —muy poco sofisticadamente, por cierto—, cuando tengo la sensación de que alguien me observa directamente. Levanto la vista y me encuentro con la mirada de un tipo que me es bastante familiar, ¿dónde le he visto yo antes...? Y enseguida caigo, es el chico que me ha arrollado esta mañana. ¿Pero qué hace aquí sentado solo, con un plato de comida sin tocar y mirándome fijamente de esa manera?

Le doy un codazo a Sofia —que por poco se atraganta del susto con sus ñoquis de queso— y le señalo hacía la mesa en la que está sentado él.

—Sofí, mira, el tío de esta mañana está sentado justo a... —¿Pero dónde se ha metido? Ni rastro de él en todo el restaurante.

—Pero ¿qué te pasa, loca? Casi me metes el tenedor hasta la campanilla. ¿Que está quién?

Por más que miro en todas direcciones, no vuelvo a verle.

—Nadie, perdona, me había parecido ver a alguien conocido, pero no era. (Qué raro me parece todo esto).

Me paso el resto de la comida mirando alrededor por si le veo de nuevo, pero ni rastro de él. Así que me digo que solo ha sido una coincidencia y sigo disfrutando con las locas de mis amigas.

Acabamos la comida y, después de meternos un surtido de postres que me saben a gloria —y de lo cual me voy a arrepentir durante un tiempo— y abrir los regalitos que me han comprado entre todas, nos despedimos en la puerta del restaurante y quedamos en vernos el sábado para tomarnos unas copillas.

Tengo el tiempo justo para ir a casa, echarme un sueñecito y arreglarme para la fiesta de mi padre. Espero que esta vez no haya invitado a mucha gente, porque el año pasado se le fue un poco de las manos, la verdad.

De camino a casa, me viene a la mente lo que ha sucedido, tengo grabada la imagen de ese chico mirándome fijamente. Noto un escalofrío que me recorre toda la espalda al recordarlo. Quizá sea porque, igual que esta mañana, al mirarme tenía un gesto de fastidio que no logro entender.

Subo a casa y me tumbo en el sillón, a ver si me duermo un poquito; pero es inútil, mis pensamientos están demasiado agitados, así que me meto en la ducha y empiezo a arreglarme para la gran fiesta de mi padre.

Al salir de la ducha, suena el teléfono de casa.

—¿Diga? —Nada, me quito la toalla de la oreja—. ¿Hola?

—¿Ratoncita? —Ahora sí—. ¿Estás en casa?

—Pues claro, papá, ¿acaso no me has llamado aquí? (Madre mía...).

—Tienes razón, hija. Solo era para recordarte que te espero a las nueve en punto, y no me vale ninguna excusa, ¿entendido?

—Tranquilo, papá, termino de arreglarme y en un rato estoy allí. (Si supiera a lo que he tenido que renunciar esta noche para estar con él...).

—Vale, hija, estoy deseando que llegues. Llevo esperando esto tanto tiempo... —De nuevo despierta mi curiosidad al notarle tan nervioso.

—¿Qué estabas esperando hace tanto tiempo, papá? ¿Mi cumpleaños? (Pero si es todos los años...).

—No, hija, no solo tu cumpleaños, sino este cumpleaños en particular. Ya lo verás, aquí te espero. —Y va y me cuelga. Qué rarito está mi padre hoy.

Me arreglo lo más rápido que puedo. Como es algo informal, me pongo el vestidito negro que me he comprado hace poco, y que me encanta, lo acompaño con unos pendientes largos de color rojo, regalo de mis amigas, y me pinto los labios con un *gloss* del mismo color.

Después de darme yo misma el visto bueno, me encamino a casa de mi padre. Cuando llego, llamo a la puerta esperando detrás el comité de bienvenida, pero, para mi sorpresa, solo está él.

—Hola, papá, ¿qué pasa, he llegado demasiado pronto?

Entro en el salón y allí tampoco hay nadie.

—Has llegado en el momento justo, estás preciosa, Celia, te pareces tanto a tu madre... —Su expresión se entristece, como siempre que habla de ella.

—Gracias, papá, ojalá la hubiera conocido... (Hala, ya me ha dado el bajón a mí también).

—Pero siéntate, hija. ¿Qué te apetece beber? ¿O merendamos directamente? —Y ya va camino de la cocina.

—Pero espera, ¿es que no va a venir nadie?

—No, Celia, esta fiesta va a ser solo para ti y para mí, ¿te parece bien? —me dice ahora con tono grave.

—Claro, papá, como quieras. (Qué estará tramando este hombre).

Después de una rica merienda y de hacerme soplar las velitas de la tarta (una tarta deliciosa, la verdad), llega el momento de los regalos. Mi padre se pone muy serio y del bolsillo de su chaqueta saca un sobre. La expresión de sus ojos cambia, ha desaparecido la ilusión que expresaban hasta ese momento y se han llenado de lágrimas.

—¿Qué pasa, papá? ¿Qué es este sobre? —Está empezando a asustarme.

—Este sobre me lo dejó alguien para ti hace exactamente veintiún años... ¡Ábrelo, Celia! —Y me lo tiende.

Cuando lo tengo en mi mano, me doy cuenta de que me está temblando. Le doy la vuelta y veo escrito, con una caligrafía perfecta: «Para Celia, mi niña». Contagiada por mi padre y por la emoción que va creciendo dentro de mí, mis ojos también se llenan de lágrimas al comprender de quién es esa carta.

—No puede ser... ¿Es de mamá? ¿Me dejó una carta y no me la has dado hasta ahora? —No entiendo lo que está sucediendo.

—Tu madre me la entregó el mismo día de tu nacimiento, el día que se fue de nuestro lado. Celia, sus instrucciones fueron muy precisas, tenía que entregártela el día de tu veintiún cumpleaños, no antes, y no hacer preguntas. Esta carta es solamente para ti, hija. Han sido muchos

años guardándola, pero hoy descanso al cumplir por fin lo que en su día la prometí. Ahora te dejaré a solas para que la leas.

Va a levantarse del sillón, pero yo se lo impido.

—Papá, no te vayas. Llevas guardando esta carta veintiún años, me gustaría que la leyéramos juntos, quédate, por favor.

Mi padre vuelve a sentarse con una sonrisa que no pasa de sus labios, sus ojos solo reflejan el dolor del recuerdo.

Con manos temblorosas que apenas puedo controlar, comienzo a abrir el sobre. En mi mente me imagino a mi madre escribiéndola y guardándola para mí, y tengo que coger aire para poder continuar.

Cuando miro dentro, me encuentro dos cosas: un papel perfectamente doblado a la mitad y un colgante que saco con mucho cuidado, es precioso, una fina cadena dorada con una piedra negra, que, a pesar de los años, no ha perdido su brillo. Mi padre al verlo sonrío y sus ojos vuelven a llenarse de lágrimas.

—¿Lo reconoces? ¿Era de mamá?

Él lo toma entre sus manos.

—Yo le regalé este colgante, se lo compré en un mercado. Apenas nos conocíamos, nos habíamos visto un par de veces, creo recordar, pero ese día sentí algo muy especial cuando me la encontré y lo único que supe es que no quería separarme de ella nunca más. Pero me duró muy poco tiempo, mi amor se me fue rápido, aunque me dejó el mayor regalo que se puede entregar, a ti, mi pequeña ratoncita —dice, mientras me apretuja la nariz.

—Jolín, papá. —Mis lágrimas ya son incontrolables.

—Venga, Celia, leamos la carta. —Mi padre, igual que yo, no puede más con la incertidumbre.

Me enjugo las lágrimas, desdoble el papel y encuentro una pequeña nota escrita con perfecta caligrafía, que comienzo a leer en voz alta.

Querida Celia:

Si estás leyendo esta carta es que hoy es tu veintiún cumpleaños y ha llegado el momento, hija mía, de revelarte tu destino. Nuestra familia proviene de un mundo que aún no conoces, ya es hora de adentrarte en él, ha llegado el momento.

Tuve que entregar mi vida cuando tú naciste, pero era necesario para que llegaras. Lo hice con orgullo sabiendo que dejaba una parte de mí en ti, y esa parte se despierta con el paso de los años. Sé que lo estarás notando a estas alturas y que estarás llena de preguntas, que hasta hoy nadie te ha podido responder.

Lo que te espera no es fácil, pero debes afrontarlo sin miedo, sabrás llegar al otro lado, confío en ti. Sigue estas indicaciones que te doy. De momento, no puedo hacer nada más para ayudarte, debes hacerlo sola.

“Todo te será revelado, solo tienes que saber mirar, está escrito y lo debes descifrar, para ello busca más allá de lo que los demás pueden ver, en una librería que intentan esconder.”

Ten cuidado, esta carta no debe caer en malas manos, guárdala con cuidado, igual que tu padre la guardó para ti hasta hoy.

Cuando lo descifres, todas tus preguntas hallarán su respuesta, es la profecía y así tiene que ser cumplida, es tu destino, hija mía.

Volveremos a vernos, Celia. Cuando llegue el momento y ya nada nos separe, estaremos juntas. Deja que tu corazón te guíe y ven a mí.

*Olivia,
Tu madre.*

Por un momento nos quedamos completamente callados, asimilando el contenido de la carta, o al menos intentándolo. Las lágrimas se han borrado de la cara de mi padre y en su lugar hay un gesto de extrañeza.

—Papá, ¿tú entiendes algo de esta carta?

Mi padre me mira durante unos segundos, parece como si quisiera recordar el momento en que mi madre se la entregó.

—No entiendo nada, Celia, la verdad. El día que tu madre se puso de parto, minutos antes de que empezaran los dolores, me la entregó. Solamente me dijo que te la diera el día de tu veintiún cumpleaños, que no podía hacer preguntas. Me dijo que a mí me había tocado la tarea de cuidarte, parece que ella ya sabía que se iba, igual que tenía muy claro desde el primer momento que tendría una niña. Después de que pasara todo, un día recogiendo sus cosas, volví a ver la carta, yo ya la tenía olvidada, hasta ese momento ni siquiera había pensado en ella, la verdad, entonces vi el sobre y allí estaba: «Para Celia, mi niña». Ella sabía muchas más cosas que no me quiso, o no me pudo, contar, pero yo no esperaba nada parecido a esto.

—Papá, no sé muy bien cómo enfocar esto, aquí dice no sé qué de mis poderes, ¿a qué se refiere? —Estoy completamente bloqueada.

—Ahora que recuerdo, también me dijo que tú venías a este mundo con una misión, pero tampoco sé nada más.

Nos quedamos callados de nuevo. Releo la carta, que habla sobre una profecía, sobre poderes y sobre cruzar a no sé qué lado, mientras con la otra mano toco la piedra de la cadena una y otra vez. ¿Mamá, de qué va todo esto?

Mi padre se levanta y empieza a caminar por el salón, quizá pensando en todos los detalles de aquella conversación prácticamente olvidada.

—Perdóname, papá, creo que voy a irme ya a casa, muchas gracias por este cumpleaños maravilloso, estoy segura de que descifraremos la carta y le encontraremos algún sentido.

—Espera, Celia, ponte el colgante. Estoy seguro de que a tu madre le hubiera encantado que lo llevaras puesto.

Él me lo coge de la mano y yo me doy la vuelta para que me lo abroche. Nada más rozar mi cuello, un escalofrío me recorre la espalda, una sensación extraña se va apoderando de mí como si se despertara dentro de mi cuerpo una pequeña energía, la misma sensación que cuando me choqué con aquel tío borde al salir esta mañana del trabajo, pero bastante menos fuerte. Toda mi piel se estremece y noto un pequeño mareo en la cabeza.

—Celia, ¿estás bien? —Mi padre ha notado el cambio en mi cara.

—Sí, estoy bien, mañana te llamo. Buenas noches —le digo, al tiempo que salgo por la puerta.

—Ve con cuidado, hija. Descansa, mañana lo veremos desde otra perspectiva.

Mi padre se queda en la puerta diciéndome adiós con la mano, hasta que giro la esquina y le pierdo de vista.

El camino hasta mi casa, bastante corto normalmente, se me hace eterno, estoy como loca por llegar a casa y volver a sacar la carta, tengo que encontrarle algún sentido. ¿Sería posible que mi madre, debido a su enfermedad, hubiera perdido la cabeza? Todo es posible.

Me tumbo en la cama con la carta en la mano y, cansada de leerla una y otra vez, caigo en un sueño inquieto, en el que aparecen de nuevo imágenes de otro mundo y caras sonrientes que me

reciben.

Amanece, y así comienzo un nuevo día, más bien podría decir una nueva vida, diferente a la que he conocido hasta ahora.

3

Cuando despierto en esta mañana después de mi cumpleaños algo en mí ha cambiado, no puedo decir qué es, pero me levanto con una energía fuera de lo normal. Me preparo para ir a trabajar y guardo la carta en mi bolso, no estoy segura de querer enseñársela a nadie por temor a que tomen a mi madre por loca, pero necesito algún punto de vista diferente, poder enfocarlo de otra manera para que esas palabras cobren un sentido para mí. Por primera vez en mi vida, decido ir andando a trabajar en vez de coger el coche, ese tiempo me lo tomo para pensar.

Me paro en una cafetería y pido un café para llevar, descafeinado, pues solo me falta meterme caféina con el subidón que llevo.

Continúo mi camino. Saco la carta y la voy releendo mientras ando. Estoy tan concentrada que no lo veo venir. De repente, alguien me coge por los hombros y me sujeta con fuerza unos segundos, enseguida le reconozco, ¡el tío borde!

—Pero ¿qué te pasa? Suéltame, ¿de qué vas? —Con el forcejeo le tiro parte del café encima.

Me mira con cara de «En este momento te estoy perdonando la vida».

—Vale, estupendo, lo que me faltaba —murmura él, al tiempo que se sacude el café de encima. De pronto, me arrebató la carta de la mano y con malas maneras me la mete en el bolso—. ¡Llévala guardada!, ni siquiera deberías sacarla de tu casa —dice con cara de ogro.

Maldiciendo, se aleja de mí, y me deja allí plantada sin entender absolutamente nada. ¿Que la lleve guardada? Pero ¿qué sabe él de lo que llevo en la mano? ¿Este hombre me está acosando? La próxima vez que me lo cruce en el camino llamaré a la policía.

Llego al trabajo como un flan, me siento en mi sitio y espero pacientemente a que llegue Sofía. En cuanto la veo aparecer, me voy directa a por ella.

—Sofí, tienes que ayudarme. Me está pasando algo muy raro y no sé qué hacer —digo de carrerilla.

—Buenos días para ti también, guapa. Qué mal te ha sentado un año más, ¿no?

—Calla y escucha, ayer en la fiesta de mi cumpleaños mi padre me dio... —No puedo continuar, una voz me deja paralizada.

—Buenos días, chicas. Celia, ¿pasas por mi despacho cuando tengas un ratito, por favor?

Me doy la vuelta y allí está él, ¿pero se puede ser más guapo? Vaqueros ajustados, pelo negro ceñido al cuerpo, pelo engominado. Enseguida el calor va subiendo desde mi estómago y se instala en mis mofletes.

—Claro, Álvaro, en un momentito soy tuya, ¡qui-quiero decir!, que en un momentito voy para allá, a tu despacho como me has pedido —digo medio tartamudeando.

Él se aleja partiéndose de la risa, y no es para menos, claro.

—Celia, eres un caso —dice Sofi, meneando la cabeza—. Cualquiera día te desmayas en cuanto se te acerque... A ver, me estabas contando algo. ¿Qué te compró tu padre en la teletienda?

—¿En la teletienda? Ya te vale, Sofía... Aquí no podemos hablar, esta tarde hacemos reunión de chicas en mi casa, necesito vuestra ayuda. Ahora me voy al baño a retocarme un poco y voy a ver qué quiere mi dios griego. Ve llamando a las chicas, todas a las seis en mi casa, sin peros —digo, con el dedo índice en alto.

Dos minutos después, estoy llamando al despacho de Álvaro, empujo la puerta y allí lo encuentro, sentado al otro lado de su escritorio.

—Pasa, Celia, siéntate.

¿Que me siente? Esto es nuevo. Tomo asiento y cruzo las piernas, todo lo sexi que soy capaz sin caerme de la silla.

—Dime, Álvaro, ¿qué necesitas? (Tú pide que yo concedo).

—Pues la verdad es que no necesito nada en concreto, tú y yo tenemos una cena pendiente, ¿recuerdas? —dice mientras se recuesta en el respaldo de su asiento.

—Claro, Álvaro, cuando quieras, estaría encantada. (¡Madre mía, madre mía!)

—¿Te parece bien el viernes? Si no tienes otros planes, claro.

¿Planes yo? Noooo.

—¿El viernes?, pues lo miro y te lo confirmo en esta semana. (Qué chula soy).

—Perfecto, Celia, nada más, puedes volver a tu trabajo. —Se levanta, rodea la mesa, me acompaña hasta la puerta y, antes de salir, me guiña un ojo y me susurra—: Por cierto, hoy te veo deslumbrante.

Madre mía, ¡qué calor! Me voy directa al baño, es tal mi subidón que noto hasta palpitaciones. Cuando me miro en el espejo, yo misma me veo diferente, mis ojos brillan con una intensidad fuera de lo normal. Me refresco un poco el cuello y la cara, cojo aire y vuelvo a mi mesa.

Me esfuerzo durante toda la jornada en concentrarme en mi trabajo y, cuando llega la hora de salir, vuelo rumbo a casa. En unas horas llegarán mis amigas y quiero pensar muy bien cómo contarles lo sucedido sin que crean que me he dado a la bebida.

Estoy cambiándome de ropa cuando suena el teléfono.

—¿Diga?

—Hola, hija. ¿Cómo estás?

—Bien, papá, el día ha sido muy largo, me ha costado concentrarme en algo dándole vueltas a la carta de mamá. ¿Has sacado tú algo en claro?

—La verdad es que no. Llevo todo el día igual que tú, intentando descifrarla, pero no entiendo ni una palabra.

—Bueno, no te preocupes que seguro que la descifraremos.

—¿Quieres pasarte por casa esta tarde y pensamos juntos? —Su tono de voz parece cansado.

—No puedo, papá, esta tarde vienen unas amigas a casa. —Decido que lo mejor es no decirle que pienso contárselo a las chicas.

—Muy bien, hija, pues eso, tú diviértete y hablamos mañana entonces. Un beso, cielo.

—Vale, papá, hasta mañana.

Sin duda, estamos los dos igual de intranquilos.

A las seis en punto suena el telefonillo, ¡esas son mis chicas! La primera en llegar es Sara.

—Hoooola, ¿dónde está el fuego? —dice mientras entra por la puerta.

—Siéntate, Sarita, que tengo que contaros una cosa, pero espera que lleguen las demás. ¿Te apetece un refresco?

—¡Vale!, y espero que no nos sueltes que estás embarazada porque te mato —dice toda seria.

—Anda, pánfila, siéntate que ahora te lo llevo.

De camino a la cocina, vuelve a sonar el telefonillo. Las siguientes son Yolanda y Ana.

—Pasad al salón, chicas, que está allí Sara, ahora os llevo algo de beber.

—Vale, pero no traigas comida que estoy a dieta estricta —suelta Yolanda mientras entra.

Voy a cerrar la puerta y casi se la estampo a Sofia en la cara.

—¡Vaya recibimiento! Casi me das con la puerta en las narices.

—Perdona, Sofi, que no te había visto, pasa al salón que ya voy para allá.

Vuelvo a la cocina a por algo de picar, diga lo que diga Yolanda, esto es una crisis y las crisis pasan mejor con una merienda encima de la mesa.

Mientras yo trasteo en la cocina, oigo a las demás que cuchichean en el salón.

—¿Alguien tiene idea de qué va esto? —pregunta Sara a las demás.

—Ni idea —contestan todas al unísono.

—Sofia, tú eres la que pasa más tiempo con ella, ¿no sabes nada? —pregunta Ana extrañada.

—No, chicas, de verdad, ni idea de lo que la pasa. Estos días ha estado igual de rara que siempre, nada fuera de lo normal. A lo mejor es para contarnos el tonto que se trae con un tío del curro —dice con tono de darse importancia.

En ese momento entro en el salón, todas se vuelven a mirarme con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué os pasa? —Las miro una a una intentando ver el foco de la gracia, pero en ese instante, suena el teléfono.

—¿Diga?

—¡Hola, hija!

—Hola, papá, otra vez... ¿Pasa algo?

—Pues que estaba aquí pensando... que no sé si se te habrá cruzado por la mente o no, pero no me parece buena idea que le cuentes lo de la carta a nadie, hasta que sepamos algo más. Esto debe quedar entre tú y yo, ¿de acuerdo?

—Pues vaya, papá, no creo que tenga mucha importancia que se lo mencione a alguien, pero si prefieres que no lo haga...

—De momento prefiero que no, hasta que saquemos algo en claro, ¿te parece bien?

—Bueno, pues me parece bien. Me paso esta semana por tu casa e intentamos indagar un poco, ¿vale?

—Muy bien, cuando tú quieras, hija.

—Adiós, papá, te dejo que tengo solas a las chicas.

—Adiós, ratoncita, divértíos.

¡Perfecto! A ver qué les digo yo a estas loquitas ahora, estarán esperando un bombazo y ahora no les puedo contar nada.

Cuando vuelvo al salón con la merienda, todas tienen dibujada una sonrisa en sus labios y me miran con cara de tontas.

—¿Qué os pasa? (¿Por qué me da que Sofia tiene que ver con esas caras?).

—Mejor nos cuentas tú qué pasa, que para algo nos has hecho venir con tanta urgencia, venga, desembucha. —Sara es la primera en hablar, como siempre.

—Pues veréis, chicas, no os lo vais a creer pero... —Me entra una risa nerviosa, a ver cómo salgo yo de esta ahora.

—Venga que ya nos lo ha dicho Sofia, ¡desembucha! —grita Ana.

—Que ya os lo ha dicho Sofia, ¿no? ¿Y qué os ha contado exactamente? —Me quedo loca.

—Lo del chico de tu trabajo, ¿nos lo vas a contar ya o qué? —Sara está de los nervios.

—Vale, vale. Desde luego, Sofi, no puedes guardar un secreto, además, tú no lo sabes todo, listilla. —Salvada por la campana, menos mal, al final sí tenía algo que contar, con todo este lío me había olvidado hasta de Álvaro.

—¿Aparte de que babeas por él y que te dijo que estabas deslumbrante? —suelta Sofía.

—Vale, pues nada... Que cuando me dijo que fuera a su despacho... ¡Era para pedirme una cita! Me ha invitado el viernes a cenar.

—¡Toma ya! ¿Y que te vas a poner? —dice Yolanda con la boca llena.

—Pues todavía no lo he pensado... Pero ¿tú no estabas a dieta estricta, Yoli? —Todas rompemos a reír.

—¡Y lo estoy! Pero, claro, me pones aquí estas cosas tan ricas y una no es de piedra, ¿sabes? —Pobrecilla.

Y así pasamos la tarde, merendando, hablando de chicos, trajes y depilaciones raras de las que yo no he oído hablar nunca y que no tengo intención de probar tampoco.

Ya anochecido, empiezan a irse todas, menos Sofía que dice tener algo que contarme.

—¿A que no sabes a quién he visto? —dice cuando nos quedamos a solas.

—No sé, ¿a quién?

—¿Te acuerdas del chico ese que te arrolló saliendo del trabajo un día? Ese bomboncito, que encima se enfadó porque tardabas en levantarte cuando te sujetaba. ¿Sabes quién te digo?

Mi estómago da un vuelco en cuanto lo menciona.

—¿Dónde le has visto, Sofía? —Empiezo a ponerme muy nerviosa.

—Aquí en tu calle, antes de entrar en tu portal. Estaba apoyado en la pared de enfrente, me ha dado la sensación de que esperaba a alguien. Qué casualidad, ¿verdad?

—¿Casualidad? —Salgo disparada hacia la ventana para ver si sigue allí, pero no veo a nadie.

—¿Qué pasa, Celia? —Sofía esperaba cualquier reacción menos esa.

—Sofi, creo que me está siguiendo, me lo he encontrado ya en varias ocasiones y siempre se acerca a mí y me suelta alguna bordería. Ahora es mucha casualidad que esté en mi calle, apoyado enfrente de mi portal, ¿no crees? —Por más que miro por la ventana, allí no hay nadie.

—Celia, relájate, ¿por qué te iba a seguir a ti un chico tan guapo? No tiene mucho sentido.

—Qué chistosa. No lo sé, pero te aseguro que es la sensación que me está dando, no es posible tanta casualidad, además, el otro día iba andando por la calle, me paró y me sujetó por los hombros. ¿Qué me dices a eso? —Su cara es ahora de asombro total.

—Pues... a lo mejor te sujetó para que no te cayeras en sus brazos de nuevo, yo que sé.

—Sí, seguramente sería eso, qué graciosa. —Sigo mirando por la ventana, pero ni rastro de él.

—Bueno, yo me voy, te veo mañana en el curro.

—Sí, mañana nos vemos. —Le doy dos besos y cierro la puerta.

Cuando me quedo sola, saco la carta de nuevo y me tumbo en el sillón a leerla, pero mi mente vuela en otra dirección, la del tío borde plantado en mi calle delante de mi portal. ¿Será verdad que me está siguiendo? No pueden ser tantas casualidades. Le doy vueltas a sus palabras en la calle: «Llévala guardada, ni siquiera deberías sacarla de tu casa». ¿Qué sabe él de la carta de mi madre? ¿Tendrá algo que ver con eso? Empiezo a ponerme muy nerviosa, la cabeza me da vueltas, salgo corriendo al baño creyendo que voy a vomitar, pero no lo hago; sin embargo, al mirarme en el espejo, mi cara me llama la atención, mis ojos brillan demasiado, no es normal. Estoy rebosante de energía y tengo la sensación de que en cualquier momento voy a echar a volar.

Completamente mareada, me tumbo en la cama y cierro los ojos. ¿Qué me está pasando? Qué

mal me encuentro. ¿Será algo de lo que he comido? No lo sé, pero es mejor que llame a alguien. Me arrastro hasta la puerta con la intención de llamar a mi vecina, a ver si puede avisar a alguien, pero solo consigo llegar hasta el descansillo y no me acuerdo de más.

Cuando recupero la consciencia, me doy cuenta de que alguien me lleva en brazos hasta mi habitación, pero ni siquiera soy capaz de articular una palabra, estoy tan mareada que apenas puedo fijar la vista en un punto.

Mi porteador me deja suavemente en la cama y sale de la habitación. Al rato siento que me pone algo fresco en la frente, que me alivia bastante, y me hace beber un poco de agua. Después de eso, caigo en un profundo sueño... Allí está mi madre, cerca de mí. Me cuida y me habla: «Tranquila, hija mía, todo va a salir bien, confía en Gabriel, él te guiará. No tengas miedo, mi niña, y ve hacia tu destino». Luego se aleja, y yo grito:

—¡¡Mamá, no te vayas!! Mamá, por favor, explícame qué está pasando. No entiendo nada. ¡Mamaaaaá!

Me despierto por mi propio grito, estoy sola en mi habitación, acostada en mi cama, encharcada en sudor y con la cara surcada de lágrimas. ¿Ha sido solo un sueño? Pero yo nunca había soñado con mi madre, solo la conozco a través de las fotos que mi padre me ha enseñado.

Intento recordar lo que me decía, que todo iba a salir bien y que confiara en Gabriel, pero ¿quién es Gabriel?

Está amaneciendo, no sé cuánto tiempo he dormido. Me siento en la cama e intento pensar qué ha pasado el día anterior. ¿Cómo llegué a la cama? Tal vez fue parte del sueño, pero recuerdo que alguien me trajo en sus brazos. Miro a mi alrededor y veo en la mesilla un vaso de agua y a su lado un pañuelo, que no reconozco y que aún está mojado. Entonces, no ha sido un sueño, alguien me llevó hasta allí y estuvo cuidándome. Me levanto para ver si sigue en casa, pero el mareo me hace sentarme de nuevo. Me pongo en pie como puedo y recorro las habitaciones agarrándome a las paredes, pero allí no hay nadie.

Me vuelvo a tumbar, esta vez en el sillón, llamaré al trabajo para decir que estoy enferma y no puedo ir hoy. Lo mejor es descansar, estoy segura de que todo es debido a una intoxicación, después llamaré a las chicas para ver si ellas también se encuentran mal, pero ahora lo único que necesito es dormir.

Varias horas después me despierta el sonido de mi móvil. Me ha entrado un mensaje. Cojo el teléfono de la mesa y casi me caigo del sillón en el intento. ¡Es un mensaje de Álvaro!: «Buenos días, preciosa, espero que tu intoxicación no sea nada y estés recuperada para el viernes. Llámame si necesitas algo. Un beso».

Sin darme ni cuenta, me he levantado y estoy saltando por el salón, la verdad es que ya me siento bastante mejor. Opto por darme una ducha, luego pasaré por casa de mi vecina a ver si ha sido ella la que estuvo conmigo anoche, la verdad es que me tiene bastante intrigada el asunto.

Cuando salgo de la ducha, llamo a las chicas. Todas se encuentran bien, por suerte solo he sido yo la intoxicada.

Me paso por casa de mi vecina, pero, por más que llamo y espero, nadie abre, así que me voy directamente a la calle, necesito comprarme un vestido para el viernes, y aprovecharé la mañana libre para ir de tiendas.

Entro en la primera tienda y no encuentro nada a mi gusto, así que busco en la segunda y en la tercera y en la cuarta. No sé qué les pasa a los diseñadores de moda, desde luego, todavía no han abierto la tienda que valga para mí. No sé qué clase de gente se compra esa ropa, la verdad. Por fin en la quinta tienda veo un vestido que me llama la atención, es rojo y tiene la espalda

descubierta. Aunque no es mi color ideal porque yo soy más de negro, viendo que no hay mucho donde elegir, decido probármelo. Cuando me doy la vuelta para ir hacia el probador, me encuentro de frente con quien menos me podría imaginar, ¡el tío borde!

—No me lo puedo creer, ¿tú aquí? Te advertí que la próxima vez que te acercaras a mí llamaría a la policía, y no me digas que esto es una casualidad porque no te creo.

—Tres cosas. Una, a mí me gusta verte lo mismo que a ti te gusta verme a mí. Dos, anoche no te quejabas tanto de que estuviera allí. Y tres, ese no es tu color para nada —dice, señalando el vestido que llevo en la mano—. Por cierto, deberías darme las gracias por pasar por allí y recogerte, te encontré tirada en el rellano de la escalera.

—¿Fuiste tú?! ¿Y qué hacías en el rellano de mi escalera? Porque eso de que pasabas por allí no me cuadra nada.

—¿Sabes que no es bueno abusar del alcohol, verdad?

—¿Perdona?! Fue una intoxicación, para que lo sepas. Yo no bebo alcohol.

—Ya... Sigo esperando que me des las gracias.

—Pues gracias, pero que sepas que me las habría arreglado yo sola perfectamente, aunque no hubieras pasado por allí. Y ahora haz el favor de largarte y dejarme tranquila.

—Mira, bonita, ya estoy harto de ir detrás de ti, a ver si te crees que esto es agradable para mí. En vez de comprarte vestiditos deberías estar descifrando la carta, porque, para tu información, el tiempo se está agotando.

Me deja completamente parada. Entonces sí que sabe lo de la carta, ¿y por qué tiene que ir detrás de mí?

—No entiendo, ¿qué sabes tú de la carta?

—No mucho más que tú. Mi único cometido es cuidar de ti hasta que halles la respuesta, pero, al paso que vas, me va a costar el resto de mi eternidad.

—Pues muchas gracias, a ti y a quién quiera que te mande, pero yo me cuido solita, así que déjame tranquila, ¿entendido?

—Te aseguro que me encantaría dejarte tranquila, pero por desgracia esto es lo que me ha tocado, cuidar de una humana, como si yo no tuviese nada mejor que hacer. No voy a perderte de vista, bonita, así que ponte cuanto antes con el asunto.

—Mi nombre es Celia, no «bonita». Y te aseguro que como no te quites de mi vista, pasas la noche en el cuartelillo. (Este hombre está peor de lo que pensaba, qué desperdicio con lo guapo que es).

—Desde luego que me quito de tu vista, por suerte. Llámame si me necesitas. Mi nombre es Gabriel. —Se da la vuelta y desaparece.

¿Ha dicho Gabriel? En mi sueño mi madre me ha dicho que confiara en Gabriel, ¿será él? Me doy la vuelta para buscarle, pero ya no lo encuentro. Todo esto no tiene sentido, definitivamente me estoy volviendo loca.

Dejo el vestido en la percha y salgo de la tienda, iré a casa de mi padre y le contaré todo lo que está pasando, a ver si él puede ayudarme. La cosa está empezando a asustarme.

Cuando llego a su casa, me abre enseguida.

—Celia, ¿qué haces aquí?, ¿no deberías estar trabajando?

—Ayer me intoxicqué con alguna comida y he pasado una noche muy mala, por suerte me he recuperado rápido.

—Pasa, hija, pasa. ¿Quieres que te prepare una manzanilla? ¿O algo de comer? Un poquito de jamón cocido o un arrozito blanco que te preparo ahora mismo.

—No, papá, no tengo nada de hambre, gracias.

—Te voy a dar un poco de bicarbonato que eso te limpia bien por dentro.

—Luego, papá, vamos a hablar un poco que tengo algo que contarte.

—Venga, pues vamos al salón. Supongo que es sobre la carta de tu madre, yo también quería comentarte algo, pero empieza tú.

Los dos nos acomodamos en el salón, me cuesta un poco empezar, ¿cómo contarle a mi padre todas las cosas raras que me han sucedido estos días?

—Pues verás, sobre la carta no he adelantado nada, la he leído más de cien veces y sigo sin encontrarle ningún sentido, pero anoche soñé con mamá. Yo nunca había soñado con ella, papá, me habló y me dijo que todo iba a salir bien, que no tuviera miedo y lo más raro es que me dijo que confiara en Gabriel. —Mi padre me mira con gesto de sorpresa y emoción a la vez.

—¿Soñaste con tu madre?, pero si ni siquiera la llegaste a ver, Celia. ¿Y quién es Gabriel? —dice muy serio.

—Pues hasta hace un rato no tenía ni idea. El caso es que hay un chico que lleva varios días siguiéndome. Hasta ahora había cruzado pocas palabras con él, la última vez me lo encontré en la calle y me quitó la carta de la mano, me la guardó en el bolso y me dijo de muy malas maneras que la llevara guardada y que no la sacara de casa. Yo le dije que la próxima vez que se acercara a mí llamaría a la policía.

—¿Qué me estás diciendo, Celia? Pero ¿cómo no me has contando esto antes? Ahora mismo vamos a avisarles de que te están acosando.

—Espera, papá, que eso no es todo. Anoche me encontraba muy mal y quise avisar a Marga, mi vecina, pero no pude llegar hasta su puerta, y él estaba en el descansillo, me llevó a la cama y me estuvo cuidando hasta que me encontré mejor. Si quisiera hacerme algo, podría haber aprovechado ese momento, ¿no crees?

En un instante la cara de mi padre se pone completamente roja, parece una olla exprés a punto de explotar.

—¿Y él qué hacía en tu portal?

—Pues no lo sé, pero esta mañana lo he visto de nuevo, me ha dicho que le han enviado para cuidarme hasta que descifre la carta y que se llama Gabriel, ¿te das cuenta? Es el mismo nombre que me dijo mamá en mi sueño.

—Espera un momento, hija, esto es mucho para entenderlo en un momento. ¿Quién le iba a mandar para cuidarte?

—No lo sé, papá, pero estoy empezando a asustarme, porque no entiendo nada.

—La verdad es que yo tampoco, todo esto es muy raro.

Los dos nos sumimos en nuestros pensamientos intentando sacar algo en claro de este asunto.

—Tú querías decirme algo de la carta, ¿no? —rompo el silencio al cabo de un rato.

—¡Ah sí!... Que pensando en cuando conocí a tu madre, recuerdo que buscaba algo con mucha urgencia. Nunca llegó a decirme qué era, pero como estaba completamente perdida yo la ayudé a situarse y la dejé en la parte vieja de la ciudad, en la Plaza del Molino, cerca de donde vivíamos hasta que decidí que nos mudáramos aquí. Quizá sea un buen comienzo para empezar a buscar. Según la carta debes encontrar una librería y puede que esté por allí.

—Me daré una vuelta, a ver si encuentro algo.

—Iré contigo, no me gusta nada lo que me has contado.

—Te lo agradezco, papá, pero se supone que lo tengo que hacer yo sola. No te preocupes, yo estaré bien... Y ahora sí que me ha entrado un poco de hambre.

—Pues venga, vamos a comer. —Se levanta de un salto y se va a la cocina.

Durante la comida, me cuenta más detalles del día en que se conocieron él y mi madre, por si alguno de ellos aporta algo en nuestra investigación, y me da indicaciones para llegar a la Plaza del Molino. Decido que el sábado me acercaré por allí para ver si encuentro algo.

Por fin ha llegado el viernes, esta noche voy a cenar con Álvaro. Me levanto al primer pitido del despertador y, en menos que canta un gallo, ya estoy arreglada y en la puerta para salir. Me he acostumbrado a ir andando a los sitios y es un hábito que está empezando a gustarme; me da tiempo a pensar en todo el lío en el que me he metido sin querer.

Durante el camino miro a mi alrededor para ver si hay algún indicio de Gabriel cerca de mí, pero nada, ni rastro de él.

Cuando me siento en mi sitio, Sofía viene corriendo hacia mí.

—¡Buenos días, Julieta! Hoy es el día de la cena con tu Romeo, ¿no?

—Buenos días. Sí, es hoy, pero tú estate calladita que te conozco, no quiero que se entere nadie de la empresa, ¿entendido?

—¡Entendido! Ni que no supiera mantener la boca cerrada.

—No, no... Si tú eres una *crack* guardando secretos.

—¡Mira, por ahí viene tu Romeo! —exclama a voz en grito, y se va a su mesa partiéndose de risa, la muy...

Me doy la vuelta en el momento en que Álvaro se acerca a mí, y me percató de que varios compañeros se giran para mirarnos.

(Nota mental: Cargarme a Sofía en cuanto salgamos).

—Buenos días, preciosa, espero que ya estés totalmente recuperada para irnos a cenar esta noche.

—Buenos días, Álvaro, claro que sí, esta noche nos vemos sin falta.

—Perfecto, envíame la ubicación de tu casa que te recojo sobre las nueve.

—Vale, luego te la mando.

Estoy orgullosa de mí, no he tartamudeado, nivel de sudor normal, casi controlado, voy avanzando. Le miro mientras va hacia su despacho. Con esos vaqueros que le quedan tan bien y esas camisetas ajustadas que se pone, me entra hasta mareo.

Después miro a Sofía que sigue partiéndose de la risa y le lanzo una mirada tan fulminante que se le cortan las carcajadas de golpe.

El día se me hace muy largo y, en cuanto llega la hora, salgo pitando hacia mi casa, no sin antes echar un vistazo al despacho de Álvaro, que está vacío.

Llego a mi casa sin aliento, me como un sándwich rápido y preparo mi vestimenta, ropa interior y complementos. Cuando tengo todo listo, lleno la bañera y disfruto de un largo baño de espuma, doy un repaso a la depilación y me embadurno de crema al salir. No sé qué hacer con mi pelo y al final decido alisármelo con la plancha y me marco unos rizos por delante. El maquillaje me lleva como una hora, unos toques de perfume y estoy preparada. Me miro al espejo y me doy la aprobación, como no me ha dado tiempo a comprarme nada al final, llevo el mismo vestido negro que el día de mi cumpleaños. Mientras me pongo los pendientes rojos que me regalaron mis chicas, suena el portero. Se ha adelantado un poco, pero por suerte ya estoy lista.

Contesto con un «Bajo enseguida», pero una voz al otro lado me dice que abra. Extrañada por que quiera subir, no lo pienso dos veces y abro la puerta. Mi sorpresa es que el que llega a mi

casa no es Álvaro, sino Gabriel.

—¿Y tú qué haces aquí? Lo siento, pero voy a salir, así que ya puedes ir marchándote por donde has venido.

Una sonrisa maliciosa asoma a su perfecto rostro, la verdad es que el chico no está nada mal, la pena es que sea un borde redomado.

—Ya lo veo —dice mirándome de arriba abajo, sin modificar su gesto de fastidio habitual.

—Pues si eso es todo, hasta luego. —Me giro para cerrar la puerta, pero su mano en el cerco me lo impide.

—¿Me permites un momento, bonita? Solo quiero saber los avances que has hecho y me iré. El tiempo se agota y yo no puedo estar aquí vigilándote indefinidamente.

—Me llamo Celia, guapo, no «bonita», como ya te he dicho. Si te refieres a la carta, todavía no he sacado nada en claro, además, no creo que sea momento para hablar de esto y menos contigo. Ya te dije que no necesito que nadie me vigile, así que ya te estás largando.

—¿Te crees tú que a mí me gusta estar aquí? Hasta que no te tomes esto con la seriedad que deberías, estaré muy cerca de ti para que lo recuerdes a cada instante.

Me lo dice acercándose poco a poco a mi cara hasta el punto de rozar su nariz con la mía. Sus ojos me tienen hipnotizada. En ese momento suena el portero, me separo muy rápido de él y vuelvo a decir, a quienquiera que esté llamando esta vez, que ya bajo. Cojo mi bolso y cierro la puerta bajo su atenta mirada. Bajo la escalera y él detrás de mí. Salgo muy rápido del portal y me meto en el coche de Álvaro; le sigo la mirada y me doy cuenta de que está mirando a Gabriel, que se ha quedado de pie delante del portal.

—¿Y ese quién es?

—Un vecino. ¿Nos vamos? —digo nerviosa.

—Celia, déjame decirte que estás preciosa. —Y sin más me planta un beso en el moflete que me hace abanicarme con disimulo con la mano. Echo una última mirada al portal mientras arranca el coche, pero por suerte Gabriel ya no está, así que intento relajarme un poco y disfrutar de mi noche con Álvaro tantas veces soñada.

Llegamos a un restaurante que no conozco, pero que parece que está muy de moda. El camarero nos acompaña a una mesa y enseguida me pongo a mirar la carta, entre otras cosas, porque no sé ni qué decir. Tendré que pedir algo ligerito porque no sé si voy a poder tragar ni un bocado. Álvaro me pregunta si me gusta el vino y yo le digo que sí, aunque únicamente el rosado. Me dice que no es su favorito, pero que por mí lo pedirá. Mientras él habla con el camarero, yo me concentro en mirar la carta; me decido por una ensalada con jamón de pato y vinagreta de frambuesa que suena bastante bien.

—¿Solo vas a pedir eso, Celia? La carne de aquí es muy buena.

—Sí, de momento solo eso, después de la intoxicación tampoco quiero comer mucho.

—De acuerdo entonces.

Se vuelve para hablar con el camarero y, mientras pide nuestros platos, yo me dedico a admirar el restaurante; es un sitio precioso, muy bien decorado, con una luz tenue a la que acompañan unas velitas en cada mesa, un sitio muy romántico, la verdad. Empiezo a fijarme entonces en la gente y, como era de esperar, prácticamente cada mesa está ocupada por una parejita. Hasta que me llama la atención la única mesa ocupada por una sola persona y entonces me topo con una cara familiar.

—No me lo puedo creer —suelto sin pensármelo.

Álvaro, que ya ha acabado de pedir nuestra cena, me mira extrañado.

—¿Sucede algo, Celia? —pregunta mientras mira a nuestro alrededor.

—No, nada, Álvaro. ¿Me disculpas un momento? Voy un segundo al lavabo.

—¡Claro!, sin problema. —En ese momento suena su móvil y se pone a conversar con alguien.

Me levanto y camino en dirección a los aseos. Al pasar por la mesa de Gabriel, le hago un sutil gesto con la cabeza para que me siga.

—¡¿Se puede saber qué haces aquí?! —Prácticamente le escupo en la cara.

—Tranquila, fierecilla, he venido a cenar, me han dicho que la carne aquí es muy buena —dice con una sonrisa maliciosa.

—¡¿Estás espiándome!! —Mi enfado crece por momentos.

—Voy a seguirte de cerca hasta que te pongas en marcha, pensé que te había quedado claro antes en tu casa. —Su sonrisa ha desaparecido.

—Mira, listillo, como no desaparezcas de mi vista en menos de un minuto vas a conocer a la verdadera Celia —digo apuntándole con el dedo.

—Mira, listilla, a lo mejor lo que hago es ir a conocer al guaperas de tu amiguito, igual me acerco y le saludo, ¿tú qué opinas? —Otra vez esa sonrisita en su cara.

—¡Ni se te ocurra!!... Vale —digo cogiendo aire para tranquilizarme—. Tengo una pista que voy a seguir, mañana por la mañana voy a ir a ver qué encuentro. ¿Contento? Ahora lárgate y déjame en paz.

—Sí, claro, en cuanto termine de cenar.

Mientras se dirige tranquilamente hacía su mesa, yo salgo lanzada tras él, hasta que me fijo en que Álvaro ha dejado de hablar por el móvil y me sonrío al verme aparecer. Opto entonces por volver a mi mesa, más nerviosa aun que cuando me fui.

—¿Te encuentras bien? Se diría que vienes enfadada del lavabo.

—Sí, sí, estoy bien. Ya sabes, siempre hay cola en el baño de las mujeres.

La velada con Álvaro está siendo perfecta, si no fuera porque noto la mirada atenta de Gabriel encima de mí en todo momento.

Hablamos mucho y yo me voy relajando; poco a poco empiezo a disfrutar de la cena. La ensalada está deliciosa, hasta me animo y pruebo un poco de carne del plato de Álvaro, que, como bien decían, es la mejor que he comido en mucho tiempo. Ya sé dónde traeré a mi padre para su cumpleaños.

De vez en cuando echo una miradilla a la mesa de al lado, y veo a Gabriel sonreír y negar con la cabeza cada vez que yo gesticulo hablando con Álvaro, me toco el pelo, o intento poner una pose un poco sexi. Una de las veces, cuando intento lamerme los labios despacio poniendo un gesto interesante, creo escuchar hasta una carcajada. ¡Así no hay quién se concentre!

Para los postres, por fin pierdo de vista a Gabriel, así que todavía mejor. Terminada la cena decidimos ir a tomar una copa a un pub cercano. Hay mucho ambiente y nos sentamos en la barra. Él se pide un *gin tonic* y yo elijo un mojito, que entra de miedo.

Empieza a sonar una canción que me encanta y Álvaro me anima a que salga a bailar, aunque él no baila. Me decido y me voy a la pista. Como a esas alturas ya voy por el segundo mojito, más el vino de la cena, me marco un reguetón que le dejo con la boca abierta. Sé que me arrepentiré en cuanto me acuerde mañana, pero lo bien que me lo estoy pasando no me lo quita nadie.

A las tres de la mañana, Álvaro me acompaña a casa. Durante todo el camino voy pensando en si pedirle que suba a tomar «la última» en mi casa o debo esperar hasta la siguiente cita; pero, al acercarnos a mi portal, distingo una silueta apoyada en la pared y sé enseguida de quién se trata. ¡Perfecto! Este hombre no tiene fin. Así que tengo que despedirme de Álvaro con todo mi pesar, y estoy segura de que con todo su pesar también.

—Muchas gracias por la velada, Álvaro, ha sido una noche estupenda.

—De nada, preciosa, un verdadero placer.

Sé que Álvaro espera otra cosa, pero le doy un casto beso en la mejilla y, al salir del coche, él me agarra tirando suavemente de mí... Me da un beso de película que me deja bloqueados todos los sentidos. No lo disfruto cien por cien porque sé que hay un espectador que nos observa.

Cuando el beso termina, muy, pero que muy a mi pesar, salgo del coche y me despido de él hasta el lunes siguiente en la oficina.

Camino hacia mi casa con las piernas aún temblorosas por el beso y, sin mirar a Gabriel, paso por su lado y entro en el portal. Justo antes de que se cierre la puerta, su pie la para y se mete detrás de mí. Me doy la vuelta con una furia rara en mí, pero ese chico ya ha colmado mi paciencia.

—¿Se puede saber qué haces aquí?! ¿De verdad no tienes nada mejor que hacer que seguirme todo el santo día? —Mi voz resuena en todo el portal.

—Vas a despertar a tus vecinos —dice con toda tranquilidad—. ¿Puede saberse por qué llegas tan tarde?

Definitivamente este chico no tiene vergüenza.

—¿Qué por qué llego tan tarde? ¡Y a ti qué te importa! —Cojo aire, o me tranquilizo o me lo cargo—. Mira, Gabriel, no te conozco de nada, apareces un día contándome no sé qué historia de que te han mandado para vigilarme, y pretendes que yo te dé explicaciones de mi vida, así sin más. Estoy cansada de decirte que no quiero volver a verte, que me dejes en paz, y tú no te das por aludido. Al final de verdad que voy a tener que tomar medidas porque esto se llama acoso, guapo, ¿lo entiendes?

Él sigue con su gesto impasible de que esto no va conmigo.

—Mira, fierecilla, te aseguro que a mí me hace menos gracia que a ti tener que estar persiguiéndote todo el día, pero creo que todavía no eres consciente del cambio que ha dado tu vida. Tu madre no era una mujer normal, ni siquiera era de este mundo, pero no soy yo el que tiene que contarte lo que está pasando, eres tú la que debes descubrirlo, porque, te guste o no, tienes una misión que cumplir y para mi desgracia a mí me han encomendado la tarea de ayudarte y cuidarte hasta que la misión llegue a su fin... Celia —dice, cambiando el tono—, el tiempo se agota. Te necesitamos.

—¿Pero tú te estás oyendo? Mi madre no era de este mundo, ¿me necesitáis?, ¿en serio? Pero ¿de qué manicomio te has escapado? Mira, no quiero saberlo, de verdad, me voy a dormir. —Empiezo a subir las escaleras hacía mi casa, cuando oigo que me dice:

—Más vale que mañana sigas esa pista y que te lleve a algún sitio, si no, no te librarás tan fácilmente de mí por mucho que quieras.

—Vale, que sí. ¡Hala, que te vaya bien, qué cansino! —Voy refunfuñando escaleras arriba.

Cuando llego a mi casa, me tiro directamente en la cama. No me puedo dormir, le doy vueltas a todo lo que Gabriel me ha dicho. Suena a película de ciencia ficción, ¿mi madre no es de este mundo? No entiendo nada, ¿quién va a necesitarme a mí?... Al final, caigo en un sueño inquieto, en el que aparece de nuevo mi madre. Esta vez no me dice nada, solo me sonrío a la vez que me acaricia el pelo, me hace ver que está a mi lado aunque yo no la vea. A continuación me encuentro en mi sueño de siempre, en ese lugar que solo me transmite paz, repleto de caras que no conozco, pero que me sonrían también. ¿Tendrán algo que ver los dos sueños?

4

Me despierta un sonido intenso. Está sonando el despertador y no soy capaz de encontrar el botón para apagarlo. A duras penas me siento en la cama, ¡madre mía, qué dolor de cabeza! ¿Quién me manda a mí beber alcohol con lo mal que me sienta? De nuevo ese ruido, pero ¿cómo se para este trasto? Por fin atino y lo desconecto. No consigo recordar en qué momento puse el despertador anoche... Pero ¡sí es sábado! Me vuelvo a tumbar en la cama y cierro los ojos, entonces recuerdo que había decidido ir a buscar la librería a la Plaza del Molino, y, solo por deshacerme del moscardón de Gabriel, iré.

De muy mala gana vuelvo a sentarme en la cama, me arrastro hasta la cocina y me tomo un café con leche y un paracetamol. Este será mi desayuno de hoy, no creo que mi cuerpo admita nada más. Me visto con ropa cómoda, unos *leggings* y una camiseta negra, además de las zapatillas de deporte. Me lavo la cara, anoche ni siquiera me quité el maquillaje, con lo malo que es eso para la piel. Me desenredo el pelo, me hago una coleta alta y ya estoy lista para salir.

Me monto en mi coche y pongo rumbo a la parte vieja de la ciudad, a la Plaza del Molino. Cuando llego cerca de la plaza, busco aparcamiento. En cuanto me bajo del coche, me vienen de golpe un montón de recuerdos; aunque yo era muy pequeña cuando nos mudamos al otro extremo de la ciudad, parte de mi infancia la pasé allí. Al entrar en la plaza, me veo correteando con mis amiguitos entre los bancos y a mi padre sentado, siempre solo, con la tristeza reflejada en sus ojos. Por eso decidimos mudarnos, eran demasiados recuerdos los que allí le atormentaban.

Conozco perfectamente la zona, aquí no hay ninguna librería que yo recuerde. Me adentro en la plaza, y decido acercarme a una señora bastante mayor que está sentada en un banco.

—Buenos días, señora, ¿podría usted decirme si conoce cerca de aquí una librería antigua?

—¿Una librería por esta zona? Yo no sé de ninguna, niña, y llevo viviendo aquí setenta años, en esa casa de allí, la de las ventanas azules.

—Muchas gracias, señora.

Me alejo de ella antes de que me cuente toda la historia de su vida y termine sacándose las fotos de sus nietos.

Justo lo que yo pensaba, aquí cerca no hay ninguna librería, aun así, decido caminar alrededor de la plaza. Recorro las calles que salen de ella y en cada una pregunto a algún viandante si es de la zona y si conoce alguna librería cercana, pero la respuesta es común en todos ellos, por aquí no hay ninguna librería.

Las primeras calles las recorro en vano, es al entrar en una muy empinada cuando tengo una corazonada y me paro en seco. A mi lado pasa una señora, enseguida le pregunto, y la respuesta es como las anteriores, tampoco conoce una librería por esta zona.

Recorro la calle varias veces de arriba abajo y no hay nada, aunque algo me dice que estoy cerca. Me apoyo en una pared para descansar un poco a la sombra, qué calor hace, y hasta mí llega un olor diferente que inunda mis fosas nasales. ¿A qué huele? Ese aroma no sé por qué, pero me es familiar, huele a flores. Cansada de dar vueltas y muerta de sed, pienso en irme y buscar algún sitio para tomar algo. Echo a andar y paso por un callejón, y es allí de donde sale la fragancia a flores. Es un callejón pequeño y oscuro, aspiro el aroma y en un momento algo me impulsa a entrar, pero después me digo a mí misma que es muy probable que ahí no encuentre nada, y sigo mi camino subiendo la calle hasta adentrarme de nuevo en la plaza.

Llego a una cafetería que hay un poco más arriba, me siento en la terraza y pido un refresco, el calor me ha dado mucha sed. Miro a mi alrededor, todo ha cambiado mucho, apenas reconozco el lugar. Por esas mismas calles mi padre se conocieron y vivieron su historia de amor, es una pena que no tenga más tiempo, me hubiera gustado tanto conocer a mi madre, aunque mi padre ha sido para mí todo en mi vida; con él he tenido las típicas charlas que todas mis amigas tienen con sus madres, hasta una vez se vino conmigo de compras e intentó elegirme algunas prendas, pero no salió bien, su gusto es bastante peculiar.

Nunca había pensado en mi madre antes de casarse con mi padre. Por lo que yo sé, mi padre no tenía mucha información sobre ella, apareció un día en su vida y poco después se fue. Mi padre me contó en una ocasión que a su boda no había venido nadie por parte de ella, ni familia, ni amigos, decía que toda su gente estaba muy lejos. ¿Se referiría a tan lejos como en otro planeta? Por mucho que piense en ello no me entra en la cabeza, ¡yo no creo en esas cosas! Pero hay algo muy raro y tengo que averiguar qué es, aunque solo sea para encontrarle sentido a la carta que mi madre me dejó. Sin querer, digo en voz alta:

—Mamá, si es verdad que estás cerca de mí, ayúdame, porque estoy bastante perdida.

Levanto la mirada y, muy cerca de mí, veo una señora que me mira fijamente. Yo también la miro por si nos conocemos de algo, pero no me suena. Aparto la mirada y saco mi móvil, es raro que mi padre no me haya llamado o enviado algún mensaje. Mientras lo enciendo, vuelvo a mirar y la señora ya no está. En ese momento pasa la camarera y le pido la cuenta, ya es hora de volver a casa, aquí no tengo nada que hacer.

De camino hacia mi coche, paso de nuevo por la plaza y, según voy andando, veo a la misma señora a unos metros de mí. Cuando nuestras miradas se encuentran, ella echa a andar en dirección a la última calle en la que he estado. No sé por qué, pero la sigo por curiosidad. Solo voy unos metros alejada de ella, pero cuando entro en la calle ya no la veo. Sigo andando hacia abajo y llego a la entrada del callejón, ¿habrá continuado por allí? No puede ser, ahí no hay nada. Seguro que se ha metido en uno de los portales, en fin, ahora sí es hora de irse.

Entro en mi calle y aparco. Estoy despistada buscando las llaves de casa y no me fijo en quién está esperándome: mi pesadilla personal. No me dice nada, solo me mira y yo le miro, en nuestra cara un gesto de desesperación.

—¿Qué quieres? —digo con resignación.

—Solo quiero saber qué tal ha ido.

—Estupendamente, gracias, ¿algo más?

—No me interesa cómo te ha ido a ti, solo quiero saber si has encontrado algo o no.

—¿Sabes que no es necesario ser tan borde? Estar siempre amargado te quita años de vida, por si no lo sabías.

—Sí, claro, eso es justamente lo que a mí más me preocupa.

—Si no te importa, déjame pasar, me gustaría llegar a mi casa.

Gabriel se echa a un lado, sin dejarme mucho espacio para pasar. Me quedo mirándole, en un principio con muy mala leche, pero me fijo más en él. Está apoyado con una pierna en la pared, pantalones vaqueros desgastados, camiseta blanca pegadita al cuerpo, su pelo rubio despeinado hacía arriba. La verdad es que es una pena el carácter de este chico, porque está para comérselo. Como siempre en estas situaciones, me pongo nerviosa y empiezan a darme los calores. Me coloco de lado e intento pasar, con tan mala pata que yo misma me tropiezo con mi propio pie, y él tiene que sujetarme por la cintura para evitar que me caiga al suelo. Todo mi cuerpo se enciende, una corriente de energía me recorre el cuerpo de abajo a arriba. Como puedo, me sujeto a su cuello para no caer, y me pierdo en su mirada.

—Gra-cias—balbuceo.

—Si nos viera tu bomboncito en esta pose, igual se molestaba, ¿no te parece? —Ha cambiado su mal gesto habitual por una sonrisa ladeada que me deja sin aliento.

Como puedo, me incorporo y le suelto como si me diera calambre, aún siento el hormigueo por todo el cuerpo.

—Mira, Gabriel, déjame en paz, me voy a mi casa —digo muy seria, aunque mis palabras ya no suenan tan duras como antes.

Él no dice nada, vuelve a apoyarse en la pared y me sigue con la mirada hasta que desaparezco en el portal.

Cansada y decepcionada por no encontrar nada, me siento en el sillón, cojo el teléfono y llamo a mi padre, que después del primer tono contesta rápidamente.

—Sí, ¿dígame?

—Hola, papá, soy yo.

—Hola, hija, ¿cómo estás?

—Cansada, acabo de llegar de la Plaza del Molino. Qué recuerdos me ha traído ese barrio, papá, aunque la verdad es que ha cambiado mucho desde que nos fuimos de allí.

—¿Sí? Yo hace muchos años que no vuelvo por allí. Y dime, hija, ¿has encontrado algo?

—No, nada. Ya sabía yo que una librería por esa zona no había.

—Vaya... ¿Te vienes mañana a comer? Te preparo mi comida estrella y seguimos hablando del tema, ¿te parece?

—¿Te refieres a tu revuelto de setas con todo lo que encuentras en la nevera? Pues, ¡me apunto!, mañana nos vemos.

—Jajaja. Vale, hija, hasta mañana entonces.

El resto del día lo paso haciendo el vago, después de prepararme una pasta rápida para comer, me trago todas las películas que echan por la tele tirada en el sillón, hasta que se me hace de noche y me voy a dormir.

Esta noche mi sueño es muy diferente. Estoy en la calle y, aunque no hay nadie a mi alrededor, yo sé que me persiguen. Corro y corro hasta que me encuentro en la entrada de un callejón. Allí está esa señora que me observa, me hace gestos con la mano para que la siga, pero yo no quiero entrar. Ella me dice que solo ahí estaré a salvo, pero yo me resisto. Entonces me giro y alguien me agarra por detrás, y por más que lo intento no me puedo soltar. Miro hacia arriba y veo a Gabriel, viene hacia mí directo, pero estoy volando con unas enormes alas blancas, me agarro a él y empezamos a volar abrazados mirándonos a los ojos... En ese momento me despierto, estoy bañada en sudor y tengo la respiración agitada.

Miro el despertador, son las siete de la mañana. Con la sensación de que ya no podré dormirme aunque quiera, me levanto y voy a la cocina, cojo un vaso de leche fresquita y me siento en el

salón. Saco de mi bolso la carta de mi madre y la releo, se puede decir que me la sé casi de memoria.

«Todo te será revelado, solo tienes que saber mirar, está escrito y lo debes descifrar —voy leyendo en voz alta—, para ello, busca más allá de lo que los demás pueden ver, en una librería que intentan esconder».

Obviamente, he de buscar un libro, que estará en una librería, pero tampoco es que haya muchos datos, y en el caso de que encontrara la librería, ¿qué clase de libro buscar?

Sigo dándole vueltas y vueltas al asunto y empiezo a agobiarme, siento la necesidad de salir de casa. Me visto y me voy a una cafetería que está de camino a casa de mi padre y siempre nos ha gustado mucho a los dos; tienen unos batidos de fresas naturales que quitan el hipo, hoy me daré un capricho. Aunque es temprano ya hace mucho calor en la calle, así que me siento en una mesita dentro del local. Estoy intentando resistirme a pedir una tortita porque eso ya sería abusar demasiado, cuando la camarera se acerca a mí con un superbatido de fresa y me lo deja en la mesa, ¡pero si yo no había pedido nada todavía!

—Se lo envía el caballero de la mesa de allí —me indica con un dedo en alto.

Al levantar la vista, me encuentro con Gabriel partiéndose de la risa a pocas mesas de la mía, le veo que se levanta y se acerca hacía mí.

—Gabriel, ¿en serio que ni desayunar tranquila me vas a dejar ya? Además, odio los batidos de fresa, para que lo sepas.

—Que te quede claro que he llegado yo primero, ¿tanto me echas de menos que ya hasta me sigues?

—Sí, ya, eso te gustaría a ti.

—No te preocupes, fierecilla, que yo ya he terminado y ya me iba, disfruta de tu batido que lo estás deseando.

Mientras sale de la cafetería, me fijo en que todas las chicas, incluida la camarera, le siguen con la mirada... Pues todo para ellas, que así me quitan un peso de encima, con lo pesado que es.

Pero sin darme cuenta tengo una sonrisa dibujada en la cara.

En cuanto él desaparece por la puerta, ataco mi batido. Me ha pedido el más grande, pero, si me descuido, no dejo ni la pajita, qué bueno está... el batido, digo.

A punto estoy ya de irme, cuando recibo un mensaje en mi móvil.

«Buenos días, princesa. Llevo dos días pensando en ti y en el reguetón que me dedicaste. ¿Para cuándo la próxima salida? Lo estoy deseando. Álvaro»

¡Madre mía! ¡Que me desmayo! Casi se me cae el móvil de la mano de la emoción. Y ahora, ¿qué le contesto?...

«Buenos días, Álvaro, yo también lo pasé de miedo, como loca por volver a repetir».

No, no, demasiado desesperada.

«Buenos días Álvaro, yo también lo pasé muy bien. Nos vemos mañana en la oficina y ponemos fecha para la siguiente. Un beso. Celia»

Así mejor, y le doy a la tecla de enviar.

Salgo de la cafetería pensando en que esta tarde sin falta tengo que llamar a las chicas para contárselo. Aunque es un poco pronto, pongo rumbo a casa de mi padre. Él me recibe con su gran sonrisa de siempre.

Después de ponerle al día de mi miniviaje a la Plaza del Molino, nos sentamos a pensar, carta en mano, repasando punto por punto.

—Papá, es muy importante que hagas memoria de todo lo que mamá te dijo en el momento de

entregarte la carta. Ya sé que no deben ser recuerdos agradables para ti, pero si pudieras aportar algo que nos haga entender...

—¿Qué crees que llevo haciendo desde el día de tu cumpleaños, hija? He intentado pensar en todo lo que me dijo en esa conversación, pero tienes que entender que tu madre estaba despidiéndose, era demasiado duro para mí escucharla, yo no presté mucha atención a lo que me decía, pensé que estaba delirando a causa de su enfermedad. Aun así, guardé la carta y decidí dártela como ella me pidió el día de tu veintiún cumpleaños, era lo menos que podía hacer por ella. Ahora bien, si llego a saber lo que implicaba para ti, quizá no te la habría dado, esto es muy raro y no me gusta verte implicada en estas historias.

—No te preocupes, papá, no creo que sea algo tan grave, encontraremos ese libro y ya verás cómo no es nada de lo que imaginamos.

—Eso espero, Celia.

—Lo haremos por ella, ¿vale?

—Vale —responde mi padre con los ojos llenos de lágrimas.

—Pues venga, a pensar. —Le planto un besazo en la mejilla y nos ponemos a repasar de nuevo la carta punto por punto hasta la hora de comer.

Cuando ya creemos que no podremos sacar nada más, mi padre dice algo que me deja helada.

—El día en que tu madre y yo decidimos irnos a vivir juntos, que fue a las pocas semanas de conocernos, me ofrecí a ayudarla a recoger sus cosas, pero ella no aceptó. Nunca me dejó que la acompañase a casa, siempre la dejaba en la Plaza del Molino. Me dijo que una amiga suya, una tal Elvira creo que se llamaba, la ayudaría. Tenía una tiendecita en el callejón escondido y con ella se había hospedado durante todo ese tiempo, la verdad es que no volví a ver a esa señora...

—Espera, papá, ¿dónde has dicho que se hospedaba mamá?

—En una tiendecita de una amiga suya que se llamaba Elvira, ¿por qué?, ¿la conoces?

—¿Sabes dónde estaba esa tienda? —El corazón me late muy rápido.

—No, ya te he dicho que tu madre nunca me dejó acompañarla. ¿Qué pasa, Celia?

—Nada, papá, que estaría bien encontrar a esa señora. A lo mejor ella nos puede contar algo nuevo de mamá que nosotros no sepamos.

—Sería cuestión de preguntar por la zona, ¿no crees?

—Sin duda, y me tocará una nueva excursión. ¿Vamos a comer?

—Venga, vamos.

Como siempre, el revuelto de setas está riquísimo, y de postre nos comemos un flan que hace en el horno y a mí me encanta. Vaya día que llevo, ya no me toca comer hasta la semana que viene.

Mientras nos tomamos un té sentados en el salón, recibo un mensaje en el grupo de mis amigas las locas, y, detrás de ese, empiezan a llegar muchos más.

De Sofia: «Hola chicas, merendola en mi casa esta tarde a las seis. Marujeo de la salida de Celia el viernes con el buenorro de Álvaro».

De Sara: «Vale, yo llevo bebida, espero que merezca la pena hacerme salir un domingo a la calle con este calor».

De Yoli: «Contad conmigo, pero no llevéis nada de comer que no quiero saltarme la dieta».

De Sara: «Jolín, Yoli, qué pesadita eres».

De Ana: «Vale, chicas, allí estaré como un clavo».

Yo: «Lo siento, chicas, yo esta tarde no puedo, pasadlo bien».

De Sofia: «¿¿Cómo?! Estás aquí a las seis en punto o voy y te arrastro de los pelos, estés donde estés».

Yo: «Qué bruta eres, Sofí, así no vas a encontrar novio en tu vida. Luego os veo, loquitas».

Miro a mi padre, que ya está roncando a mi lado, y como falta bastante para las seis, decido dormirme también un ratito; pero no puedo, pienso en la conversación con mi padre: mi madre le dijo que se alojaba en una tiendecita en el callejón escondido. ¿Será el mismo callejón que yo he visto? Pero allí no había nada... Tendré que indagar más sobre el asunto, además de preguntar a la gente del lugar si conocen a una tal Elvira con una tiendecita cerca de allí. Puedo empezar por la mujer tan simpática que vive en la casa de ventanas azules, seguro que estará encantada de contarme todo lo que sepa. Una tarde de esta semana tendré que volver por allí.

Después de ver un ratito la peli de las cuatro, me voy al baño a arreglarme un poco. Salgo justo cuando mi padre se despierta.

—¿Ya te vas, hija?

—Sí, he quedado con las chicas —digo, al tiempo que le doy un beso.

—Muy bien, ratoncita, diviértete.

—Gracias, papá, nos vemos esta semana.

Y como siempre se queda en la puerta diciéndome adiós con la mano, hasta que le pierdo de vista.

Llego a las seis en punto a casa de Sofía. No vive muy lejos de mi casa, en un apartamentito minúsculo que le regalaron sus padres cuando decidió independizarse. Como siempre, su casa es un caos. Ella dice que la vida es muy corta para gastarla recogiendo tu casa. Ya están todas allí, me llevan casi en volandas al salón y se sientan en torno a mí.

—Jolines, chicas, me siento como una profe de infantil en plena asamblea, me dan ganas de pasar lista y todo.

—Qué graciosa, vamos, desembucha —suelta Sara totalmente impaciente.

—Pues no hay mucho que contar, la verdad. Cenamos, tomamos una copa y me llevó a casa. Fin.

—¿Solamente? ¡Vamos, queremos todos los detalles! —me ordena Sofía.

Así que me toca contarles toda la cena con pelos y señales: desde qué llevábamos puesto, hasta el punto de la carne que pidió Álvaro.

Cuando llego a la parte del reguetón que me marqué, las chicas flipan.

—¿Que te marcaste un baile supersexi delante de sus narices y no te llevó directo a la cama? —Sara siempre tan directa.

—Tampoco le di opción. Eso sí, nos dimos un megabeso en el coche antes de despedirnos.

—¡Que romántico! No sé por qué os empeñáis en que todo acabe en la cama, esto es mucho más bonito. —Esa respuesta solo podía venir de Ana.

—Lo bonito es despertarte completamente despeinada y con el rímel corrido después de un buen revolcón. —Todas nos volvemos hacia Sofía.

—Qué bruta eres, Sofí —digo, partiéndome de la risa.

—Para bruta Yoli, que está comiendo a dos carrillos. ¿Tú no estabas a dieta? —Sofía se levanta y aparta el plato de saladitos de su lado.

—La culpa es vuestra que como siempre me ponéis cosas ricas delante —dice casi sin poder hablar, lo que nos hace a todas estallar en una gran carcajada.

Después de una deliciosa merienda, lo poco que nos ha dejado Yoli, las chicas se marchan poco a poco. Hasta que nos quedamos solas Sofía y yo.

—Oye, Celi, por cierto, ¿qué hay del tío ese que creías que te seguía?, ¿lo has vuelto a ver?

—Sí, en varias ocasiones, pero es inofensivo. Son puras coincidencias. —De momento no tengo intención de contarle nada sobre el tema.

—Ah, vale, me dejaste un poco angustiada el otro día, me pareció que estabas bastante asustada.

—No hay problema, de hecho, esta mañana me ha invitado a un megabatido de fresa en la cafetería que hay cerca de casa de mi padre. La verdad es que me he dado cuenta de que todas las chicas de alrededor se giran cuando pasa él, no está nada mal el chico, la pena es que tenga ese carácter.

—¡Serás guarra! ¿Has desayunado con él y no me has dicho nada? ¡Dos tíos en la misma semana! Ya te vale, Celia, eso no me lo esperaba de ti.

—Relájate, guapa, que yo no he dicho que haya desayunado con él, solo que me ha invitado a un batido. Después él se ha ido y yo me he quedado solita desayunando en mi cafetería. ¿Ha quedado claro?

—Clarísimo, pero yo no creo en las casualidades, ese lo que quiere es mandanga de la buena.

Como me ha pillado bebiendo, casi me atraganto con el refresco y lo pulverizo por toda la alfombra. ¡Qué bruta puede ser esta chica en ocasiones!

De nuevo lunes. Es una de las pocas mañanas que me levanto con ganas de ir a trabajar. Después de una buena ducha y arreglarme el pelo con más cuidado que de costumbre, me pongo un vestidito corto veraniego con florecitas negras y blancas, mis sandalias de cuña y, cuando me doy por terminada después de mirarme al espejo varias veces, estoy lista para salir.

De camino al trabajo, me paro en la cafetería de siempre a pedir un café para llevar, ¿qué sería yo por la mañana sin mi café?, aunque sigo pidiéndomelo descafeinado porque me siento muy nerviosa últimamente, será por todo lo que me está pasando en estas últimas semanas.

Sin darme cuenta, disimuladamente voy mirando alrededor, estoy segura de que Gabriel no andará muy lejos, pero llego al trabajo sin ningún problema, ni rastro de él.

En cuanto llego a mi sitio, echo un vistazo rápido al despacho de Álvaro, y no ha llegado todavía. Estoy nerviosa porque no sé cómo actuar con él. Después de la salida del viernes, las cosas entre nosotros han cambiado y no estoy muy segura de cómo comportarme.

—¡¡Buenos días!! ¿Cómo ha amanecido la que se los tira de dos en dos? —Sofía acaba de llegar.

—Buenos días, creo que te dejé muy claro que nada de nada con ninguno. Y haz el favor de bajar la voz que sabes que aquí todo el mundo tiene la oreja puesta.

Va a sentarse a su mesa a la vez que se desternilla, y yo empiezo mi trabajo sin darme cuenta de que alguien se me acerca por detrás.

—Buenos días, preciosa, me encanta cómo te sienta este vestido. —Álvaro me habla muy cerca de mi oído y me deja un pequeño beso en la mejilla antes de dirigirse a su despacho.

Me quedo tan parada que, cuando quiero reaccionar y darme la vuelta, Álvaro ya ha entrado y yo ni siquiera he contestado a su saludo. Noto la mirada de todos mis compañeros puesta en mí, hasta empiezo a escuchar pequeños cuchicheos que provienen de una mesa del fondo.

Y yo nerviosa porque no sabía muy bien cómo reaccionar al verle, desde luego no me esperaba este saludo por su parte. Aunque quiero hacer como que no ha pasado nada, estoy sudando y noto que mis mejillas me arden. Veo a Sofía que me está mirando con la boca abierta de par en par, ni siquiera me ha soltado una de las suyas, menos mal. Decido ir al baño a refrescarme un poco (por si me da un soponcio que no sea delante de todo el mundo) y le hago una seña a Sofía para que me siga.

—Madre mía, Julieta, esto no me lo esperaba. Entonces lo vuestro ya es público, ¿o qué?

—Sofía está alucinada.

—¿El qué? ¡No hay nada nuestro!, solo hemos salido a cenar un día. Yo tampoco me esperaba este saludo, me he quedado muy parada.

—Ya me he dado cuenta, yo me habría dado la vuelta y le habría plantado un beso en todos los morros para marcar mi territorio delante de todo el mundo.

—Ya... pero por suerte yo no soy tan bruta como tú. ¿Te has planteado alguna vez que a lo mejor es por eso que espantas a los hombres?

—Puede ser, pero estoy segura de que el mío estará en algún lugar, esperándome para quererme tal y como soy, y punto. A lo mejor te pido que me presentes al guaperas ese que te invita a batidos, a mí con eso ya me tiene ganada.

—No te lo recomiendo, tiene muy mal carácter. Vamos a trabajar que acabamos de entrar y ya nos estamos escaqueando.

Al salir del baño pasamos inevitablemente por el despacho de Álvaro y oigo una voz que me llama desde dentro.

—Tu Romeo te llama... —dice Sofia, mientras me suelta un cachete en el culo que resuena en media oficina.

—¡La madre que te parió!

Voy para allá con el corazón acelerado. Me acerco al despacho y toco suavemente con los nudillos en el marco de la puerta abierta. Sin esperar a que me diga nada, entro y camino hacia la mesa. Álvaro está mirando unos papeles muy concentrado y levanta la cabeza al ver que me acerco. Su sonrisa me deja sin respiración varios segundos.

—Siéntate un momento, por favor —dice señalando uno de los sillones confidentes que hay delante de su mesa; pero al ver que se levanta y se acerca a cerrar la puerta me giro y le espero de pie.

Entonces viene hacia mí, me agarra suavemente por el cuello y se acerca muy despacio a mi cara, mirándome directamente a los ojos, hasta que nos fundimos en un beso que pone todas mis terminaciones nerviosas sobre aviso. Cuando por fin nos separamos, para recuperar el aliento, le digo de muy mala gana.

—Álvaro, no creo que este sea el mejor sitio para esto.

—Ya lo sé, eres muy mala influencia para mí, yo nunca hago estas cosas en la oficina, pero no puedo dejar de pensar en ti desde que te dejé en tu casa el viernes.

Se acerca a mi cuello y deja un reguero de besos desde mi oreja hasta la base de mi cuello, que pone todos y cada uno de mis pelos de punta.

—Álvaro...

No me deja decir nada más y vuelve a atacar mis labios todavía con más ganas que la vez anterior. A esas alturas tengo miedo, no sé si seremos capaces de parar.

Sus manos empiezan a recorrer mi cuerpo, despacio al principio, como queriendo pedir permiso. Viendo que me entrego a él sin reparo, sus manos encuentran camino por debajo de mi vestido.

En ese instante tengo un momento de lucidez y, antes de que se me pase del todo, me separo de él.

—Cenamos juntos esta noche —dice, a la vez que avanza hacia mí, mientras yo retrocedo para mantener una distancia prudente entre nosotros, hasta que noto que no puedo retirarme más porque he llegado a la puerta. Vuelve a tenerme presa y embiste mis labios de nuevo con voracidad.

Mi momento de lucidez se ha disipado y llegados a ese punto me dejo llevar, hasta que por suerte se separa de mí antes de que cometamos una locura.

—Te recojo a las nueve.

—De acuerdo —contesto casi sin aliento.

Me aparta suavemente y abre la puerta.

—Gracias, Celia, eso es todo. —Se va hacia su mesa y se sienta como si no hubiera pasado nada.

Yo salgo corriendo y me voy directa al baño, necesito recobrar el aliento antes de volver a mi sitio o mañana seré el chismorreo de toda la oficina. Me miro al espejo y mi rostro es como un libro abierto, cualquiera al verme diría lo que hemos estado haciendo. Me recoloco un poco y vuelvo a mi sitio con la mirada directa al suelo, lo mejor es no tener contacto visual con nadie y menos con Sofía que me conoce muy bien. Por suerte, cuando llego no está en su mesa, y me ha dejado una nota pegada en el ordenador: «He ido con el jefe, papeleo. Te veo a las once en la cafetería de siempre. Sofía». Sin más me pongo con mi trabajo, aunque alguna miradita furtiva hacia cierto despacho se me va de vez en cuando, más bien muy de vez en cuando.

A las once menos diez salgo hacia la cafetería, pensaba pasarme por el despacho de Álvaro para ofrecerle un café, pero no quiero comportarme como la típica novia antes de llegar ni siquiera a la segunda cita, por lo tanto, paso por delante sin pararme y entro en el ascensor.

Cuando llego a la cafetería hecho un vistazo para ver si Sofía ya ha llegado, pero no la veo. A quien sí me encuentro cómodamente sentado en una de las mesas es a alguien menos deseado. Asumiendo lo que me ha caído encima con ese chico, me acerco a su mesa y me siento.

—¡Hombre, Gabriel! Qué agradable coincidencia. ¿Cómo tú por aquí?, porque es una coincidencia, ¿verdad?

—Por supuesto —dice con gesto chulesco—. ¿No serás tú la que me está siguiendo a mí?

—Sí, claro, no tengo nada mejor que hacer que seguirte a ti. ¿Es que no hay manera de que me dejes en paz?

—Que yo sepa, has sido tú la que has venido a sentarte a mi mesa, ¿es que acaso te he invitado?

—¿Se puede saber por qué eres tan borde conmigo? ¿Te he hecho algo que yo no sepa y me lo estás haciendo pagar ahora?

—Pues, realmente, si no hubieras nacido, yo no tendría que estar aquí... Pero, vamos, que eso ahora no viene al tema.

Gabriel levanta los ojos, mira hacia la puerta y su expresión cambia. Cuando voy a girarme para ver qué es lo que ha visto, me coge de la mano. Empiezo a notar esa corriente que me recorre todos los nervios de mi cuerpo cada vez que me toca y llega hasta nublar me el cerebro completamente, entonces su forma de hablar también cambia, ahora parece hasta dulce conmigo.

—¿Sabes qué? Tienes razón. No tenemos que estar todo el día como el perro y el gato peleándonos. Ya que tenemos que pasar por todo esto juntos, lo mejor es que nos llevemos bien.

Yo estoy un poco incómoda porque sigue sosteniéndome la mano y la sensación cada vez es más intensa, lentamente se acerca mi mano hasta su boca y me deja un largo beso.

—Celia, seamos amigos, ¿te parece bien? —Y me pone esa sonrisa suya ladeada, completamente arrebatadora.

En ese momento oigo un carraspeo detrás de mí y alguien me da unos toquecitos en el hombro, yo me giro para ver de quién se trata, pensando que podría ser Sofía.

—Hola, ¿interrumpo? —Álvaro está plantado con los brazos cruzados y con un gesto de muy pocos amigos en su cara justo a mi espalda, se nota que la escena que está viendo no le está gustando en absoluto.

Me vuelvo hacia Gabriel y le veo aguantándose la risa el muy ca... Pienso rápidamente cómo

salir de esta situación.

—¡Álvaro! Por supuesto que no interrumpes nada, me he encontrado con un conocido por casualidad, pero ya se iba —digo muy nerviosa.

—La verdad es que acabo de llegar. ¿Ni siquiera me vas a presentar a tu novio, Celia? —dice Gabriel, retorciendo todavía más el momento.

—No es mi novio... Gabriel, él es Álvaro.

Los dos se dan un apretón de manos, aunque Álvaro me mira como si tampoco le hubiera gustado nada mi comentario. ¡Anda, que lo estoy arreglando!

Y en ese momento, para rematar la situación, entra Sofia por la puerta, lo que me faltaba. Al vernos se queda parada y una sonrisa se instala en su cara, sin cortarse ni un pelo.

—¡Vaya! Qué bien acompañada te encuentro, Celia. ¿Qué tal, Álvaro? —Se vuelve hacia Gabriel y le pone ojitos de loba pervertida a la vez que le suelta—: ¿Y este dios caído del cielo tiene nombre?

—No llego a ser un dios, dejémoslo solo en ángel, de momento. —El comentario me deja sin habla. Le coge la mano y le deja un suave beso.

Yo los miro alucinada, o sea, que el tipo este es solo borde y maleducado cuando se dirige a mí, estupendo. De mala gana les presento.

—Sofia, este es Gabriel.

—Ya le conocía, coincidimos con él un día que os chocasteis por casualidad, ¿no te acuerdas? —Y el doble sentido nos hace reír a las dos, a la par que Álvaro cada vez tiene cara de estar más enfadado.

—Sí, ahora caigo —contesto, y en este momento la carcajada es conjunta.

—¿Podéis contarme el chiste y así nos reímos todos? —dice Álvaro muy serio.

—Álvaro, Sofia, ha sido un placer conoceros, ahora sí que tengo que irme. Celia, nos veremos por ahí.

—Si no hay otro remedio —digo casi en un susurro cuando pasa por mi lado.

Aunque Gabriel está de espaldas mientras camina hacia la puerta, sé que en su cara se ha dibujado una sonrisa al oírme.

Sin embargo, el que está a mi lado está más serio que en un entierro, y, ¿cómo no?, Sofia sigue en su línea.

—Madre mía, cómo está este chico. Celi, de verdad, tienes que prepararme una cita con él. Yo no he visto macho igual. —Entonces mira a Álvaro—. Mejorando lo presente, claro.

—Gracias, Sofia. Perdona, ¿te importaría dejarnos a Celia y a mí un momentito a solas?

—¡Claro! Voy al baño mientras.

Sofia se aleja y Álvaro y yo nos sentamos en la mesa de nuevo.

—Te he visto salir y, creyendo que te ibas a desayunar sola, me he decidido por venir a acompañarte, y para mi sorpresa te encuentro acompañada de un tío. Por cierto, ¿ese no es tu vecino? Me parece el mismo tipo que salió de tu portal el día que pasé a recogerte.

—Sí y no, es el mismo chico pero no es mi vecino. Digamos que viene a ver a alguien de mi bloque.

—Ya. Y, además, le has dicho muy segura que yo no soy tu novio, como si tuvieras que excusarte con él por alguna razón.

—Álvaro, no creo que nuestra relación a día de hoy sea para etiquetarnos ya como novios. Solamente hemos salido una vez. Démosle tiempo al tiempo, ¿no crees? Gabriel es solamente un

conocido, nos hemos encontrado alguna vez, por casualidad, te lo aseguro. Además, ni siquiera nos llevamos bien, la verdad es que es bastante borde.

—No me ha dado esa impresión cuando he entrado, la de que os llevéis tan mal digo.

Álvaro me mira con una ceja levantada, esperando sin duda mi contestación, pero no sé cómo explicarle la encerrona que me ha preparado el sinvergüenza ese. Por suerte, en ese momento veo que Sofía se acerca a nosotros.

—Esta noche seguimos hablando, si te parece bien —digo con la mirada más seductora que soy capaz de poner.

—Está bien, yo vuelvo al trabajo. Tomaos un café rápido y volvéis, que ya se ha hecho demasiado tarde.

Se levanta y se marcha, y yo suspiro aliviada. Por lo menos tengo más tiempo para pensar qué le voy a decir.

Después de tomarnos el café y de contarle todo lo rápido que puedo a Sofía lo que ha pasado, volvemos al trabajo. La mañana pasa despacio y, muy a mi pesar, no me vuelvo a cruzar con Álvaro.

Así que llego a casa con un poco de bajón, me preparo un sándwich rápido, no tengo ni ganas de cocinar, y empiezo a preparar la ropa para mi cena con Álvaro. Después de un rato, y de probarme prácticamente todo lo que hay en mi armario, estoy todavía más de bajón porque no encuentro nada que me guste. Al final me decido por un vestido negro palabra de honor, con un cinturón rojo y mis manolitas a juego. Me doy una larga ducha para relajarme y, ya que estoy, repaso la depilación por lo que pudiera pasar. Después, me ondulo un poco el pelo con la plancha y me maquillo muy sutilmente los ojos, pero en los labios me pongo un rojo fresa pasión que me queda de miedo, y lo meto en mi bolso favorito de la firma Nano de la Rosa (y es que me encantaban todos sus bolsos), para retocarme después de la cena, y el *look* está completo.

A las ocho y media ya estoy lista y sentada en el salón esperando, muy raro en mí que siempre tengo que ir con prisas al final.

Así llegan las nueve, las nueve y cinco, y diez, y cuarto... Cuando me doy cuenta, las piernas me tiemblan y empiezo a sudar (a riesgo de que se me rice el flequillo y el peinado se me vaya al traste), así que cojo una revista que tengo encima de la mesa y me doy aire para que no suceda.

Y así llegando las nueve y veinte (los veinte minutos más largos de mi vida), suena el telefonillo. Salgo disparada y contesto, a lo que le sigue un simple «Baja».

Bajo como una exhalación y encuentro a Álvaro montado en su coche con la mirada perdida (mal empezamos). Me monto y, para animar un poco la situación, le doy un pequeño beso en los labios que parece que le hace reaccionar un poco.

—No sé si saludas así a todos tus amigos, porque como no somos novios...

—Venga, Álvaro, no empecemos así. Estoy muy feliz de volver a salir contigo, ya veremos adónde nos lleva esto, ¿de acuerdo? —En ese momento, por fin, me mira de arriba abajo y una sonrisa le ilumina el rostro.

—Estás preciosa, nena. De momento esto nos va a llevar a cenar, ¿estás lista?

—¡Claro!, ¿adónde vamos?, ¿al restaurante de la otra vez?

—Había pensado ir a un italiano que me han dicho que está muy bien. ¿Te gusta la comida italiana?

—Me gusta mucho.

—¡Pues perfecto!

Álvaro arranca el coche y, en menos de diez minutos, estamos aparcando en la puerta del

restaurante. Es uno que yo no conozco, y mira que he probado muchos italianos.

El interior está muy poco iluminado, con velitas en las mesas que le dan un aspecto muy romántico, pero la verdad es que poco práctico para cenar. Lo primero que pienso es que no vamos a encontrar ni la comida en el plato.

Miro la carta (acercándome lo más que puedo a la vela) y, por supuesto, me pido unos espaguetis al pesto que son mis favoritos. Álvaro pide el osobuco, una ensalada *caprese* para compartir y una botella de vino que me asegura que me va a encantar. Nada más irse el camarero con la nota, empiezo a arrepentirme, ¿espaguetis en una cita? No hay nada menos sutil, pero ya no hay otra opción.

Después de la exquisita ensalada y el momento espaguetis (que al final consigo comerme más o menos decentemente), llega el momento del postre y, sin saber muy bien por qué, mientras compartimos un delicioso tiramisú, la atmósfera empieza a cargarse de electricidad a nuestro alrededor y solo con mirarnos nos decimos lo que deseamos, sin necesidad de utilizar palabras.

Nos montamos en el coche y Álvaro sale disparado sin decirme adónde vamos, aunque en este momento iría con él al fin del mundo si es necesario.

Cuando paramos en un semáforo, un escueto «A tu casa o a la mía» sale de su boca, que le quita un poco de romanticismo al momento. Lo que está claro es que tanto él como yo sabemos, sin ninguna duda, lo que viene a continuación.

Prefiero ir a mi casa porque allí me sentiré más cómoda. En este momento un montón de mariposas revolotean por mi estómago.

A dos calles de mi casa, empiezo a pensar que Gabriel podría estar por la zona y estropearme el momento y, sin querer, me pongo cada vez más nerviosa según nos acercamos, y comienzo a sudar.

Álvaro me mira mientras yo me abanico con la mano sin cesar, confundiendo mi nerviosismo con que no estoy segura de lo que vamos a hacer.

Cuando aparcamos delante de mi casa, yo estoy concentrada mirando por todos lados por si hay señales de él.

—Celia, ¿estás bien? Te has puesto bastante colorada. Oye, si no estás segura de que suba a tu casa, solo tienes...

Enseguida le corto y, para que no haya confusión, le digo rápidamente:

—Álvaro, soy una mujer adulta. Claro que estoy segura de lo que vamos a hacer, si no, no estarías aquí, te lo aseguro.

—De acuerdo —dice, mientras se baja del coche.

Yo también me bajo del coche. Miro a mi alrededor y voy deprisa hacia mi portal. Álvaro me sigue. Nada más entrar, me coge por detrás, me gira y me da un beso apasionado, del mismo modo en que me había abordado por la mañana en su oficina. Y así subimos hasta mi casa entre besos y risas. La noche que vendrá después estará apuntada en un rinconcito de mi memoria durante el resto de mi vida. Y como todos los cuentos de hadas con los que soñamos las mujeres, ya me veo comiendo perdices con él por el resto de los tiempos.

Sin embargo, nada más lejos de la realidad...

5

A la mañana siguiente, me sacude el horrible sonido del despertador. Estoy pensando seriamente en cambiarlo, qué sonido más desagradable. De pronto recuerdo que no estoy sola, Álvaro duerme a mi lado. Me giro despacito para ver si él también se ha despertado, pero ya no está en la cama. Me incorporo, le llamo, y no hay respuesta. Supongo que está en el baño y me vuelvo a acostar para esperarle tumbadita, y que me despierte con un beso cuando vuelva; sin embargo, el silencio que reina en la casa me hace sospechar algo. Me levanto y voy hasta allí. La puerta está cerrada, llamo con los nudillos, pero no contesta. Abro la puerta y, como sospechaba, allí no hay nadie. Recorro despacio la casa, aunque ya sé el resultado, Álvaro se ha ido. En algún momento de la noche o quizá al amanecer, se despertó a mi lado y decidió irse a su casa. Mi cuento de hadas no ha llegado ni siquiera a microrrelato.

Sin ánimo, me arreglo para ir a trabajar, encima me lo tendré que encontrar allí, aunque estoy completamente decidida a pedirle una explicación por su fuga. Camino hacia mi trabajo lentamente, sin ganas de llegar, sin ganas de enfrentarme a otro capullo que de nuevo pasa por mi vida de largo. Casi en la puerta levanto la mirada del suelo y veo a Gabriel acercándose hacia mí, mis fuerzas tampoco me dan para enfrentarme a él en ese momento. Justo antes de darle tiempo a hablar, levanto mi mano y la dejo delante de su cara con un gesto seco. Lo que él ve en mi rostro en ese momento le hace retroceder y, por primera vez, cambia su gesto habitual de desprecio hacia mí por uno de preocupación. Solo llego a escuchar su pregunta de si me encuentro bien, en el momento que cruzo el umbral de la puerta de entrada. Salgo del ascensor y en lugar de coger la dirección hacia mi mesa voy directa al despacho de Álvaro; aunque la puerta está medio cerrada la abro sin llamar. Él está sentado en su mesa, se nota que ha pasado por su casa, lleva otra ropa, está duchado y afeitado.

—¿A qué viene esto, Celia? Esas no son formas de entrar.

—No sé, pensaba que después de lo de anoche ya no habría ciertos formalismos entre nosotros, ¿no, amor? —Su cara en ese momento es un poema—. Por cierto, ¿en qué momento te fuiste de mi casa? Estaba tan dormida que no te oí despedirte.

—Me desperté muy temprano y no quería molestarte, tenía que pasar por casa para ducharme y cambiarme de ropa, no podía presentarme aquí con la misma de ayer. Celia, ¿estás bien? —Me mira con cara de extrañeza.

—Pues, mira, no estoy bien, Álvaro. Te imaginarás la sensación de despertarme esta mañana y ver que te habías largado. Para mí ha quedado claro qué es lo que buscas y cómo ya lo has encontrado...

—Pero ¿qué estás diciendo, preciosa? Solo fui a cambiarme de ropa a casa, me dio pena despertarte, eso es todo. De todas formas, no creo que este sea el momento ni el sitio para hablar

de esto... Creo que estás muy nerviosa, no tienes buena cara, Celia.

Se va a acercar pero le paro en seco. La verdad es que, ahora que lo pienso, no me encuentro nada bien. En un primer momento pienso que es por el cabreo que traigo, pero ahora empieza a faltarme hasta el aire. Quiero acercarme a una silla para sentarme pero no puedo ni moverme, estoy muy mareada. De repente, siento unas ganas enormes de vomitar, pero afortunadamente no he desayunado, no tengo nada en el estómago y se queda en unas simples arcadas. Noto que Álvaro me coge en el momento que empiezo a caerme y luego nada, solo oscuridad.

Abro los ojos y no reconozco dónde estoy, no puedo moverme porque mi cuerpo ya no está aquí. Floto. Tampoco tengo ninguna sensación, una inmensa paz me envuelve. Una voz a lo lejos repite mi nombre. No he escuchado nunca esa voz, pero enseguida reconozco quién me llama. Aunque no la veo, intuyo su presencia.

«¿Mamá, estás aquí?».

«Celia, hija mía, estoy aquí. Siempre he estado aquí, a tu lado, velando por ti».

«Mamá, no entiendo que está pasando. ¿Dónde estoy?».

«Celia, tienes que seguir tu camino. Siénteme cerca siempre, estoy a tu lado. Sigue tu instinto, hija. Ahora tienes que volver».

«¿Adónde? No quiero separarme de ti. ¿Mamá? ¡Mamaaa!».

Despierto de golpe, a mi alrededor muchas caras preocupadas. En cuanto abro los ojos, al primero que veo es a Álvaro, y a mi lado, agarrándome una mano, está Sofía.

—¿Celia!... Ya vuelve en sí. ¿Estás bien? No te preocupes, hemos llamado a Urgencias, no tardarán en llegar.

—¿A Urgencias? ¿Pero qué ha pasado? Ayúdame a levantarme, Sofi. —Miro a mi alrededor, sigo en el despacho de Álvaro. Bueno, yo y media oficina. Perfecto, con lo que me gusta a mí llamar la atención.

—No deberías levantarte todavía. Álvaro, ayúdame, la sentaremos en la silla.

—Estoy bien, no os preocupéis, solo un poco mareada, y ya está pasando. No hacía falta que llamarais a Urgencias.

—Celia, has estado desmayada más de quince minutos.

Me fijo en mi amiga, tiene los ojos brillantes como si hubiera estado llorando.

—Sofía, tranquila, estoy bien, de verdad. Será que no he desayunado, eso es todo.

—Voy a traerte un café ahora mismo, seguro que te va a venir bien —dice mientras sale apresuradamente del despacho.

—Vale, muchachos, aquí no ha pasado nada. Volved a vuestros puestos.

Álvaro acompaña a todo el mundo hacia la puerta, ya tienen cuchicheo para el resto de la semana, seguro que inventan un embarazo o algo parecido. Después se acerca a mí despacio, se agacha y me deja un suave beso en los labios.

—¿Qué ha pasado, preciosa? Nos has pegado un susto de muerte. Aparte de no haber desayunado, que por cierto eso no está nada bien, venías como un torbellino. Estoy seguro de que habrá sido una bajada de tensión o algo parecido.

—Estaba muy enfadada y yo...—Un nudo en la garganta me impide continuar. Lo que me faltaba, ponerme a llorar ahora mismo.

—Eh, ya está. —Álvaro me abraza suavemente—. Siento mucho que al despertarte esta mañana hayas pensado que me había ido sin más. Solo quería cambiarme de ropa y me ha dado mucha pena despertarte, pero quiero que sepas que lo de anoche fue muy especial para mí, ¿vale?

—Álvaro, siento haberme presentado así. Pero es que estaba muy furiosa y la verdad es que no

sé qué me ha pasado.

En ese momento se abre la puerta y entra Sofía seguida por dos personas del 112 que vienen con maletines y empiezan a hacerme preguntas. Por suerte, Álvaro se encarga de contestarles mientras uno de ellos me toma la tensión.

Sofía me ofrece el café que me ha traído, lo cojo mientras miro a la puerta y veo a alguien allí parado, ¿Gabriel?

—Sofía, ¿qué hace ese aquí? —digo con disimulo.

—Me lo he encontrado en la puerta cuando iba disparada a por el café. La pena es que no me haya arrollado como a ti aquel día, y me haya cogido entre sus brazos...

—Sofíaaaa...

—Mujer, que me ha preguntado por ti. Me ha dicho que te ha visto entrar con muy mala cara y no sabía lo que te pasaba. Cuando le he contado lo sucedido me ha obligado a traerle hasta aquí.

—Ya te vale, guapa. —En ese momento miro a Álvaro que ya se ha percatado de su presencia y le mira con extrañeza.

Cuando los del 112 han recogido todo, Álvaro les acompaña al ascensor, momento que Gabriel aprovecha para acercarse a mí.

—¿Gabriel, qué haces aquí?

—Solo quería saber si estabas bien.

—Pues ya has oído a los enfermeros, estoy perfectamente, así que ya puedes marcharte.

—Sofía... —dice él, mirando a mi amiga—, porque ese es tu nombre, ¿verdad?... ¿Podrías dejarnos un segundo a solas?

—Gabriel, no creo que sea el momento. Aquí no, a Álvaro no le va a gustar nada que nos quedemos a solas... —Pero Sofía ya ha salido por la puerta, esta chica se tiraría por la ventana si él se lo pidiera, qué tontería le ha entrado con el antipático este.

Gabriel se acerca a mí y vuelve a agarrarme por los hombros, como aquella vez que nos encontramos en la calle. En ese momento, un torrente de energía me recorre todo el cuerpo. Cuando me suelta sigo sintiendo un hormigueo muy potente, sobre todo donde él ha posado sus manos.

—¿Qué ha sido eso, Gabriel?

—Ese es tu poder, va despertando cada día. Irá en aumento, pero este cuerpo humano no podrá asimilarlo.

—¿De qué me estás hablando? ¿Ya estás con tus historias raras?

Gabriel se acerca a mí con intención de contarme algo, pero en ese momento aparece Álvaro como una exhalación. Yo me levanto precipitadamente como si nos hubiera pillado haciendo algo malo, lo que me hace tambalearme, aún sigo muy mareada. Rápidamente Gabriel me coge entre sus brazos, lo que pone a Álvaro todavía más furioso.

Me libero enseguida de los brazos de Gabriel y vuelvo a sentarme en la silla, Álvaro se acerca a mí y me coge de la mano.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. Me tomo el café que me ha traído Sofía y como nueva.

En ese momento la aludida entra por la puerta.

—Sofía, ¿puedes acompañar a Gabriel a la salida? —Y añado dirigiéndome a Gabriel: — Gracias por preocuparte por mí, pero ya estoy bien.

—De acuerdo, ya nos veremos por ahí.

Cuando sale del despacho, Sofía se gira y me guiña un ojo a la vez que articula un gracias, y sale

dando saltitos tras él.

Álvaro se levanta de mi lado y se apoya en su mesa. Su mirada me dice que no está muy contento con la visita que acaba de irse.

—¿Puedes explicarme qué hacía ese tipo aquí?

—Sofía se lo ha encontrado en la calle cuando iba a por el café, le ha contado lo que me ha pasado y ha querido comprobar si me encontraba bien.

—Vale. Lo que no me queda claro es qué relación te une a él. Pasó de ser tú vecino a un conocido de un vecino, pero la verdad es que siempre está rondando a tu alrededor.

Para quitarle un poco de intensidad al momento me levanto, despacio esta vez, y me acerco a él. Rodeo su cuello con mis brazos y nos fundimos en un beso lleno de pasión, de esos que Álvaro me da y a mí me encantan.

—No te pongas celosillo. Gabriel es un conocido y todo lo que me une a él son solo puras casualidades. Para mí está muy claro quién es la persona por la que estoy interesada. ¿Para ti no lo está?

—Alguna idea me voy haciendo. —Y vuelve a darme un beso apasionado. —Ahora vete a casa, órdenes de arriba, y descansa hasta que estés recuperada.

—Pero si ya estoy bien, Álvaro...

—¡A casa he dicho!

—Vale, vale. Ya me voy.

Nos damos un último beso (creo que podría hacerme adicta a ellos), y salgo del despacho. Antes de irme, paso por la mesa de Sofía para que me cuente lo que ha sucedido con Gabriel.

—Nada de nada, amiga. Cuando hemos llegado al ascensor, me ha dicho que ya conocía el camino y no me ha dejado ni acompañarle a la calle —dice con gesto enfurruñado.

—Sofía, déjame darte un consejo, aléjate de él. Con el carácter que tiene no creo que hicierais buenas migas.

—¡Sí, ya! Que quieres los dos para ti solita, egoísta.

—Te aseguro que a ese chico no lo quiero ni en pintura... Me voy, luego hablamos.

Ya en la calle cojo una honda bocanada de aire, la verdad es que no sé qué me ha pasado, ya es la segunda vez que me da un mareo como este, y no creo que tenga nada que ver con una intoxicación. Recuerdo las palabras de Gabriel: «Ese es tu poder y tu cuerpo humano no podrá asimilarlo». Siento un escalofrío que me cruza la espalda. No le creo ni una sola palabra, pero tengo que saber más. De camino a mi casa, decido coger el coche y poner de nuevo rumbo a la Plaza del Molino. Buscaré a la amiga de mi madre para ver si ella puede aclararme algo de todo esto.

El tráfico está horrible esta mañana y me cuesta bastante tiempo llegar allí. Aparco en la misma calle de la primera vez y me encamino hacia la plaza. Echo un vistazo a la gente de mi alrededor, la plaza está mucho más vacía que la primera vez. Ni rastro de la mujer que busco. Decido entonces acercarme hasta su casa, solo hay una con las ventanas azules, por lo que no hay pérdida.

Al no haber timbre, llamo con los nudillos. Espero un tiempo, y no hay respuesta. Vuelvo a llamar, esta vez con más fuerza. Escucho unos pasos que se acercan, me espero a la mujer mayor abriendo la puerta, pero en su lugar aparece un hombre que tiene más o menos mi edad. En cuanto nuestras miradas se encuentran, un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Hay algo en él que me pone inmediatamente en alerta, no sabría decir qué es. Es un hombre bastante atractivo, vestido con pantalón y camiseta negra, pelo engominado perfectamente peinado hacia un lado; sin

embargo, lo que me pone la piel de gallina es su mirada, una mirada oscura y profunda a la que acompaña una fría sonrisa.

—Hola, buenos días —baluceo—. Buscaba a una mujer mayor que me dijo que vivía en esta casa.

—Supongo que está buscando a mi abuela Camila, ahora mismo no está, aunque no tardará en llegar. ¿Le gustaría pasar y esperarla? —dice con voz profunda, a la vez que abre la puerta un poco más.

Miro hacia dentro y solo veo oscuridad. De nuevo me recorre un escalofrío que me hace retroceder unos pasos.

—Se lo agradezco mucho, pero creo que la esperaré en la plaza. Gracias de todas maneras.

Me alejo lo más rápido que puedo de allí, aguantándome las ganas de salir corriendo. Pienso en ir directamente al callejón para ver qué me encuentro, aunque en ese momento no me parece muy buena idea. Decido acercarme a la cafetería de la otra vez para tomarme un refresco. Sentada en la terracita empiezo a relajarme, de nuevo los recuerdos de mi infancia pasada en ese lugar me vienen a la mente, y entonces la veo. La mujer de la casa de las ventanas azules baja la calle en dirección a la plaza, y salgo corriendo para darla alcance.

—¡Disculpe! ¿Camila? —La mujer se vuelve hacia mí—. No sé si me recuerda, estuve aquí hace unos días preguntándole por una librería en la zona.

—¿Una librería? Pues no, aquí no hay ninguna librería cerca. Se lo digo yo que llevo viviendo aquí más de setenta años. Allí en la plaza, en esa casita de las ventanas azules.

—Sí, ya lo sé. He estado allí antes y su nieto me ha dicho que había salido un momento.

—¿Mi nieto? No, bonita, yo no tengo nietos, nunca tuve hijos. Mi Alfredo se fue demasiado pronto. Dios no nos quiso mandar un hijo que llenase ese vacío que mi Alfredo me dejó.

—Pero si yo he estado antes en su casa y me abrió un joven que me ha asegurado que era su nieto.

—Sin duda habrás llamado a la casa equivocada, niña.

—Es muy extraño, no creo haberme equivocado de casa... De todas formas, yo la buscaba porque quería preguntarle por una mujer que tiene, o tenía hace varios años, una tiendecita por esta zona.

—Pues venga, vamos a mi casa que te invito a un café y charlamos. Qué alegría me das, estoy muy sola desde que mi Alfredo me dejó.

La sigo y, al llegar delante de la fachada, sin saber por qué tengo el corazón acelerado. Cuando ella abre la puerta, el interior no me parece tan oscuro como antes. Estoy completamente segura de que es la misma casa a la que he llamado. ¿Estará un poco mal de la memoria esta mujer? Sin embargo, como ella ha dicho, allí no hay nadie. Pasamos a una salita muy acogedora, y en un momento aparece con una bandeja con café y unas pastas que están riquísimas.

—Cuéntame, muchacha, ¿qué es lo que estás buscando exactamente?

—Busco a una mujer que se llama Elvira, era amiga de mi madre. Mi padre me ha contado que tenía una tiendecita por esta zona.

—Pues tiendas por aquí ha habido muchas a lo largo de los años, y no recuerdo a ninguna tendera que se llamara Elvira. ¿Sabrías decirme cómo era?

—No, desgraciadamente no tengo más datos. Mi madre murió cuando yo nací, y me gustaría encontrarla para que me contara algo sobre ella. Mi padre solo vio a esa mujer una vez y no la recuerda muy bien.

—Qué pena... solo se llevan a los buenos, como a mi Alfredo, que era demasiado joven, el

pobre.

A la anciana se le llenan los ojos de lágrimas. Entiendo su sufrimiento, lo he visto muchas veces en los ojos de mi padre; aunque, por suerte, él me tiene a mí, pero a esa mujer solo le quedan sus recuerdos. Me termino el café y, después de charlar un rato más con Camila, llega la hora de continuar mi camino. Le prometo que volveré otro día a visitarla, lo que la deja encantada.

Salgo a la calle y, sin pensar en nada, me encamino hacia donde vi el pequeño callejón. Cuando llego, siguiendo un impulso, me adentro en él. Claramente allí no hay nada, pero tengo que llegar hasta el final para quedarme tranquila. El corazón me bombea rápidamente, al fondo solo se ve una pared. De nuevo llega hasta mí ese aroma a flores, un olor que inexplicablemente me resulta conocido. Sigo caminando, estoy convencida de llegar hasta el final, aunque cada vez se vuelve más frío y oscuro. No sé si es el martilleo de mi corazón, pero con la paranoia hasta me parece oír unos pasos detrás de mí. Estoy a punto de darme media vuelta y salir pitando de allí, cuando la oscuridad empieza a aclararse. Una tenue luz procedente del final de aquella pared llega hasta mí. Entonces lo veo, el callejón no termina ahí, continúa tras un zigzag en el muro y vuelve a abrirse en una pequeña calle. Mientras avanzo, me percató de que hay varias tiendas. Ahora sí que estoy asustada, lo he encontrado, el callejón escondido existe, y entonces se hace más real toda aquella historia que para mí sigue siendo inexplicable.

Lo primero que encuentro es una floristería, y enseguida comprendo de dónde sale aquel olor que llega hasta la calle. Me acerco, pero está cerrada... Unos metros más abajo, una pequeña tienda que no sabría muy bien cómo catalogar. Tiene una mesita fuera y objetos muy variados colgados en la puerta, cestos de mimbre, sombreros, bastones y un sinfín de cosas. Esa, sin duda, tiene que ser la tienda de Elvira. Me acerco a la puerta, la empujo suavemente, y no se abre. Llamo, con la esperanza de que Elvira esté ahí, pero nadie responde. Me fijo en otra tiendecita con un escaparate muy antiguo, y me doy cuenta de que, sin duda, se trata de una librería. ¡La he encontrado! El corazón me late con fuerza. Todas las dudas y misterios en torno a la carta de mi madre empiezan a tener sentido. No sé si encontrar la librería me va a aclarar algo, pero allí está, existe, y eso me produce tanta alegría como miedo al mismo tiempo. Ni siquiera sé lo que tengo que buscar, y por hacer caso a Gabriel no llevo la carta encima, aunque ya no me hace falta, me la sé de memoria.

—Todo te será revelado, solo tienes que saber mirar, está escrito y lo debes descifrar, para ello busca más allá de lo que los demás pueden ver, en una librería que intentan esconder —repito en voz baja, mientras me acerco a la puerta de la pequeña tienda de libros, sin atreverme a entrar. La librería que intentan esconder ¡encontrada!, y si está escrito, tendré que buscar un libro.

—¿Mamá, qué clase de libro tengo que buscar? Ayúdame, por favor —suplico, aunque, como bien me decía en su carta, es algo que tengo que hacer yo sola... ¡Pues adelante!

Empujo la puerta, algo en mí quiere que también esté cerrada, pero no, se abre con un pequeño quejido. El interior está en penumbra, se nota que no es una librería muy concurrida. Delante de mí, varias estanterías repletas de ejemplares. Lo primero que me viene a la mente es que allí no encontraré el de *Cincuenta sombras...*, o alguno de mis escritores favoritos, lo que me provoca una sonrisa. Me acerco a la primera estantería y echo un vistazo. Solo hay un montón de libros muy viejos que no conozco. Cojo uno al azar y empiezo a hojearlo.

Una especie de presencia detrás de mí hace que me gire rápidamente. El libro se me escurre de las manos y cae al suelo... Un anciano con una barba muy larga me mira. Algo parecido a una sonrisa ilumina su arrugada cara.

—Hola, muchacha, ¿necesitas que te ayude con algo?

—Pe-perdón, me he asustado y se me ha caído el libro —balbuceo, mientras lo recojo del suelo y compruebo que no se ha estropeado—. No se preocupe, no ha sufrido ningún daño —añado, volviendo a colocarlo en su sitio.

—¿Buscas algún libro en particular?

—Pues la verdad es que sí, pero tampoco sabría explicarle. No tengo muy claro qué es lo que estoy buscando.

—Pues mira todo lo que quieras sin miedo, muchacha. Aquí estás a salvo... Llámame si me necesitas.

El hombre desaparece tras una portezuela. Cuando me quedo a solas, me adentro en uno de los pasillos. ¿Qué se supone que debo buscar? En la carta mi madre me dice algo de una profecía. Empezaremos por ahí.

Encuentro varios títulos relacionados con el tema. *Profecías y revelaciones, Profecías por cumplir, Profecías ya cumplidas, Predicciones y profecías...* Cojo varios libros y me dirijo a una mesa situada al fondo para echarles un vistazo. Cuando me voy acercando, veo que otra mesa está ocupada, me extraña no haber escuchado el sonido de la puerta. En ese momento el ocupante se da la vuelta y yo estoy a punto de dejar caer todos los libros al suelo.

—¿Pero tú que haces aquí?!

El aludido se levanta y viene hacia mí, me coge la pila de libros que tengo en las manos y los deja en una mesa cercana.

—¡Ya era hora! Aunque, si te digo la verdad, debería felicitarte, hubiera apostado a que no llegarías nunca.

—Gabriel, una pregunta tonta... Para ser guardaespaldas, o lo que quiera que seas tú, ¿os dan un curso de cómo ser la persona más borde en varios kilómetros a la redonda, o eso te sale a ti natural?

—Déjate de tonterías y ponte en marcha, bastante retrasados vamos ya...

—A lo mejor no iríamos tan retrasados si tú, sabiendo dónde estaba la librería, ¡¡me lo hubieras dicho!!

—Creo que no te ha quedado claro que yo solo estoy aquí para protegerte, lo demás es cosa tuya.

—Pues entonces aléjate y déjame leer estos libros.

Gabriel se dirige a una de las estanterías y coge un ejemplar. Se sienta en una mesa alejada de la mía y comienza a leer bajo la escasa luz.

Aunque me cueste reconocerlo, me gusta tenerlo allí, ahora me siento bastante más tranquila. Aprovechando que está de espaldas, le doy un repasillo. Su forma de sentarse me llama la atención, con una postura perfecta y la pierna cruzada a la altura de la rodilla. Hasta ahora no me había fijado, ¿ha tenido siempre esos brazos? El libro parece minúsculo entre sus manos. Fiel a su estilo, lleva unos vaqueros que le quedan de infarto y una camiseta blanca ajustadita. El pelo engominado con ese peinado despeinado hacia un lado... La verdad es que no está nada mal el chico...

—Cuando termines de mirarme, te pones en marcha —dice, de pronto, a la vez que pasa tranquilamente una página—. Me gustaría salir de aquí antes de que se haga de noche.

¡Pero!... Lo que tiene este chico es el don de ponerme de muy mala leche. Abro bruscamente el primer libro que encuentro.

—Que sepas que no te estaba mirando, so listo —refuto, aunque mi cara roja como un tomate y los calores que me están entrando me delatan.

—Sí, ya —dice con esa sonrisa de medio lado, que quita hasta el habla.

—Será tonto y chulo el tío —mascullo.

Y le oigo soltar una pequeña risilla que, al final, me hace sonreír a mí también.

Después de un tiempo, bastante desanimada cierro el último de los libros. Me he informado sobre muchas historias sobre profecías y otros temas, pero que no me sirven de nada para lo que se supone que estoy buscando.

Gabriel sigue leyendo su libro en silencio, no se ha vuelto hacia mí en ningún momento. Apilo todos los libros y los llevo a las estanterías para colocarlos de nuevo y seguir buscando.

—Lo que te espera no es fácil —repaso en un susurro las palabras de mi madre—, pero debes afrontarlo sin miedo. Sabrás llegar al otro lado, confío en ti.

«Sabrás llegar al otro lado», repito una y otra vez en mi mente.

Cojo otra pila de libros, *Otro lado de la vida, Nacer o Morir al otro lado, Para llegar al otro lado...* Cuando la pila me llega a la altura de la barbilla, me giro para volver a mi mesa y me encuentro con Gabriel que está detrás de mí, demasiado cerca. Me mira con esos ojos que me dejan atontada. Se aproxima a mí tanto que al hablarme noto que su aliento me roza la cara, y se me ponen los pelos de punta.

—¿Te ayudo con los libros? —dice suavemente.

Nuestras manos se rozan y, cada vez que eso ocurre, una descarga eléctrica me recorre todo el cuerpo... La falta de luz, la intimidación del pasillo, nuestra cercanía... Todo se va sumando, y por impulso me acerco un poco a él, ¿me besaría? Mi corazón va a mil por hora. Él también se acerca y cuando me tiene atrapada entre la pila de libros y la estantería, levanta una mano hacia mi cara; pero, en el último momento, la desvía, coge uno de los ejemplares que están a mi lado en el estante y lo pone encima del montón de libros que nos separa.

—Este para mí —me susurra al oído mientras me coge los libros, y se los lleva sin más.

—Será ca...

—¿No vienes? —Se ve claramente que se lo está pasando de maravilla.

—Ahora voy, estoy buscando un par más. —Necesito normalizar mi respiración antes de que vea el estado en que me ha dejado el muy imbécil.

Ya en mi mesa, abro el último libro del montón. Empiezo a hojearlo, pero no puedo concentrarme. ¿Qué hago yo leyendo esta clase de tochos, si ni siquiera entiendo nada de lo que pone?... Miro el reloj, son las cuatro y todavía no he comido nada.

—Me voy a comer algo, con hambre no puedo concentrarme —digo, dirigiéndome a Gabriel.

—Está bien, te acompaño. —Cierra el libro y se pone en pie.

—No es necesario, gracias, puedo ir yo sola. —Hago notar mi enfado por lo que ha sucedido antes, pero no me contesta. Ya está sujetando la puerta y esperando a que yo salga.

Salimos al callejón, miro hacia la tiendecita de Elvira y veo que sigue cerrada. Esperaba verla antes de irme, me vendría muy bien que alguien me contase algo sobre mi madre, y me aclarase tantas dudas que tengo.

Cuando llegamos a la Plaza del Molino, el gesto de Gabriel cambia, se pone tenso de repente. Llegamos en silencio a la cafetería que conozco y, cuando me siento en la terraza, Gabriel me dice que vuelve en un momento. Lo veo alejarse, no puedo apartar la mirada de él hasta que la camarera me saca de mis pensamientos. Me tomo un refresco y una pulguita de tortilla de patatas (que me sabe a gloria), lo culmino con un café con hielo, pago la cuenta, y Gabriel sigue sin regresar. Estoy pensando en que no sé si volver al callejón yo sola o esperarle, cuando de repente lo veo aparecer andando muy deprisa.

—Vamos, levántate. —Me coge del brazo y me obliga a andar con rapidez.

—¿Qué pasa, Gabriel?

—No preguntes, solo camina rápido sin mirar atrás.

Si de algo estoy segura en esta vida es de que existe una ley que dice que a cualquier persona que le digas no mires atrás, o no mires a ese grupo, o al que acaba de entrar, inevitablemente mirará. Pues bien, en ese momento yo me giro y veo a lo lejos a un hombre que se acerca a nosotros con paso rápido sin llegar al punto de correr.

—Yo conozco a ese tío, es el nieto de Camila.

—Celia, hazme caso por una vez en tu vida. Camina rápido, hablaremos cuando llegemos al callejón —dice, sin dejar de tirar de mi brazo.

Atravesamos la plaza y entramos en la calle que lleva hasta el callejón. Sin poder evitarlo vuelvo a mirar hacia atrás. El individuo ha acortado la distancia y ya casi nos pisa los talones.

—¡Gabriel, está muy cerca!

—Lo sé, ¡corre! —grita, tirando ahora de mi mano con fuerza.

Echamos a correr. Aunque la distancia hasta el callejón es pequeña se me hace tremendamente larga, pero estamos a punto de alcanzarlo y Gabriel aumenta la intensidad de la carrera.

Llegamos al callejón escondido sin aliento.

—Por ningún motivo salgas de aquí, ¿me has entendido?

—Gabriel ¿adónde vas? No me dejes sola.

—Tranquila, no pueden entrar aquí.

—Pero... ¿Quién nos persigue?

No hay respuesta, sale del callejón a la carrera y a mí se me paraliza el corazón, ¡por favor que no le pase nada!

No sé adónde ir, me quedo en la entrada del callejón muerta de miedo esperando a que Gabriel regrese, pero ¿y si no vuelve?, ¿qué hago yo? En ese momento alguien me da unos golpecitos en el hombro, que me hacen dar un salto por el estado de nervios que tengo.

—Perdona, ¿te he asustado?

Delante de mí, una mujer de mediana edad con una tierna mirada se sobresalta al verme.

—Celia, ¿eres tú!

—¿Elvira? Tú eres Elvira, la amiga de mi madre. Pero ¿cómo me has reconocido?

—Tu madre me habló muchas veces de ti, eres tal como ella te describía.

—Pero eso no puede ser, mi madre no llegó a conocerme.

—Ella ya te había visto en sus sueños. Ven, acompáñame, te prepararé un té.

—No, estoy esperando a alguien. No quiero moverme de aquí hasta que vuelva.

—Tranquila, Gabriel estará bien.

Su respuesta me deja desconcertada. Me rodea los hombros con su brazo y me lleva hasta su tienda, yo solo tengo ganas de volver a la entrada del callejón pero sé que allí no hago nada.

Elvira pone en mis manos una taza que desprende un rico aroma, me recuerda al olor a flores del callejón. En cuanto le doy un sorbo, noto que mi cuerpo se va relajando poco a poco, aunque la preocupación por Gabriel sigue teniéndome en alerta. Elvira se sienta a mi lado, tengo tantas cosas que preguntarle que no sé por dónde empezar. Nos están persiguiendo y, por la reacción de Gabriel, estoy segura de que no pasa nada bueno. Todo esto está empezando a darme miedo de verdad. Elvira me mira, sabe que necesito un momento para poner en orden mis ideas. Cuando reúno algo de fuerza comienzo a hablar.

—Elvira, tengo miedo, no sé qué está pasando. De la noche a la mañana recibo una carta de mi

madre que para mí no tiene ningún sentido. Aparece Gabriel en mi vida diciendo que ha venido a protegerme, y yo no me lo tomo en serio. Llevo semanas pensando que esto tiene que ser una broma pesada de alguien, pero de repente llego aquí, veo que este callejón existe, la librería existe y hay un tío que viene a por mí, todo en el mismo día y sigo sin entender por qué.

—Me doy cuenta de que aceptar todo esto de golpe tiene que ser muy difícil para ti. Te aseguro que tu madre nunca hubiera querido meterte en esto, pero no tuvo opción. Ella vino aquí con una misión y su trabajo en la tierra era tenerte a ti. Ahora es tu turno para llevar a cabo lo que ella comenzó.

—¿Y si no quiero aceptar ninguna misión?

—Dulce niña, no tienes opción.

—Pero no sé lo que tengo que hacer, Elvira.

—No te preocupes, cuando llegue el momento lo sabrás. Está en tu interior. No estás sola, Celia, hay mucha gente velando por ti.

—¿Te refieres a Gabriel?

—No solo a él. Tu madre está muy cerca de ti siguiendo cada uno de tus pasos, y también hay quien vela por ti día y noche.

— Pero ¿quién nos está persiguiendo?

—Digamos que hay otro tipo de gente que está muy interesada en obtener lo que tú estás buscando, y lo que en este callejón se guarda. Si llegaran a encontrarlo, el mundo tal como lo conocemos desaparecería. Esto no es un juego, tienes que confiar en Gabriel, él te protegerá. Ya sé que en ocasiones puede ser un poco, como diría, insufrible. Pero si le han mandado a él es porque es el mejor. Vamos, acábate el té, te encontrarás mucho mejor cuando despiertes.

—¿Cuándo despierte? No podría dormir aunque quisiera. Hasta que no sepa qué ha sido de Gabriel no me quedará tranquila. Además, se está haciendo tarde, tendría que regresar a mi casa antes de que se haga de noche y...

No puedo continuar hablando, un sueño intenso se apodera de mí, y después de eso, solo oscuridad.

6

Despierto aturdida, no sé dónde me encuentro, la habitación está muy oscura. Miro a mi alrededor, estoy tumbada en un pequeño sofá, alguien me ha cubierto con una mantita.

Poco a poco van viniendo imágenes a mi cabeza de lo que ha ocurrido, me incorporo algo aturdida. ¿Cómo he podido dormirme? Recuerdo que estaba hablando con Elvira y que me dio un té con olor a flores, después de eso nada. Pero ¿cuánto tiempo ha pasado? Entonces me viene a la mente algo más, Gabriel no ha vuelto.

Me levanto de un salto y salgo a la calle. Ni rastro de Elvira por ningún sitio. Ya ha oscurecido, debo volver a casa. Llego hasta el final del callejón escondido. Justo antes de salir, el miedo me lo impide. Alguien podría estar esperándome fuera. Tampoco puedo quedarme aquí, tengo que volver a mi casa.

—Gabriel, ¿dónde estás? —pregunto en voz alta con desesperación.

—Justo detrás de ti, ¿me echabas de menos, fierecilla?

Me doy la vuelta y allí está él, apoyado en la pared con su mejor pose hasta el momento. Verle aquí, sin que le haya pasado nada, me hace salir corriendo a su encuentro. Sin pararme a pensarlo, me abrazo fuerte a su cuello. Noto cómo su cuerpo se tensa con mi contacto, pero al cabo de un momento me agarra por la cintura y me atrae hacia él. Me separo, lo suficiente para verle la cara, y entonces empiezo a balbucear.

—Gabriel, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado? ¿Quién era ese hombre que nos perseguía?

—Demasiadas preguntas, ya hablaremos. Ahora tenemos que salir de aquí.

Se deshace de mi abrazo.

—Ese hombre, ¿estará fuera esperándonos? ¿Y si vuelve a venir a por nosotros? Tengo miedo, Gabriel.

Me pone un dedo en los labios para que, por fin, me calle.

—Tranquila, no nos van a molestar en un tiempo. Venga, vayámonos.

—¿Y Elvira? No le hemos dicho nada. Además, no he encontrado el libro y...

—Celia, por favor, tranquilízate. Elvira ya está enterada de que nos vamos. Será mejor no aparecer por aquí en unos días. Vamos.

Me coge de la mano y me guía fuera del callejón. Está muy oscuro, debe ser de madrugada. Nos montamos en mi coche. Gabriel insiste en conducir, yo estoy demasiado nerviosa. Cruzamos la ciudad a una velocidad de vértigo, a esas horas no hay ni un coche en la carretera y en menos de veinte minutos ya estamos en la puerta de mi casa. Gabriel aparca, salimos del coche y nos acercamos a la entrada. Saco la llave, veo que él se vuelve con la intención de marcharse.

—Gabriel, espera. Yo es que... Ahora mismo, no creo que sea capaz de subir a mi casa sola.
—Tengo el corazón acelerado.

—Ya te lo he dicho, no van a molestarnos en una temporada. No hay por qué preocuparse.

—Aun así, ha sido un día muy intenso para mí. ¿Puedes acompañarme, por favor?

—¿Me estás invitando a subir a tu casa? ¿Qué diría tu novio si se enterara?

—¡No es mi novio! Y no te invito a subir a mi casa, te pido que me acompañes porque estoy muerta de miedo, ¿te queda claro?

—Desde luego...—resopla mirando hacia arriba— contigo tendría que cobrar horas extras.

—Gracias, gracias, gracias —digo, mientras doy saltitos.

—Vale, subamos antes de que me arrepienta.

Subimos la escalera en silencio. Cuando llegamos a la puerta de mi casa, le entrego las llaves para que abra él, yo me pongo detrás completamente asustada. Entramos y Gabriel recorre, una por una, todas las habitaciones de la casa para asegurarse de que allí no hay nadie.

—Siéntate, por favor, vuelvo en un momento.

Salgo pitando a mi habitación y me cambio de ropa. Me miro al espejo, ¡tengo una pinta horrible! No sé por qué, pero tener a Gabriel en mi salón me está poniendo muy nerviosa. Paso por el baño a retocarme un poco y después salgo al salón como si nada.

—¿Quieres tomar algo?

Gabriel está cómodamente sentado en el sillón, al verme entrar hace ademán de levantarse.

—La verdad es que no. Si no te importa, me gustaría irme ya.

—Sí que me importa, no sales de aquí sin aclararme lo que ha pasado hoy, te guste o no te guste. ¿Te apetece una cerveza?

—Si no hay otro remedio...

—No, no lo hay.

Después de coger dos latas de la cocina, me siento a su lado en el sillón y le doy un gran trago a mi cerveza. Gabriel me mira extrañado y risueño a la vez.

—Dime, Celia, ¿de qué conocías al hombre que nos perseguía? Me has dicho que era el nieto de alguien.

—La última vez que estuve en la Plaza del Molino, conocí a una mujer. Me contó que había vivido allí toda su vida. Me acerqué a su casa para preguntarle si conocía la tienda de Elvira. Fue él quien me abrió la puerta, me dijo que era su nieto y que ella no estaba. Enseguida algo dentro de mí se puso en alerta, no me gustó nada la expresión de su cara, por lo tanto me fui. Cuando por fin encontré a Camila, me dijo que ella no tenía ningún nieto.

—No entiendo cómo no le vi venir. Celia, tienes que tener mucho cuidado. Estaré muy cerca de ti, pero no sabemos de qué artimañas se valdrán para intentar acercarse a ti de nuevo.

—¿Quiénes son, Gabriel? ¿Por qué me están persiguiendo?

—Realmente no te persiguen a ti, quieren lo que tú estás buscando. Durante unos días no debes acercarte al callejón, esperaremos a ver cómo evolucionan las cosas.

—De acuerdo, haré lo que tú digas.

Más asustada que antes, me trago la bola de nervios que tengo en la garganta con otro gran trago de cerveza. Gabriel me mira de nuevo, esta vez sonrío.

—Ahora me voy, mañana debes volver al trabajo, si la resaca te lo permite, claro. Estaré esperándote abajo para acompañarte, no correremos riesgos.

Se levanta y llega hasta la puerta.

—¿Para acompañarme? ¿Qué pasa, ahora vas a ser mi guardaespaldas? —Lo que me faltaba.

—Tranquila, fierecilla, te aseguro que para mí sigue siendo igual de agradable. —Me guiña un ojo justo antes de salir.

¿Cómo puede ser siempre tan inaguantable? Sin darme cuenta tengo una sonrisa en los labios mientras cierro la puerta. Vuelvo al salón y me hago un ovillo en el sofá. Solo quedan cuatro horas para irme a trabajar. Por mi cabeza pasan todo tipo de imágenes de lo sucedido hoy, estoy asustada.

Empieza un nuevo día, durante unas horas meditando en el sofá he llegado a la conclusión de que nadie va a acobardarme. No sé a qué me enfrento, pero hoy quiero pensar que todo vuelve a ser como días antes de mi cumpleaños. Me arreglo para ir a trabajar y bajo a la calle ilusionada, claro que me dura poco. En la pared de enfrente me encuentro con Gabriel que ya está esperándome. Comienzo a andar. Por un momento hago como si no le hubiera visto, aunque él rápidamente me da alcance.

—¿Qué pasa, fierecilla? Ayer me abrazabas y hoy no me das ni los buenos días. Mal empezamos.

—Que te quede claro que no te abracé, fue un acto reflejo debido a la situación, y que, por supuesto, no volverá a repetirse. Por cierto, ¿en algún momento me llamarás por mi nombre?

—Es posible.

Seguimos andando en silencio, con una pequeña distancia entre nosotros. Saber que está justo detrás de mí me pone nerviosa. A dos calles de mi oficina, me paro en seco y me giró hacia él.

—Hasta aquí has llegado. No querrás que alguien me vea contigo.

Me vuelvo con intención de seguir andando, pero él me adelanta de nuevo.

—No creo que debamos separarnos.

Se detiene delante de mí y cruza los brazos, lo que me impide seguir andando.

—Gabriel, solo son dos calles, no va a pasarme nada.

—Te dejaré en la puerta y no hay discusión posible.

¡Me pone tan furiosa!

—Apártate que voy a llegar tarde.

Intento acelerar el paso, pero es imposible dejarle atrás, sigue pegado a mi espalda. En ese momento, pierdo el equilibrio y doy un traspie por culpa de un surco en la acera. Eso me pasa por ponerme taconazos. Rápidamente Gabriel me agarra por el codo.

—¿Ves cómo no te puedo dejar sola?

Resoplo mientras pienso que todo tiene que pasarme a mí, me agarro a él para colocarme el zapato. En ese momento llega hasta nosotros el sonido de un claxon.

—No puede ser, no puede ser.

Me imagino la escena que Álvaro está presenciando en estos momentos, y sé que estoy metida en un lío. Me acerco al coche, mientras él baja la ventanilla.

—Sube —me dice sin más.

Le hago un gesto de despedida a Gabriel con la mano y me subo en el coche. Álvaro ni siquiera me mira, arranca y llegamos hasta el parking de nuestro edificio. Tengo que empezar a hablar para romper el hielo, y no sé qué decir. Aparca en la primera plaza disponible y apaga el motor, pero no hace ningún amago de salir del coche. Entonces me mira y veo la furia en sus ojos. Aunque noto que intenta controlarse, su mandíbula está tensa y empieza a hablar con un tono sutilmente más alto de lo normal.

—Me imagino que vas a decirme que os habéis encontrado por casualidad en la calle, ¿no?

—Álvaro, no saques conclusiones precipitadas.

—¿Precipitadas? Os veo en la calle juntos, cogidos de la mano. Y me dices ¡que no saque conclusiones precipitadas!

—No estábamos cogidos de la mano, me tropecé en la acera y Gabriel me ayudó para que pudiera colocarme el zapato, eso es todo.

—Eso no contesta a por qué estabais juntos.

—Álvaro, él lleva el mismo camino que yo y no hay nada malo en que vayamos juntos a trabajar. No pienses nada negativo, solo somos amigos.

No se conforma, parece meditar durante un momento pero su gesto sigue estando tenso. Aun sabiendo que puedo ser rechazada, me acerco a él, le cojo tiernamente la cara y le doy un pequeño beso en los labios, entonces me mira y parece que su expresión se ha suavizado, aunque sea solo un poquito. Entonces reacciona, me coge del cuello y me acerca lentamente hasta él, me besa de una manera que derrite hasta el último trocito de mi cuerpo. Sin poder evitarlo, a mi mente viene la imagen de Gabriel, la desecho rápidamente contrariada, y me entrego a ese beso que se intensifica por momentos. Conscientes de dónde estamos, nos separamos rápidamente al oír el sonido del motor de un coche que entra en el parking en ese momento.

Subimos en el ascensor en silencio, rodeados de otras personas. Cuando llegamos a nuestra planta, Álvaro me hace esperar hasta que nos quedamos solos.

—Te veo en mi despacho en media hora.

Y se va, sin mirar atrás. Le veo alejarse, con esos andares perfectos y ese pantalón apretado... Sonríe al pensar que ese dios griego se pone celoso por mí.

—Dime, ¿os habéis encontrado en la calle o venís juntos de una noche loca de placer? —¿Cómo no?, Sofía está parada detrás de mí.

—Ya me gustaría a mí, pero no, nos hemos encontrado en la calle. Encima, me ha visto con Gabriel. Se ha pillado un mosqueo que ni te cuento.

—¿Con Gabriel?, ¿y que hacías tú con Gabriel? —(La otra...).

—Solo andábamos por la calle, ¿hay algo de malo en eso?

—Malo no, extraño. No paras de decirme que no le soportas, pero siempre está a tu alrededor. No me parece raro que Álvaro se mosquee.

Qué impotencia no poder contarle a mi amiga lo que de verdad está sucediendo, tengo que disimular con ella y con todos para que no me tomen por loca. Se va a su mesa y se pone a trabajar. Yo enciendo mi ordenador y miro el reloj, Álvaro estará esperándome. Pero si voy, ya sé lo que va a pasar y no creo que ese sea el sitio adecuado.

Llego hasta la puerta y me quedo en el umbral. Le miro, está inmerso en la lectura de unos papeles y todavía no se ha dado cuenta de que estoy ahí. ¡Es tan guapo!, no tiene nada que ver con el estilo macarra de Gabriel. Aunque moderno, siempre tan elegante, bien peinado, y cómo huele... Levanta los ojos y me encuentra babeando por él en la puerta, ¡ya me ha pillado! Sonríe, y volviendo su mirada a los papeles de nuevo, me dice:

—Si quieres pasar, adelante, ¿o prefieres seguir ahí, mirándome?

—No quería molestarte, estabas muy concentrado.

—Cierra la puerta, por favor.

Me acerco a él lentamente.

—Prefiero que se quede abierta, no me fío de lo que pueda pasar.

—¿No te fías de mí?

—No me fío de ninguno de los dos.

—Lo primero, ¿cómo estás de tu mareo? Ayer te llamé varias veces, pero no tenías cobertura.

—Qué raro. —(¿Será que en el callejón no hay cobertura?)—. Me fui a pasear, necesitaba relajarme.

—La próxima vez que necesites relajarte espero que el paseo te lleve hasta mí.

Definitivamente ¡estoy enamorada!

Llego hasta la puerta, la cierro y vuelvo hacia él. Me siento en su regazo, y ahora soy yo la que le da un beso que no va a olvidar nunca. Sus manos vuelan por mi cuerpo. Cuando la cosa empieza a calentarse demasiado, me levanto y me alejo. Salgo del despacho sin mirar atrás, sabiendo que las fuerzas me pueden flaquear si le miro de nuevo.

Sofía me observa desde su mesa, se ríe y me aconseja con gestos que me abroche la blusa. Me miro, la tengo abierta hasta el límite que se puede enseñar, y un poco más. ¡Será...! Pero ¿cuándo me la ha desabrochado? Miro a mi alrededor, parece que nadie se ha dado cuenta, por suerte. Mi amiga casi se cae de la silla de la risa, mientras que a mí está a punto de darme una taquicardia.

La mañana pasa rápidamente, estoy inmersa en mi trabajo. Mi móvil empieza a pitar. ¡Un mensaje de Álvaro!

«No puedo concentrarme, ¿puedes venir otra vez? Necesito relajarme».

«Me gustaría conservar mi puesto de trabajo, si no te importa. ¿Nos vemos luego?».

«Imposible, tenemos reunión de trimestre y no sé ni a qué hora terminaremos. ¿Vienes y lo hablamos en persona?».

«¡¡¡Nooo!!!».

«Ja, ja, ja. Mañana tú y yo cena en mi casa».

«Perfecto».

Llega la hora de salir, recojo mis cosas y me acerco a la mesa de Sofía, que también está preparándose para marcharse.

—¿Te vienes a comer conmigo? No tengo ganas de cocinar.

—Pensaba que te irías con Álvaro a terminar lo que habéis empezado esta mañana.

Siempre consigue dejarme con la boca abierta.

—Sofía, de verdad, ¿tus padres no te enseñaron que no hay que decir siempre todo lo que uno piensa?

—No, la verdad no. ¿Vamos al italiano?

—¡¡Sí!!

Cómo resistirse a unos espaguetis al *pesto*.

Cogidas del brazo salimos del edificio, en ese momento pienso en Gabriel, miro a mi alrededor y no le veo. Sé que estará cerca, pero no me importa, ¡me voy a comer con mi amiga!

El restaurante está situado dentro de un laberinto de calles pequeñas y preciosas. Siempre están abarrotadas de personas, hay muchos comercios chiquititos en los que se puede comprar un sinfín de cosas. Por la noche, el ambiente cambia y se llena de gente joven, que acuden a los *pubs* de la zona para tomar unos cócteles de infarto.

Lo primero que me pone en alerta al doblar la siguiente esquina es encontrar la calle completamente desierta. Una oscuridad nos rodea, como si una nube de tormenta tapara el sol en ese momento. Miro hacia arriba, pero el cielo sigue estando completamente azul. Sofía, que no se ha percatado de nada, sigue inmersa en una conversación sobre los últimos zapatos que se ha comprado y que le hacen un daño horroroso. La oscuridad aumenta a nuestro alrededor, parece que mi amiga también ha notado algo raro, igual que yo. Mira hacia arriba y me pregunta que si hoy va a llover. Yo no puedo hablar, todos mis sentidos están puestos en lo que pueda ocurrir. A ambos lados tenemos calles por las que podríamos cambiar de rumbo, pero en ese momento ya

prácticamente no las vemos. La oscuridad se cierra, nos obliga a pararnos, no hay luz suficiente para ver hacia dónde nos dirigimos. Un extraño frío nos pone la piel de gallina a las dos. Oímos pasos, alguien se acerca a nosotras, y Sofía se pone a gritar como una loca.

—Gabriel, ¿dónde estás? —susurro con los dientes apretados.

Abrazo a mi amiga con intención de protegerla de lo que pueda venirnos encima. Con un gran esfuerzo intento ver algo en esa tiniebla, es imposible. Al fondo de la calle, surge una tenue luz que parece indicarnos el camino. Empiezo a caminar hacia allí, pero Sofía se resiste.

—¡No vayas hacia la luz, Celia!

—¿Por qué? Que no nos estamos muriendo. Allí habrá una salida.

No damos un solo paso, sin embargo, la luz cada vez está más cerca. Sea lo que sea, se acerca a nosotras a una velocidad increíble. El grito que sale de nuestro interior es ensordecedor. Nos tapan la boca a ambas y empezamos a forcejear contra quienquiera que nos está sujetando.

—¡¡Estaos quietas!!

Me paro enseguida al reconocer su voz. Me vuelvo para buscarle y le abrazo con fuerza.

—Gabriel, menos mal.

—Dos abrazos en dos días, espero que no lo conviertas en una costumbre. Vamos, tenemos que salir de aquí.

—¿Gabriel? Ahora sí que no entiendo nada. —Sofía está completamente alucinada por la situación.

—Luego te lo explico, ¡corre!

Agarradas a él llegamos al final de la calle, la luz cambia de nuevo y vuelve a nosotros el día. Miramos atrás, ya no hay rastro de la oscuridad que hace un momento nos envolvía.

—¡Qué...ha...sido...eso! —Sofía nos mira con el rostro desencajado.

—Gabriel, yo creo que Sofía se merece una explicación.

—Vamos al restaurante, allí podremos hablar más tranquilos.

—¿Pero, cómo sabes que íbamos a un restaurante? —Sofía sigue agarrada a mí—. Y otra cosa, ¿tú eras la luz que venía hacia nosotras? Pero, ¿cómo?

—Vamos, Sofi, allí hablamos.

Caminamos hacia el restaurante italiano, nos cuesta seguir el paso de Gabriel que va más rápido de lo normal. Nos sentamos en nuestra mesa de siempre y enseguida vienen a saludarnos, pedimos rápidamente y en cuanto el camarero se marcha Gabriel empieza a hablar.

—Espero que esto te sirva de lección, tú sigue haciendo como si no pasara nada. Si piensas que voy a ir detrás de ti como un perrito faldero, lo llevas claro.

—Me dijiste que no se acercarían en unos días. Yo solo quería disfrutar de una comida normal con mi amiga. Pero está claro que no puedo librarme de ti.

—¿Librarte de mí? ¡Yo no soy quien te persigue! ¿Qué hubiera pasado si no llego a tiempo? Ni siquiera sabes a lo que te enfrentas.

Sofía, que está siguiendo nuestra conversación como si estuviera en un partido de tenis, llegados a este punto, explota.

—¡Basta ya! ¿Podéis explicarme de qué narices estáis hablando?

—Perdona, Sofía, pero es que este chico me pone de todos los nervios.

—¿Qué yo te pongo de «todos» los nervios? Eres tú la irresponsable que se marcha sin pensar en lo que pueda pasar, sabiendo que yo estoy allí esperándote y que tengo que aguantar que pases por delante de mí como el que pasa por delante de una farola.

—¡Que te quede claro que ni siquiera te he visto!

—¡¡Será porque no has querido mirar!!

—¡¡Chicos!! La que se está poniendo de todos los nervios soy yo. Celia, céntrate. ¿Qué está pasando?

Sofía se está mosqueando por momentos.

Como puedo, empiezo a contarle a Sofía todo, desde la carta que me entregó mi padre el día de mi cumpleaños; pero nos vemos interrumpidos de nuevo por el camarero que trae nuestra comida. En cuanto este se va, sigo relatándole lo sucedido hasta el día de hoy. Cuando acabo, los platos están sin tocar y la cara de Sofía es un poema. Gabriel, que en todo este tiempo se ha mantenido callado, comienza a hablar.

—Sofía, espero que tengas muy claro que esta información no la puedes compartir con nadie. Es algo muy grave a lo que nos enfrentamos, aunque aquí la fierecilla no quiera darse cuenta.

—¡Que tengo nombre!

Pero Sofía me para de nuevo.

—Tranquilos, chicos. Así que, Gabriel, tú vienes a ser como el... ¿ángel de la guarda de Celia?

—Si lo quieres llamar así...

—Si ya sabía yo en cuanto te vi que había algo celestial en ti...

Ahora que por fin me había decidido a probar mis espaguetis, me atraganto y empiezo a toser como una loca. Gabriel se levanta corriendo y me da unos golpes en la espalda hasta que se asegura de que estoy bien.

—Más que su ángel de la guarda, tengo que ser su niñera veinticuatro horas al día.

Los dos se unen en una carcajada.

—¿Os divertís? Me da que aquí empiezo a sobrar, ¿queréis que os deje solos?

—Bueno... —susurra Sofía, y yo la fulmino con la mirada.

Durante un rato nadie vuelve a abrir la boca, si no es para comer. Lo mejor para las crisis es tener el estómago lleno. Una vez acomodadas en el salón, después de que Gabriel nos ha dejado en la puerta de mi casa, veo que Sofía se pone muy seria, raro en ella, y me pide una verdadera explicación de lo sucedido.

—Qué quieres que te diga, Sofí, ni yo le encuentro algo de lógica a lo que está pasando.

—Pero Celia, esto es surrealista. Parece que nos hayamos metido en una peli de Will Smith.

—A mí lo que me parece surrealista, después de todo lo que te he contado, es que frivolices de esta manera y sigas como si nada, tirándole los tejos a Gabriel.

—No lo puedo remediar, amiga, ese chico es como un sueño hecho realidad.

—Yo diría más bien como una pesadilla.

Después de meditar durante un minuto, Sofía empieza a hablar de nuevo.

—¿De verdad tienes poderes?

—Se supone que sí. ¿Recuerdas el día que me desmayé en la oficina? Tiene algo que ver con eso. Gabriel me dijo que mi cuerpo no está preparado para asimilarlos todavía.

—Me he quedado sin palabras, lo que te está pasando es muy fuerte. Te están persiguiendo, intentan conseguir algo que tú todavía no tienes. ¿Qué pasará cuando lo consigas?

—No tengo ni idea.

—Mira el lado bueno...

—¿Tiene lado bueno?

—¡Claro! Un rubio de metro ochenta, que vela por ti día y noche. ¿Te parece poco?

Definitivamente esta chica no tiene remedio, agarro el primer cojín que encuentro y se lo estampo en la cara. Lo que nos hace entrar en una guerra que nos deja sin aliento, tiradas en el

suelo del salón. Necesitamos quemar toda la adrenalina que llevamos dentro.

—¿Te quedas a dormir conmigo? Últimamente las noches se me hacen muy largas.

—Pues no sé. Yo creo que estoy más segura durmiendo en un banco del parque.

—No te preocupes, tu dios griego nos protege.

—Entonces, me mudo contigo si es necesario.

—¡Serás bruja!

Ni por asomo imaginé lo que ocurriría después. Ahora Sofia, al igual que yo, corría un grave riesgo. Aunque demasiado tarde, supe que todo el que estuviera a mi lado estaba en peligro. Pero como ya he dicho, demasiado tarde...

7

La semana va pasando bastante tranquila, aunque no todo lo que me gustaría teniendo en cuenta que tengo a Gabriel hasta en la sopa y, por consiguiente, a Sofía pegada a mí.

El viernes a media mañana, Álvaro se acerca a mi mesa y me invita a tomar un café rápido. Cuando salimos del edificio —y de las miradas indiscretas— me coge de la mano, cosa que no me esperaba para nada, y, ¿cómo no?, empiezan a darme los calores y el miedo se apodera de mí. ¡¡Me está sudando la palma de la mano!! Que no lo note, que no lo note.

Llegamos a la cafetería y le suelto rápidamente para sentarme en la primera mesa libre que encuentro. Álvaro se acerca a la barra para pedir por los dos, y después aparece en la mesa con dos cafés y una tostadita para mí, cómo me conoce ya.

Mientras yo preparo mi desayuno, levanto la vista y me encuentro a Álvaro mirándome fijamente y con una media sonrisa en los labios. No puedo acostumbrarme a tenerlo tan cerca, ¡es tan guapo!

—¿Sucede algo? —le pregunto con voz titubeante.

—¿Por qué tiene que suceder algo? Solo te miro.

—Vaaale...

Intento volver a mi tarea sin éxito, sentir su mirada está poniéndome muy nerviosa.

—Alguna razón habrá para que me mires tanto, ¿no?

—Simplemente porque eres preciosa, ¿es suficiente razón?

Se me caen los cubiertos al plato de golpe, noto cómo toda la sangre se agolpa en mi cara. En ese momento debo tener el rostro de un color rojo amapola intenso.

—¿Hacemos algo esta noche? —me pregunta sin dejar de sonreír.

—¿Eh...?

—Celia, ¿estás bien?

(Más que bien, estoy flotando)

—¿Qué si te apetece que hagamos algo esta noche? —me repite.

—Sí, sí. Esta noche...algo...hacer. Vale, lo que quieras.

—De acuerdo, paso a por ti a las ocho. Anda, come, que se te va a quedar todo frío.

—Pues no me mires más —digo arrugando el morrito, lo que le saca una risilla encantadora.

Terminado el desayuno, volvemos de nuevo al trabajo. Al salir de la cafetería veo a Gabriel a lo lejos que me hace una seña para que me acerque. A ver qué hago yo ahora.

—Álvaro, adelántate tú, voy un momento a comprar una cosita. Tardo un minuto.

—¿Una cosita? ¿Ahora?

—Cosas de mujeres, ya sabes. —Esa salida nunca falla, los hombres le tienen pavor a la expresión «cosas de mujeres».

—Vale, pero no tardes. No quiero que te digan nada por cogerte demasiado tiempo.

—No te preocupes, voy enseguida.

Se acerca a mí y me deja un suave beso en los labios. Me voy con las mariposas revoloteando en mi estómago, hasta que llego a la altura de Gabriel y se posan todas de golpe.

—Deprisa que tengo que volver al trabajo, ¿qué quieres?

—¿Al trabajo o con tu novio? Y ahora no me digas que no sois nada, ya he visto el despliegue de amor. De la manita, besitos...

—Gabriel, no te metas donde no te llaman. Dedícate a olfatear a los malos, que es tu trabajo.

—Muy graciosa... Esta tarde tenemos que volver al callejón, te recojo a la salida.

—¡Imposible! Esta noche he quedado.

—¿Con tu *churri*? ¡Estupendo! ¿A qué hora hemos quedado?

—Desde luego que contigo a ninguna.

—No es momento para que te alejes de mí, y lo sabes, están cerca y se están impacientando. A menos que quieras que sea una cita a tres, olvídate de quedar con nadie en un tiempo.

—¡No te soporto! —digo con los dientes apretados.

—¿Sabes qué? Yo a ti tampoco —me suelta muy cerca de mi cara.

—Qué ganas de perderte de vista.

Vuelvo al trabajo con muy malas pulgas, ahora tengo que inventarme una excusa y destrozarme mi gran noche con Álvaro. Me acerco a su despacho y no le encuentro, lo que me da más tiempo para meditar una buena historia que suene muy real... ¡Ya lo tengo!

—Sofía, necesito un favor.

—¿Por qué me da que no va a ser nada bueno?

—Necesito hacerle creer a Álvaro que estás *depre* por algo, y que esta noche no podemos vernos porque no quiero dejarte sola.

—¿Y eso? ¿Problemas en el paraíso?

—Para nada, pero tengo que ir con Gabriel a un sitio.

—¿Cómo te lo montas! Yo aquí más sola que la una y tú alternando con dos al mismo tiempo.

La cara de Sofía cambia de repente y se pone muy seria, la miro sorprendida sin entender lo que la pasa. En un momento empieza a hacer pucheros y se pone al borde de las lágrimas.

—¿Qué te pasa ahora? No te habrás puesto así porque me vaya con Gabriel, sabes que entre nosotros no...

—Shhhh...

Sofía no dice nada y me guiña un ojo.

—Celia, ya estás aquí. Perfecto.

Álvaro está justo detrás de mí, cuando llego a nuestra altura miro de nuevo a Sofía y... ¿está llorando de verdad?

Le pongo la mano en el hombro y ella agacha la cabeza.

—Disculpadme un momento. —Sofía se va hacia baño, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano. Esta chica valdría para actriz.

—¿Qué la pasa?

—Verás, Álvaro, Sofía no está pasando un buen momento. Siento decirte que tenemos que cancelar nuestra cena, no quiero dejarla sola en un momento así.

—Pero...

—Te aseguro que más lo siento yo, pero es mi amiga. ¿Lo entiendes, verdad?

—Lo entiendo, pero no por ello me fastidia menos.

—Lo sé, y lo siento.

—No hay problema, haz lo que tengas que hacer por tu amiga. Nos vemos otro día.

Me siento fatal, este chico lo tiene todo, además de estar como un tren está demostrándome lo buena persona que es. Desgraciadamente tengo la sensación de que lo voy a estropear por no poder contarle la verdad de mi situación.

Sofía vuelve triunfal del baño y se sienta de nuevo en su mesa. Nominada a la mejor actriz dramática, sin duda se llevaría el óscar.

Diez minutos antes de que llegue la hora de salir, me escabullo intentando que nadie me vea. Llego a la calle y busco a Gabriel, pero no le veo cerca. Esperando que se haya quedado una calle más allá, empiezo a caminar mientras pienso que debería pasar por casa a cambiarme el calzado, no me gustaría tener que huir de algo con estos tacones.

Escucho que me llaman desde el otro lado de la carretera, Gabriel me hace una seña y yo voy lo más rápido posible. Veo que se mete en un coche, que aunque yo no entienda nada de ese tema, tiene pinta de ser un cochazo. Me monto rápidamente rezando para que nadie me haya visto, porque ya sabemos que las habladoras luego vuelan. Le indico que pase por mi casa para cambiarme de ropa y en menos de diez minutos ya estamos en la carretera. Como es viernes el tráfico es increíble, estamos completamente parados y sin vistas de que mejore hasta que lleguemos. El silencio que reina en el coche empieza a ser un poco incómodo, decido romper el hielo y hacer un comentario antes de que me quede dormida.

—¿De dónde has sacado este coche?

Gabriel me observa y al cabo de unos segundos contesta:

—Es un préstamo, de un amigo.

—Ah, ¿pero tú tienes amigos?

Vuelve a mirarme, y posa la vista en la carretera de nuevo, sin dignarse a contestarme. Al cabo de un buen rato, es él quien empieza a hablar. Debo de haberme quedado dormida porque su voz me asusta y me hace dar un respingo que le saca esa media sonrisa suya que, por cierto, si no viniera de él, sería arrebatadora.

—Te decía, bella durmiente, que ya estamos llegando. Te voy a dejar en la puerta del callejón, entra rápidamente y sin mirar atrás; una vez en el callejón escondido estarás a salvo. Yo no tardaré, pero si no llego, no salgas de allí. ¿Lo has entendido? No salgas del callejón sin mí.

—Entendido, correr, no mirar atrás, no salir sin ti. No es tan difícil.

—Ya, pero por si acaso.

Gabriel sale de la autopista y callejea por la zona vieja de la ciudad, la velocidad que lleva por esas callejuelas es demasiado alta, hasta el punto de que las ruedas chirrían en las curvas. El miedo me impide hablar, con sujetarme ahora mismo tengo más que suficiente. Por fin, entra en la calle empinada y pega un frenazo que deja el coche parado en seco justo delante de la entrada al callejón.

—¡¡Corre!! —me dice sin más.

Echo a correr todo lo rápido que puedo. Lucho con el temblor de mis piernas para coger toda la velocidad de la que soy capaz. Los pocos metros que me separan del callejón escondido se me hacen eternos. A mi alrededor empiezo a ver que la luz va disminuyendo, ¿será cosa de mi imaginación? No pienso pararme a comprobarlo. Llego al límite que separa los dos callejones completamente sin aliento, mi velocidad es demasiado fuerte y unos brazos me ayudan a frenar.

De pie, junto a mí está el viejecito de la librería y la que me ha salvado de una gran caída es Elvira.

—Ya está aquí, sana y salva. Sana y salva... —va repitiendo como un mantra el viejo librero de

vuelta a su tiendecita.

—Gracias por pararme, Elvira, la verdad es que no sabía que podía correr tan rápido.

—Vamos, te haré un té, te sentará bien.

(Espero que no sea el del otro día y me deje *KO* de nuevo, pero no puedo negarme, me apetece muchísimo ahora mismo).

Sentadas en la terracita de la entrada a su tienda, hablamos sin concentrarnos demasiado en nuestras propias palabras, las dos tenemos el pensamiento en otra persona, que está tardando mucho en llegar.

Pocos minutos después, por fin, Gabriel aparece por la entrada del callejón, nada que ver con mi manera de entrar un momento antes. Gabriel avanza con paso firme y seguro, no se le ha movido un pelo de su sitio. Al verlo llegar, Elvira me pide que la disculpe y desaparece en el interior de su pequeño establecimiento. Me levanto y voy al encuentro de Gabriel.

—Por fin llegas, me tenías con el corazón en un puño.

—¿Hoy no hay abrazo? Ahora que estaba empezando a acostumbrarme...

—¿Qué pasa, quieres uno? —No sé por qué, pero yo también me he quedado con las ganas.

—Mejor los reservas para tu amorcito, ¿no crees?

—Tú te lo pierdes...

Me doy la vuelta con toda la chulería de la que soy capaz, y me voy en dirección a la librería. En el camino y sabiendo que él viene detrás de mí, muevo las caderas un poquito más exageradamente de lo normal, lo que le hace reír. (Se hace el interesante, pero le tengo en el bote). Entro en la librería y, sin decirle nada, me pongo con mi tarea. Empiezo a repasar las estanterías para ver en qué sección me quedé la vez anterior. Gabriel también se pone a mirar una estantería cercana a la mía, buscando algo para su propia lectura, supongo. En un momento en concreto nos cruzamos por el mismo pasillo, pero es tan escaso el espacio que no nos queda otra que pegarnos a los libros y aun así, y sin ser intencionado, se produce un pequeño roce entre los dos. Paramos enseguida, nos hemos quedado frente a frente y nos miramos a los ojos. Me parece raro, pero su rostro en ese momento está relajado, no hay sombra de su expresión de fastidio habitual. Tiene unos ojos preciosos, no puedo apartar la mirada de ellos. Le sonrío y, extrañamente, él me devuelve la sonrisa. ¿Le había visto alguna vez sonreír? Es la sonrisa más bonita que he visto en mi vida. En un momento la atmósfera entre nosotros cambia, no sé si se debe a la cercanía o a la penumbra que nos envuelve, que nos da una sensación de intimidad. Noto la electricidad que se está cargando a nuestro alrededor, y me están entrando unos calores...

En un momento dado, Gabriel se ha acercado un poco más a mí, todavía no nos rozamos, pero estamos muy cerca el uno del otro, muy muy cerca. Gabriel cambia la vista de mis ojos a mi boca y así sucesivamente. Noto cómo se va acercando a mi cara, despacio, sin ninguna prisa, con esa gran sonrisa que abarca su preciosa cara.

En ese momento me doy cuenta de sus intenciones, ¡¡me va a besar!!

Mi cabeza va a mil por hora, ¿qué debería hacer? ¿Le dejo que me bese? Mi mente, solo por un segundo, piensa en Álvaro, pero no me da tiempo a mucho más. Gabriel levanta la mano y la lleva hacia mi cara. En el último momento, y como si no se atreviese a tocarme, la lleva hacia mi pelo y me pone un pequeño mechón detrás de la oreja. Nuestra sonrisa se ha desvanecido, seguimos mirándonos a los ojos sin hablar.

En un momento dado su expresión cambia, se endereza de nuevo y noto cómo su cuerpo se tensa y rápidamente se pone en guardia. Sé que algo está pasando, miro a nuestro alrededor, ¿qué le habrá puesto en alerta?

—¿Qué pasa, Gabriel?

Silencio.

Parece como si estuviera escuchando algo o a alguien, aunque estamos solos.

—Celia, ¿recuerdas lo que te dije antes de llegar? No salgas de aquí sin mí bajo ningún concepto, ¿lo has entendido?

—Perfectamente, pero dime que está pasando, Gabriel, y no me digas que nada, lo veo en tu cara.

—Ahora no te lo puedo contar, volveré lo más rápido posible. Pero si no vuelvo...

—Vale, ya lo sé, no me moveré de aquí.

—Muy bien.

Sale disparado hacia la salida, pero mi voz le detiene.

—¡Gabriel! No tardes... —La angustia se apodera de mí.

—Tranquila, no te librarás de mí tan fácilmente.

Ahora sí se marcha y sin mirar atrás.

Intento volver a concentrarme en los libros, pero es imposible, tengo un mal presentimiento. Decido entonces acercarme a la tiendecita de Elvira a ver qué puede contarme. La encuentro trajinando en su cocina, no sé qué está preparando, pero el olor que me recibe me hace salivar.

Le cuento lo que ha pasado y ella, muy seria, me escucha con atención. Se queda en silencio, cierra los ojos y deja caer la cabeza ligeramente hacia atrás durante unos minutos, que se me hacen eternos. Su cara se transforma por momentos, primero una mueca feliz, que se convierte en una gran sonrisa, luego preocupación que desemboca en una mueca de horror.

—¡Ay señor!

Vuelve a mirarme, su cara me dice todo sin necesidad de palabras.

—Elvira, no me asustes. ¿Qué está pasando?

—Ay, mi niña, nada bueno. Pero aun así también hay noticias agradables.

—Vale, pues empieza por las que quieras, pero dime algo ya.

Mi nerviosismo aumenta por momentos.

—Empezaremos por lo malo entonces. Los hombres de las sombras han actuado. Se dice así cuando ponen en riesgo a un ser humano, un mortal. Siento no poder darte más detalles, es lo único que sé, por ahora.

—¿Quién te habla, Elvira? ¿Cómo sabes esas cosas?

—Muchos son los que hablan a través de mí, me necesitan para seguir conectados a este mundo, cuando les queda algo en este planeta que les interesa o les preocupa todavía.

—¿Quieres decir que alguien está preocupado por la persona a la que han cogido?

—No, en este caso están preocupados por ti.

—¿Por mí?! ¿Quién es, Elvira, acaso mi madre? ¿Puedes hablar con mi madre? —Una gran emoción se apodera de mí, noto incluso cómo mis ojos se llenan de lágrimas.

—No, Celia, el que está pendiente de ti, desde el mismo día de tu nacimiento, es tu abuelo. Con tu madre no podré hablar hasta que su viaje haya concluido.

—¿Mi abuelo? Pero si yo no he conocido a ningún abuelo.

—Lleva velando por ti desde la marcha de su hija, el momento en que Olivia nos dejó en este mundo y en el suyo propio, por darte a ti la luz en esta vida. Tu abuelo es un maestro, un ser importante en su planeta, un planeta que desaparecerá si no llegas a tiempo para salvarlo.

—Estoy en ello, Elvira, y no sé cómo hacerlo, pero lo descubriré. Lo haré por ellos.

Elvira se queda en silencio, vuelve a escuchar concentrada las nuevas palabras que llegan a ella.

Cuando me mira de nuevo, veo una expresión en ella que no me gusta, sus ojos, sin llegar a llorar, están empañados.

—¿Qué pasa, qué te han dicho?

—Venían a por ti, mi niña, pero como no han podido encontrarte se han ido a por alguien que te duela.

—¿A por quién? ¿A quién se han llevado?

—No lo sé, tendremos que esperar a Gabriel.

Mi cabeza se pone en marcha rápidamente, ¿quién podría ser? La única persona más cercana a mí es... ¡Mi padre!

—Elvira, ¿mi padre?

—No, no, tranquila. Tu padre es intocable. Tu madre no lo permitiría, lo dejó bien protegido. No, él no puede ser...

Me acerco a un sillón y me siento, mis piernas al igual que el resto de mi cuerpo tiemblan como si fueran de gelatina. Mi cabeza sigue a doscientos por cien. Si no es mi padre, ¿quién puede ser? ¿Alguna de mis amigas, o Álvaro? La incertidumbre me está matando.

Elvira se sienta a mi lado y me coge de la mano. Así pasan los minutos, que se convierten en horas. Antes de que nos demos cuenta, ha oscurecido fuera y seguimos sin noticias. Es muy tarde, Elvira cree que lo mejor es que nos vayamos a dormir. Piensa que no tendremos novedades en bastante tiempo. Pero para mí es imposible dormir ahora mismo en las circunstancias en las que nos encontramos.

—Necesitas descansar, mañana va a ser un día muy complicado, tienes que estar fresca. Te haré una infusión de hierbas que te hará dormir un poco.

No puedo negarme, la cabeza me va a explotar, me la tomo a regañadientes y enseguida empiezo a notar sus efectos, mi cuerpo se va relajando por momentos. Elvira me lleva hasta un cuarto que tiene arriba, es pequeñito, pero muy acogedor.

—Esta era la habitación de tu madre, y la otra buena noticia es que está llegando al final de su viaje, pronto se reunirá contigo. Vuestro reencuentro ya no está muy lejos... Ahora descansa.

Sus últimas palabras las oigo ya en las puertas del sueño, aun así una gran sonrisa aparece en mis labios. Tener a mi madre a mi lado, ese sería el mayor regalo de mi vida. Y pensando en ella me quedo dormida.

Cuando amanece, despierto sobresaltada. Miro a mi alrededor, empiezo a recordar dónde estoy y todo lo acontecido el día anterior. Bajo corriendo las escaleras y lo que me encuentro me rompe el alma.

8

Gabriel está sentado en un sillón, cabizbajo. Elvira está a su lado, ninguno de los dos habla. El sonido de mis pasos al bajar la escalera es lo único que rompe el silencio que reina en el salón, los dos levantan la vista y posan en mí su mirada. Me acerco despacio, con miedo a lo que puedan decirme en ese momento. Me agacho cerca de Gabriel, él me mira, pero no articula ni una sola palabra.

—Gabriel, ¿qué ha pasado? Elvira me dijo que los hombres de las sombras venían a por mí. Y que se han llevado a alguien. ¿A quién?

Silencio.

—Gabriel, por el amor de Dios, dime algo, que no puedo con esta incertidumbre.

Una sola palabra sale de su boca:

—Sofía.

—¿Qué? ¿Mi Sofía?! No, no, no. No puede ser.

Me dejo caer en el sillón que hay justo detrás de mí, el corazón me late demasiado deprisa. Sé que tanto Gabriel como Elvira se han levantado rápidamente y están cerca de mí, me preguntan cosas pero no les escucho. A mis oídos solo llega un fuerte zumbido, en mi mente un solo pensamiento.

Mi Sofía no, mi Sofía no...

Intento centrarme de nuevo, hablar con Gabriel. Me levanto como puedo, necesito salir de aquí.

—Gabriel, ¿dónde está? Tenemos que ir a buscarla. Vamos, ¡ahora mismo!

Mis últimas palabras se elevan y me doy cuenta de que estoy gritándoles a los dos. Voy hacia la puerta con la intención de salir, pero Gabriel me para, agarrándome fuertemente por los hombros.

—Celia, escúchame. No puedes salir de aquí, están esperándote y no llegarías ni al coche. Tienes que quedarte en el callejón a salvo.

—No puedo quedarme aquí sabiendo que se han llevado a mi amiga, Gabriel, no sé dónde está, ni qué le pueden hacer. —Mi voz de nuevo es un quejido demasiado alto.

—Por favor, mantén la calma. Esto es muy difícil para todos, Celia, mírame. —Gabriel me sujeta la cara para que nuestras miradas se encuentren—. Ya la están buscando, confía en mí, la encontraremos, de eso puedes estar segura.

—No puedo quedarme aquí de brazos cruzados, iré y les diré que es a mí a quién quieren. Si ya me tienen, la soltarán.

—Esa no es una opción, no os tendrán a ninguna de las dos, de eso me encargo yo. Pero antes de irme tengo que estar seguro de que no saldrás bajo ningún concepto. Es mucho lo que está en juego.

—Si en unas pocas horas no tengo noticias tuyas, nadie va a impedirme que salga de aquí y vaya yo misma a buscar a mi amiga, es todo lo que puedo prometerte.

—Me ha quedado muy claro, fierecilla. Yo también te prometo que volveré lo más rápido que pueda. Elvira, te la confío, ya sabes cómo hay que actuar ante cualquier imprevisto. No lo dudes, antes de que pase nada, marchaos de aquí.

—Descuida, sé perfectamente lo que tengo que hacer. Ve con cuidado, muchacho. —Elvira se acerca a él y le da un suave abrazo.

Gabriel se gira de nuevo hacia mí y, ante mi completo asombro, me abraza durante unos segundos. Al principio yo me resisto, pero después todo el miedo que pesa sobre mí me hace estallar en lágrimas sobre su pecho.

—Tranquila, Celia, te traeré a tu amiga de vuelta, te doy mi palabra.

Me suelta lentamente, me mira, y con sus pulgares me seca las lágrimas que, descontroladas, caen por mis mejillas. Luego sale deprisa hacia la puerta y desaparece de mi vista, dejando un gran vacío dentro de mí.

—Unas horas Gabriel, solo unas horas. Si no, iré yo misma a buscarla —me quedo murmurando sin que él me oiga ya.

Vuelvo a sentarme en el sillón porque las piernas empiezan a flojearme y ya no me sujetan. Elvira, sentada a mi lado, me acaricia el cabello y así vemos pasar los minutos como si fueran eternos. Pensar en Sofia se me hace insoportable, han cogido a la presa más fácil, ella detrás de un chico guapo se va al inframundo si es necesario. Las lágrimas ruedan por mi rostro a la vez que una frágil sonrisa aparece al pensarlo. Elvira, al verme llorar de nuevo, vuelve a su rutina de acariciar mi pelo, curiosamente eso consigue tranquilizarme un poco en esa larga espera.

El sonido de campanillas de la puerta de entrada me hace dar un salto e incorporarme rápidamente. Salgo disparada y llego antes incluso de que la persona en cuestión haya cruzado el umbral.

—¡Gabriel! —grito desesperada, pero me encuentro con una mujer menuda que me mira con mucha dulzura—. Disculpe, pensé que era otra persona...

—¿Celia, verdad?

Se acerca a mí y me abraza, aunque su cabeza no llega más allá de mi vientre. No sé muy bien qué hacer y me agacho un poco para devolverle el abrazo.

—Celia, ella es Candela. Es la dueña de la floristería y nuestra proveedora de infusiones. ¿Me has traído lo que te pedí, Candela?

—Sí, Elvira, aquí lo tienes. ¿Tenemos alguna noticia nueva?

Elvira le coge la bolsita que trae y juntas entran a la cocina, mientras Elvira le va poniendo al día de las únicas noticias que tenemos hasta el momento. Aprovecho y me escabullo por la puerta con la necesidad de respirar un poco de aire fresco. Miro al cielo, las estrellas brillan esta noche con toda su intensidad y vuelvo a llorar por mi amiga, a la vez que pido a quienquiera que me esté escuchando allí arriba que me la devuelvan, y que por favor esté bien.

Camino despacio y me acerco a la entrada del callejón. Sé que no debería salir, le prometí a Gabriel que no lo haría si él regresaba en pocas horas. ¿Cuánto tiempo habrá pasado? No puedo con esta angustia, tendré que ir yo misma a buscarla. Hago intención de salir, pero el miedo se apodera de mí, escucho en mi cabeza la voz de Gabriel diciéndome: «No llegarías ni al coche», además, ni siquiera tengo coche...

Miro hacia el callejón, está muy oscuro. Un viento frío llega hasta mí erizando mi piel. Me asomo todo lo que puedo sin traspasar el umbral... Ni un ápice de luz hasta donde me llega la

vista.

—¿Vas a alguna parte? —resuena una voz dentro del callejón.

Me quedo completamente paralizada, aterrada sería la palabra exacta. Enseguida reacciono y retrocedo todo lo que puedo sin perder de vista la entrada del callejón.

—¿Qui-quién está ahí? —digo con la voz temblorosa.

—No te asustes, Celia, soy Héctor, el nieto de Camila. He visto algo de revuelo y he venido a ver qué pasaba.

—Héctor... Ya. ¿De verdad me crees tan tonta? Hablé con Camila, sé perfectamente que no tiene ningún nieto, además, que yo sepa, no te dije mi nombre en ningún momento.

—Chica lista, la verdad te había subestimando. Era la única manera de acercarme a ti sin que te asustaras. No tienes nada que temer, Celia, solo he venido a ayudarte.

—¿A ayudarme? ¿Para qué podría yo necesitar tu ayuda?

—Me necesitas mucho más de lo que te imaginas, te has unido al bando equivocado.

—¿Eso crees?

—Estoy completamente seguro, ven conmigo, yo voy a enseñarte cómo utilizar tu poder. Se intensifica día a día, puedo notarlo mucho más fuerte que en nuestro anterior encuentro.

—Te equivocas, yo no tengo ningún poder.

El miedo me hace retroceder más, veo en su fría mirada que me desea, haría lo que fuera por llevarme con él. Hace ademán de seguirme, pero algo se lo impide, un muro invisible que nos separa y que por suerte me protege.

—¡No podrás huir!, será cuestión de tiempo.

Me doy la vuelta y empiezo a andar deprisa hacia la tienda, tengo que avisar a Elvira.

—Ven conmigo y tu amiguita será libre como deseas; tú eres la única que puedes salvarla.

Sus palabras caen sobre mí como una gran losa, mis pies se quedan petrificados, no puedo dar ni un solo paso.

—Sofía... —susurro. Me doy la vuelta y me acerco a él a grandes zancadas, aunque sigo estando fuera de su alcance—. ¿Dónde está? ¡¿Qué le habéis hecho?!

—Pregunta equivocada, qué le podríamos hacer sería más exacto. Te aseguro que si vienes conmigo nadie le tocará ni un pelo. Es tu decisión, acompáñame y podrás reunirte con ella.

—¿Crees de verdad que voy a confiar en ti? Devuélveme a mi amiga. ¡¡Devuélvemela!!

Noto cómo alguien detrás de mí me sujeta. Elvira y Candela han llegado corriendo alertadas por mis gritos.

Miro hacia el callejón y ya no hay ni rastro de Héctor. Aunque Elvira me sujeta por los brazos, caigo de rodillas y estallo en un llanto inconsolable. Candela mira fijamente hacia el callejón y sale corriendo en la dirección opuesta. Elvira se ha agachado a mi lado y me consuela con palabras de cariño, pero yo no la escucho, en mi cabeza solo resuena una y otra vez el nombre de Sofía. Me repite que volvamos dentro, pero en ese momento ni siquiera tengo fuerzas para ponerme en pie. Ella se calla, pienso que me está dando un momento para recuperarme, pero es otra cosa. La miro, sus ojos cerrados y su cabeza ligeramente inclinada hacia atrás me indican que está escuchando. Cuando sus ojos se abren, me mira y una sonrisa radiante cruza su dulce rostro.

—¿Qué pasa, Elvira?

—Tenemos compañía, mi niña.

Miro a nuestro alrededor. Elvira se levanta de mi lado y se aparta un poco de mí. Yo también me pongo en pie a la vez que sigo buscando, pero no veo a nadie. La sensación empieza en mi

estómago y poco a poco recorre el resto de mi cuerpo. No puedo describir lo que siento, es la certeza de que alguien está cerca de mí.

Me doy la vuelta y veo una luz muy brillante que se acerca desde la librería.

Entorno los ojos, esa luz me ciega. Se detiene frente a mí, y al instante me envuelve un calor familiar que me reconforta. Miro a Elvira que está parada junto a mí con lágrimas en los ojos.

«Hola, Celia...». Esas palabras solo llegan a mi mente.

—¿Quién eres?

Aunque la situación es bastante turbadora, no siento miedo, solo me envuelve una sensación de calma. La luz se mueve un poco, se torna cada vez más brillante y de ese destello surge una persona que avanza lentamente... Es un hombre alto, de complexión fuerte, parece de la edad de mi padre más o menos, su rostro también es muy dulce, con una larga barba blanca. Al llegar a sus ojos me quedo paralizada, son los ojos de mi madre, son mis ojos...

Antes de llegar hasta donde estoy, se detiene y coge a Elvira de las manos.

—Gracias por todo, Elvira.

Se dan un tierno abrazo, y Elvira se va enjugándose las lágrimas. Yo, que ya no tengo dudas de quién es ese hombre, avanzo un poco hacia él.

—¿Abuelo...? —Él se vuelve y me mira, yo sigo acercándome—. ¿Eres tú, verdad?

Abre los brazos y me cobijo en ellos sin dudar. Las lágrimas vuelven a mí hasta que ya no tengo fuerzas para llorar más.

—Pequeña, no sufras. Estoy contigo, siempre lo he estado, aunque no puedas verme.

Me aparta un poco y me mira. Nuestros ojos, completamente iguales y humedecidos por tanta emoción, hablan sin necesidad de palabras.

Un instante después rompo el silencio.

—Abuelo, necesito respuestas. Esto es muy complicado, no sé qué tengo que hacer. Además, se han llevado a mi amiga. Venían a por mí, querían llevarme y no entiendo bien por qué.

—Es muy grande el peso que tienes sobre tus hombros, Celia. Tu madre era muy valiente, ella quiso salvarnos a todos. Lo que nunca se imaginó es que su destino era otro. Su misión eras tú. El sufrimiento que tuvo por dejarnos aquí, tanto a ti como a tu padre, le rompió el corazón. Nunca hubiera querido dejarte esta dura prueba; si lo hubiera podido evitar, te aseguro que lo habría hecho.

—Estoy segura de ello, abuelo, me imagino su sufrimiento. Mi padre también se quedó completamente destrozado. La echa de menos cada día.

—Lo sé, es un gran hombre, un día volverán a estar juntos y ya nada los separará. —Vuelve a cobijarme entre sus brazos—. Tranquila, tu amiga volverá, te doy mi palabra. Ya están cerca de encontrarla, ella está bien, te lo aseguro, de lo contrario yo lo sabría.

—Eso espero, abuelo. Si le pasara algo por mi culpa, no me lo podría perdonar nunca.

—Ahora sigue tu camino, Celia, lo estás haciendo mejor de lo que crees. Todos confiamos en ti. Piensa que yo estoy muy cerca, cuidándote, nunca permitiremos que te pase nada, ni a ti ni a nadie de los tuyos. Ya no tengo más tiempo, ahora he de irme. Te espero en nuestro hogar, allí nos reuniremos de nuevo.

—Pero tengo tantas preguntas, y no sé por dónde empezar.

—Todas y cada una de ellas hallarán su respuesta cuando sea el momento.

Se aleja de mí, vuelve a convertirse en una gran luz brillante.

—Adiós, abuelo...

«Adiós, pequeña, te veré en el cielo...».

La luz desaparece y vuelvo a quedarme a oscuras. Por una extraña razón mi miedo ha desaparecido en parte, tengo total confianza en que encontrarán a Sofía y me la traerán de vuelta. Ver a mi abuelo es sin duda la medicina que necesitaba en este momento.

Vuelvo a la tienda y encuentro a Elvira sentada en el saloncito.

—¿Estás bien, mi niña? ¿Te apetece un té? —Tiene una sonrisa radiante.

—Más que bien, Elvira. No me calmaré hasta tener a Sofía a salvo, pero ahora estoy mucho más convencida de que la encontrarán. Luego me tomaré un té contigo, necesito pensar, creo que la cabeza me va a explotar. Son muchas experiencias sobrenaturales para un solo día. Tengo que poner en orden mis ideas, estaré fuera.

—No te acerques mucho a la salida, por favor, ya has visto que están esperándote. Y quién sabe de qué son capaces esos rufianes.

—Tranquila, me quedaré cerca. ¿Seguimos sin noticias, verdad?

—De momento nada, mi niña.

—Espero que Gabriel venga pronto, necesito que así sea.

Me siento en la mesita que hay al lado de la puerta, mi mente se pone en funcionamiento. Ha sido un día muy largo, la desaparición de mi amiga, la visita de mi abuelo. No soy capaz de digerir todo esto sin que me vuelva loca. Miro al cielo y pienso en mi madre, está en algún lugar de allí arriba, esperando el momento para encontrarnos de nuevo.

Me acurruco un poco en la silla, empieza a refrescar y no tengo nada para taparme, subo las piernas y me hago un ovillo, debo descansar, mi cuerpo no aguantaría mucho más si no lo hago. Me quedo dormida y vuelvo a soñar con mi madre, está sentada junto a mí. Me sonrío, me infunde ánimos, me dice que no debo preocuparme por nada, que todo está bien...

Un pequeño cosquilleo en la nariz me despierta, percibo luz a través de mis párpados, pero me resisto a abrirlos, sigo teniendo mucho sueño. Sé que continúo en la silla, aunque ahora mi cabeza descansa sobre un pequeño cojín y me han cubierto con una manta y, por extraño que parezca, estoy muy cómoda. Un nuevo cosquilleo en la nariz me hace sacar un brazo para rascarme, ahora estoy un poquito más despierta. Noto una presencia a mi lado que me obliga a abrir los ojos, a la vez que una mano se acerca a mi cara y llega hasta mi nariz para hacerme cosquillas de nuevo. Cuando consigo enfocar, me encuentro a Gabriel agachado frente a mí y con una... ¿gran sonrisa? ¿Gabriel sonrío?, me pregunto mientras me desperezo.

Sofía viene a mi mente a la velocidad de un cohete. Me incorporo rápido y me pongo a la altura de la cara de Gabriel.

—¡¡Gabriel!! Sofía... ¿La habéis encontrado?

—Buenos días, bella durmiente. Me complace comunicarte que tu amiga está en su casa sin un rasguño.

—¿En su casa? Pero ¿por qué no la has traído aquí? ¿Y si vuelven a por ella?, o...

—Tranquila, fierecilla, ella no recuerda nada y ahora está totalmente protegida, me he encargado de ello personalmente. Ya no volverán a haceros daño ni a ti ni a ninguno de tus conocidos, te lo prometo.

Lo que ocurre a continuación no es premeditado para nada, aunque quizá sí deseado desde hace tiempo. Pero es tal la alegría que me embarga que me abrazo a él con todas mis fuerzas. Gabriel me devuelve el abrazo, también él está feliz. Me separo lo justo para mirarle a los ojos (esos ojos que quitarían la respiración a cualquiera), mientras le susurro un leve gracias y, sin pararme a pensarlo, le beso. En cuanto nuestros labios se rozan, una descarga de electricidad recorre todo mi cuerpo. Esa chispa nos engancha, nos atrapa, hasta el punto de que nos cuesta separarnos. Lo que

iba a ser un gesto de agradecimiento se ha convertido en un beso apasionado. Gabriel, después de la sorpresa inicial, se entrega a mí y me besa con la misma pasión.

Un leve carraspeo en la puerta de la tiendecita hace que nos separemos rápidamente. Elvira, con una disimulada sonrisa, nos invita a que pasemos a desayunar. Sin duda ella está al tanto de las nuevas noticias, su rostro está más relajado y se la ve feliz. Gabriel me tiende la mano.

—¿Vamos? —dice con voz dulce.

Yo no me atrevo a mirarle. Por el calor que siento en la cara, tiene que estar cuatro o cinco tonos más roja de lo habitual. Le cojo de la mano y cruzamos el umbral de la puerta juntos, aunque enseguida le suelto muerta de la vergüenza. Como no sé muy bien cómo actuar, me disculpo y subo a mi habitación para arreglarme un poco. Entro al baño y me miro en el espejo, qué pinta... Las horas de sufrimiento se ven reflejadas en mi acalorada cara. ¿Qué estoy haciendo? Álvaro aparece en mi mente y me siento muy culpable.

—Ha sido un beso de agradecimiento, nada más —le digo a mi reflejo en el espejo en un intento de convencerme a mí misma, negándome lo que he sentido al besarle.

Decido darme una ducha rápida y bajar a desayunar, lo mejor será actuar como si no hubiera pasado nada.

Cuando llego al saloncito, Elvira no está. Gabriel está sentado con la mirada perdida y una relajada sonrisa en el rostro. Me siento lejos de él y me pongo a desayunar como si nada. Él me mira y sonrío (a esto sí que podría acostumbrarme... ya no más muecas despectivas), y yo le devuelvo la sonrisa.

—En cuanto acabes de desayunar te llevaré a casa.

—¿En serio? ¿Puedo irme a casa?

—Sí.

—¿Ya no hay peligro?

—Sí, Celia, pero durante el día es más difícil que intenten algo. Mientras que estés rodeada de gente y yo esté cerca de ti, no pasará nada.

—Quiero ver a Sofía lo primero.

—La verás en el trabajo. No olvides que ella no recuerda nada, actúa normal, como si os hubierais visto ayer mismo.

—Vale, vale. —Meto en mi boca todo lo que puedo y doy un sorbo al café—. Ya estoy lista —digo con la boca completamente llena, lo que le provoca una sonrisa encantadora.

—Traga, que te vas a ahogar, tenemos tiempo.

—No, ya estoy. Vámonos.

Me pongo de pie enseguida e, irremediabilmente, en ese pequeño salón nos encontramos de frente al acercarnos a la puerta. La electricidad entre nosotros sigue soltando chispas. Lo noto y, por su mirada cargada de sentimientos, creo que él también lo nota.

Elvira sale de la cocina, nos mira y vuelve a soltar una pequeña risita.

—¿Ya os vais?

Gabriel sin apartar la mirada de mí le contesta, con ese dulce tono que solo utiliza con ella.

—Sí, Elvira, volveremos en cuanto podamos.

Yo rompo el contacto visual para darle un beso a Elvira en la mejilla.

—Gracias por todo. —La cojo de las manos—. Gracias por cuidarme, por consolarme y por estar a mi lado en esta larga noche.

—No hay de qué, mi niña, aquí estaré siempre que me necesites.

Gabriel abre la puerta y me empuja suavemente por la cintura para que salga, ese simple

contacto produce un hormigueo por todo mi cuerpo. Madre mía, ¡qué calor!

En la entrada al callejón me encuentro con una espectacular motocicleta BMW, Gabriel se para delante de ella y saca dos cascos de su interior.

—¿Y esta moto?

—De un amigo. Necesitamos un transporte lo más rápido posible.

—Así que no solo tienes un amigo, sino varios. ¿O es el mismo del coche?

—Qué graciosa eres. Anda, sube.

Esta atmósfera relajada entre nosotros empieza a gustarme mucho.

Se monta y me espera a lo James Dean. Y yo me monto tras él, a lo pato Donald.

—Agárrate fuerte, fierecilla, que vamos a ir rápido.

Miro a mi alrededor, decido que lo mejor es que me agarre a la parte de atrás de la moto. Él se vuelve con el ceño fruncido. Coge suavemente uno de mis brazos y lo pone alrededor de su cintura.

—Aquí mucho mejor. Agárrate todo lo fuerte que puedas.

Gracias al casco no me ve la cara que empieza a subir de tonos de nuevo.

Sale disparado, serpenteando por las calles a una velocidad de vértigo. Cogemos la autopista y aumenta aún más la velocidad, me abrazo a él un poco más fuerte. Su contacto, el viento en mi cara y la tranquilidad de que todo haya salido bien hacen que se inunden mis ojos de lágrimas. Apoyo la cabeza en su espalda, la conexión que nos une es algo más, ha sido así desde el principio. Y así, volando junto a él, me acerco poco a poco a mi destino.

9

Llegamos a mi casa con muy poco tiempo para cambiarme de ropa. Salgo disparada escaleras arriba, no sin antes convencer a Gabriel de que no hace falta que suba conmigo. Cuanto más distancia haya entre los dos, mejor. Me arreglo lo mejor que puedo en el poco tiempo del que dispongo y vuelvo a salir disparada escaleras abajo.

Cuando Gabriel me ve aparecer me mira de arriba abajo lentamente, y vuelve a subir de nuevo hasta posar su mirada en mis ojos.

—Sube.

—Gabriel, llevo falda y tacones. No creo que lo de la moto sea una buena idea ahora mismo.

—Tenemos que llegar rápido, no hay otra opción.

Desmonta y se acerca a mí muy decidido, me coge por la cintura y me sienta en la moto como el que levanta una pluma. Del susto me sujeto a su cuello, y así nos encontramos en una situación incómoda de nuevo. Nuestras miradas se encuentran y tanto él como yo nos resistimos a separarnos.

Quiero y no quiero que me suelte.

Veó que su rostro se pone serio y se acerca un poco más a mí. Yo le suelto enseguida para que no ocurra algo de lo que luego pueda arrepentirme, o peor aún, para que no ocurra algo que estoy deseando que vuelva a pasar.

Se monta de nuevo y esta vez no es necesario que me diga que me agarre fuerte, ya lo hago yo solita.

—Déjame en la calle de atrás, por favor.

—¿Qué pasa? ¿Miedo a que te vea tu noviecito?

No me deja ni contestar, sale disparado y en menos de cinco minutos ya hemos llegado. Me ayuda a bajar de la moto, suavemente me desabrocha el casco y me lo quita.

—Recuerda, Sofía no se acuerda de nada, intenta controlarte y disimula como si os hubierais visto hace solo un día. Y ya te puedes inventar una excusa de dónde estuviste ayer, porque te van a preguntar... ¿Estás bien? Te has puesto seria.

—Sí, un poco nerviosa solo. Me va a ser muy difícil actuar como si no hubiera pasado nada.

—Tranquila. —Me coloca un mechón de pelo que se ha despeinado por el casco—. Te recojo aquí mismo a la hora de la salida.

—Vale, luego nos vemos.

—Pasa buen día, fierecilla.

—Sé que algún día conseguiré que me llames por mi nombre.

—Puede...

Me voy contoneándome, hasta que le provoco una gran sonrisa.

Tuerzo la esquina y, al ver el edificio en el que está mi oficina, el momento risa se desvanece. Inspiro muy hondo hasta que consigo poner mis nervios a raya y me pongo en camino. Salgo del ascensor y busco a Sofía con la mirada por toda la planta, no está en su mesa ni la veo a través de la cristalera del comedor. Estoy tan distraída que no me doy cuenta de que Álvaro acaba de llegar y se acerca a mí con un gesto de preocupación.

—Buenos días, ¿qué haces aquí parada? ¿Dónde estuviste ayer? Nadie en la oficina sabía dónde estabas. Además, te llamé cientos de veces y tu móvil decía que no estabas operativa.

—Buenos días, Álvaro, eh... (piensa Celia, piensa) tuve que irme fuera de la ciudad por un motivo familiar. Lo siento, me dejé hasta el móvil en casa con las prisas y ya sabes que sin la agenda estás perdida, no me sabía ni un solo número de teléfono. Por eso no pude avisar, ahora iré a hablar con el jefe para disculparme.

—Espero que no haya sido nada grave.

—No, por suerte, solo se quedó en un susto.

Y por fin la veo, sale del baño en dirección a su mesa. Como si nada, cruza palabras con los compañeros que se va encontrando por el camino. Gira hacia mí y me ve. Me saluda con la mano y me hace gestos para que me acerque.

—Discúlpame, Álvaro, voy a ver cómo está Sofía.

—Extrañamente tampoco vino ayer, y sin avisar. Los de arriba estarán que pelan.

—¿En serio? Qué raro, voy a hablar con ella.

—Pásate por mi despacho en cuanto puedas para darme un beso de buenos días, ayer te eché de menos.

—Eh... sí, vale, voy en un rato.

Me acerco a la mesa de Sofía y ella empieza a hablarme muy agitada.

—Celia, por fin llegas, no tienes ni idea de lo que me pasó ayer. El caso es que no recuerdo mucho, pero...

No puedo resistirlo, aunque se suponía que tenía que disimular, la abrazo todo lo fuerte que puedo y, sin querer, me pongo a llorar como una tonta.

Ella me mira, se ha puesto muy seria de repente.

—Entonces es verdad, ayer pasó algo. Tú lo sabes tan bien como yo.

—Aquí no podemos hablar, vamos luego a la cafetería de enfrente.

—De acuerdo, ¿vendrá nuestro ángel de la guarda? Yo creo que debería estar para protegernos.

—Desde luego que contigo no se puede... Ni en estos casos te da por ponerte un poquito seria aunque sea.

—Antes muerta que seria, ese es mi lema.

—Venga, a trabajar.

Esta vez soy yo la que le doy una palmada en el culo que resuena en la oficina, se me están pegando sus costumbres, madre mía...

Un ratito más tarde oigo que alguien pregunta por mí, me doy la vuelta y me encuentro con un mensajero de una floristería cercana. Me entrega una sola flor envuelta en celofán y adornada con corazoncitos, tiene un perfume exquisito, leo en la etiqueta que es una bromelia, es preciosa. No me paro ni a mirar la tarjeta, sé perfectamente quién me la ha mandado. La dejo en la mesa y me acerco al despacho de Álvaro.

La puerta está entornada, me asomo por la rendija y le veo sentado en su mesa. Entro despacio y cierro la puerta a mi espalda. Me acerco a él y me siento en sus rodillas. Me mira con cara de

asombro. Cuando va a comenzar a hablar, se lo impido sellando sus labios con un beso corto, pero intenso. Cuando el beso termina, le digo con coquetería:

—He venido a darte los buenos días. Gracias por la flor.

—¿La flor? ¿Qué flor?

Voy a besarle de nuevo pero él me para.

—Celia, no estamos solos...

—¿Qué?

Giro la cabeza y, justo detrás de mí, está Jaime, el de Recursos Humanos, aguantándose la risa en una esquina del despacho.

—Seguid, seguid. Por mí no os cortéis.

Vuelvo la cabeza hacia Álvaro y le fulmino con la mirada.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—Porque no me ha dado tiempo...

Me levanto rápidamente y salgo corriendo de su despacho más roja que un tomate. Cierro la puerta tras de mí y me tomo un segundito para tranquilizarme. En ese momento me viene a la mente la respuesta de Álvaro al agradecerle el detalle de la flor, él no sabía de qué le estaba hablando. Vuelvo a mi mesa y leo rápidamente la tarjeta:

«Espero que estés más tranquila al ver a tu amiga sana y salva como te prometí. Gabriel».

¡Oh Dios mío...! Esto sí que no me lo esperaba.

Arranco la tarjeta y la escondo dentro de mi bolso. Solo me faltaba que alguien la viera.

Miro el reloj, faltan diez minutos para las once. Llamo a Sofía por el teléfono interno.

—¡Sofía al habla!

—¿Siempre contestas así?

—Sí, ¿por?

—Por nada, no iba a ser de otro modo. Levanta el culo, hora del café.

—Voy veloz.

Me agarro a su brazo en cuanto salimos a la calle, no es solo porque necesito su contacto, sino más bien una sensación de querer protegerla ante todo.

Una vez sentadas y con el desayuno desplegado por toda la mesa, empezamos a hablar.

—Celia, no recuerdo nada. Para mí es como si ayer no hubiera existido. El día anterior salí de trabajar, iba camino de mi casa, pero no recuerdo si llegué o no. A partir de ahí nada...

—Intenta hacer memoria, ¿qué pasó justo antes?

Sofía se queda unos minutos pensativa, mientras desayunamos en silencio. Levanto la vista y veo a Gabriel entrando en ese momento en la cafetería, le hago una seña para indicarle dónde estamos y se dirige hacia nosotras. Pone una mano en el hombro de mi amiga, Sofía se vuelve, la expresión de su cara cambia por completo.

—Hola, Sofía, ¿cómo estás?

—Hombre... Gabriel. Ahora que has llegado tú, mucho mejor.

(Ya empieza...).

Gabriel me mira, me dedica una dulce sonrisa y se sienta a mi lado. No sé si es un gesto intencionado, pero estira su brazo y lo apoya en el respaldo de mi silla. Ni siquiera me toca, pero esa pequeña cercanía me acelera el pulso.

—Me contaba Sofía que no recuerda nada de lo que pasó ayer, le decía que hiciera memoria por si algo le venía a la mente.

—Lo último que creo recordar es ir andando por la calle. En un momento, el sol se ocultó y

comenzó una ligera niebla. Lo recuerdo porque me extrañó con el calor que hacía... Un poco como aquel día, en el que tú y yo nos vimos envueltas en niebla y luego en oscuridad, justo cuando Gabriel llegó y nos sacó de allí... Decidme que todo eso no tiene nada que ver con que yo no recuerde qué me pasó ayer.

—Pues algo sí, la verdad —digo todo lo despacio que soy capaz.

—¡Espera! Me acuerdo de ti —dice Sofia, señalando a Gabriel—. Estabas allí, alguien me llevaba en brazos y tenía un dolor de cabeza horrible. Luego me tomé un té que sabía a flores, creo, ya no recuerdo nada más. Me he despertado esta mañana en mi cama como si nada...

Empiezo a sentirme muy culpable, si le hubiera pasado algo, yo sería la única responsable.

—Lo siento mucho, amiga, venían a por mí. Como no pudieron cogerme, quisieron hacerme daño de otra manera. —Las lágrimas empiezan a rodar por mi cara—. Quise cambiarme por ti, pero no me lo permitieron. Lo que ellos querían era asustarme, y desde luego que lo consiguieron. He pasado dos días horribles...

Gabriel pone su mano en mi hombro para calmarme.

—Tranquila, Celia, ya ha pasado. Te la he devuelto sin un rasguño, como te prometí —dice, limpiándome una nueva lágrima que rueda por mi mejilla.

Miro a Sofia, ella nos observa con cara extrañada, y yo sé perfectamente qué es lo que está viendo. Gabriel sigue hablando como si nada.

—Te aseguro, Sofia, que no corriste peligro en ningún momento. Nadie te tocó un pelo, te encontramos dormida en una habitación de un piso del centro. Ya estamos indagando de quién es esa casa y cómo te llevaron hasta allí.

—Muchas gracias, Gabriel, pero no estoy segura de querer saber todos los detalles. Ahora sí que estoy empezando a asustarme de verdad.

Saco un clínex de mi bolso y me limpio un poco la cara, nos levantamos, es hora de volver al trabajo. Sofia se adelanta un poco y yo me acerco a Gabriel.

—Gracias por la flor, es preciosa, me has levantado un poco el ánimo esta mañana.

—Me alegro, ya que ese era el fin.

—Tengo que irme.

—Te recojo a la salida. Pórtate bien, fierecilla.

El mote que antes tanto me molestaba me hace reír. Le veo alejarse y me entran unas ganas enormes de salir corriendo tras él y besarle hasta quedarme sin aliento. (¡Pero qué estoy pensando!). Tengo que poner en orden mis sentimientos con respecto a Álvaro y, por supuesto, con respecto a Gabriel. Sé que Álvaro me encanta, pero lo que empiezo a sentir por Gabriel no tiene nada que ver... Puede ser que estos sentimientos sean el producto de los momentos de tensión que pasé ayer, y no otra cosa. Pero lo que siento cuando me besa... ¡Nada! Es normal que sienta algo cuando un chico guapo me da un beso. Y si además besa de esa manera... ¡eso le pasaría a cualquiera!

Mientras camino hacia mi trabajo, decido que lo mejor es que me olvide de esta tontería. Debo aclarar las cosas con Álvaro, ya es hora de dar un paso más en nuestra relación.

Cuando salgo del ascensor, Álvaro sale de su despacho y me pide que me acerque. Entro y cierro la puerta, miro a nuestro alrededor para asegurarme de que estamos solos y voy hasta él. Sonríe al ver mi gesto, se acerca a mí y me susurra: ahora sí. Sus labios se posan en mi cuello y deja un reguero de besos hasta llegar al lóbulo de mi oreja, donde me da un pequeño mordisquito. Sus manos recorren todo mi cuerpo, hasta que una de ellas se cuelga por debajo de mi falda. Nos fundimos en un beso húmedo y pasional. Sé que debería pararle, pero lo necesito. Tengo que

asegurarme de lo que puede hacerme sentir, antes de tomar una decisión. La situación se nos está yendo de las manos, lo sé. Me coge entre sus brazos y me apoya suavemente en la pared. Su respiración está agitada y veo sus intenciones, definitivamente es hora de parar. Volvemos a sumirnos en un largo beso, hasta que noto que sus manos han llegado a mi ropa interior y lucha por deshacerse de ella.

—Álvaro, para, por favor.

—No puedo, nena, te deseo.

—Puede entrar alguien en este instante, no estamos en el mejor sitio para hacer esto. Para, Álvaro.

A regañadientes me baja, pero no me suelta. Me pide un beso antes de marcharme. Le observo fijamente durante unos segundos. Es tan guapo, elegante, educado... El hombre que toda mujer quiere tener en su vida. Pero algo dentro de mí ha cambiado. Le doy ese beso mientras pienso si no será el último y salgo de su despacho sin mirar atrás.

Por mucho que quiera engañarme, Gabriel ha despertado algo dentro de mí. Con solo un pequeño beso me ha ofrecido el cielo, en más de un sentido. Nadie podrá hacer que me sienta igual que con él. Del mismo modo que les pasó a mis padres en su momento, nos ha unido el destino. Estaba escrito que nuestras vidas se cruzaran en este punto. Ahora es nuestro turno descubrir qué nos depara, y adónde nos lleva. Aunque lo que tengo claro es que será juntos. Para siempre juntos.

10

Estoy sentada en mi mesa, intentando trabajar. Pero no puedo. Mi mente navega por los recuerdos de estos días pasados, hasta llegar al día de mi cumpleaños. Antes de eso, yo era una chica normal, con una vida normal. Más bien incrédula en cuanto a estos temas se refiere. Pero el día de mi veintiún cumpleaños, tuve que recibir esa carta. Mi madre, a la cual no llegué a conocer, me deja un único regalo, que cambia mi vida por completo.

No la culpo, sé perfectamente que no tuvo elección. En ningún momento habría querido involucrarme en esta historia si hubiese podido evitarlo, estoy segura. Pero como todo en esta vida pasa por alguna razón, intento buscar el lado positivo del asunto y sacar lo bueno que ha pasado gracias a esto. Lo más importante para mí ha sido conocer a mi abuelo. Fue muy poco tiempo el que estuvimos juntos, pero que viniera a consolarme en esos malos momentos significó mucho para mí. El saber algo más de mi madre me ha hecho sentirme un poquito más cerca de ella. Son tantas preguntas sin respuesta que me han acompañado a lo largo de mi vida... Hoy tengo la esperanza de que algún día sea ella misma la que me las conteste. Y por supuesto, Gabriel. Ha sido una ¡mosca cojonera! Desde el momento en que me atropelló saliendo de la oficina. Pero en algún instante mis sentimientos han cambiado hacia él, supongo que desde la primera vez que puso su vida en peligro para salvarme o para rescatar a mi amiga perdida. Cuando pienso en todo esto mi mente se aturulla, no procesa todo lo que ha pasado, es como si hubiera visto una película de ficción de las que te gustan, pero te dejan tembleque.

Y me doy cuenta de que no es nada, lo peor está por venir.

No tengo muy claro que es lo que me espera, y me asusta pensar en ello. Sigo sin saber muy bien cuál es mi papel en el asunto. Pero lo que sea lo afrontaré, por ellos y sobre todo por mi madre. Sé perfectamente que algo se acerca, lo percibo. Siento que bulle dentro de mí. Aunque también puede ser hambre, apenas he probado el desayuno y de eso hace ya muchas horas. Estoy pensando decirle a Sofía que se venga a desayunar, pero no quiero que esté cerca de mí, no desde lo que pasó. Ahora mismo necesito estar sola, y pensar.

Salgo a la calle y me dirijo a la cafetería, pero cambio de opinión, no tengo ganas de encontrarme con nadie conocido. Hay otra un poquito más arriba y allí me dirijo.

Después de pedirme un café (por su puesto descafeinado) y mi tostadita, me siento en unas de las mesas del rincón. Desayuno en silencio, reflexionando. Y me viene a la mente que no he visto a Gabriel. En una situación normal ya estaría sentado a mi lado. Mi corazón empieza a bombear muy rápido, ¿y si no me ha visto salir? No se esperaría que yo cambiara de cafetería. Un escalofrío recorre mi cuerpo, algo va mal. Rastreo el local en busca de algo que llame mi atención, algún rostro conocido, o alguien que me observe. No muy lejos de mí, en una de las mesas de la entrada, veo el foco de mi nerviosismo. Sabía que algo no iba bien.

Héctor, el supuesto nieto de Camila, me mira con una expresión que me hiela la sangre. Estoy sola... ¿Cómo he podido ser tan tonta? Lo he vuelto a hacer, me he puesto en peligro sin percatarme de lo que estaba ocurriendo. Miro a mi alrededor, me tiene atrapada. Para salir de la cafetería tengo que pasar, sin otra opción, por delante de él. Se supone que de día y delante de tanta gente no pueden hacerme daño, pero algo me dice que ni siquiera eso le va a frenar esta vez.

Gabriel... Susurro con los dientes apretados. Aunque tampoco estoy segura de querer que venga, tendría que enfrentarse a Héctor para sacarme de aquí y ponerse en peligro por mi culpa, una vez más. Además de la charla que me va a dar después y que me tengo merecida, desde luego. No me queda otra que enfrentarme a él yo solita. Mi plan es sencillo, pasar por su lado sin inmutarme y, una vez fuera del local, correr como si no hubiera un mañana. Inconvenientes de este primer plan: los taconazos que llevo, y que yo corriendo no llego ni a la esquina antes de que me pille. Piensa, Celia, piensa... ¡¡No tengo segundo plan!! Vale, un poco de calma. A lo mejor solo quiere asustarme con su presencia, le observo de nuevo, su mirada sigue clavada en mí. No tengo otra opción, saldré como si nada y una vez en la calle, veré lo que se me ocurre. Inconvenientes de este segundo plan: que no se me ocurra nada y no pueda huir de él. En ese caso, pasaremos al plan A. ¡A correr!

Me levanto, recojo mis cosas y me cuelgo el bolso estilo bandolera. Hay que estar preparada. Paso por la barra a pagar, sigo notando su mirada aunque esté de espaldas. Me encamino hacia la salida, tengo que pasar muy cerca de él para llegar allí. Cuando llego a su altura, se levanta y camina hacia mí.

—Celia, un placer verte de nuevo.

—No puedo decir lo mismo. Disculpa tengo que volver al trabajo —digo sin parar de andar en ningún momento.

—Permíteme que te acompañe, hay un asunto que me gustaría tratar contigo.

—No existe ningún asunto que tengamos que tratar tú y yo, te pido por favor que te alejes de mí, tengo prisa.

En ese momento salgo por la puerta de la cafetería y llego a la calle. En cuanto mi pie toca la acera, siento cómo su fría mano agarra mi brazo y tira de él con brusquedad. Aunque intento zafarme por todos los medios, me tiene bien agarrada y no puedo luchar contra su fuerza. Por un momento pienso en gritar, pero si alguien quisiera ayudarme le pondría en peligro y no quiero que pase eso. Sigo resistiéndome todo lo que puedo, mientras me va arrastrando hasta una callejuela que hay justo detrás de nosotros.

—Celia, ven conmigo por las buenas. No tienes opción. Estás sola... —me susurra muy cerca de mi oído.

Entramos en la callejuela, sigue andando y tirando de mí sin mirar atrás. A mi alrededor percibo cómo la luz va dejando espacio a la oscuridad, una densa niebla me ha cubierto los pies y trepa por mis tobillos. Sé que es hora de que actúe, me giro y veo la entrada de la calle, no está muy lejos. Si consigo volver allí, todavía tengo posibilidades de escapar.

Noto cómo despierta algo en mi interior, se activa, empieza a recorrer cada nervio de mi cuerpo. Llega hasta mis músculos llenándolos por completo. Miro mi piel, destellos salen de ella como si fueran rayos de sol. No tengo ni idea de cómo lo estoy haciendo, pero noto que forma parte de mí y me aferro a ello. Lo llevo hasta mis extremidades y agrando mi poder. Cuando me veo preparada lo hago fluir, la mayor energía conocida se concentra en mí y rebosa por cada uno de mis poros.

Héctor vuelve su mirada hacia mí, ahora completamente oscura y fría, y su cara de asombro me da una idea de la imagen que está presenciando. Soy una bola de luz en esa oscuridad, más potente

que el sol. Me suelta con un exclamación de dolor, su mano está ardiendo, y retrocede rápidamente con una maldición entre sus labios. Noto que la tiniebla sigue aumentando, sin duda no está solo, pero yo tampoco lo estoy.

Justo detrás de mí, una bola de luz parecida a la mía se acerca a nosotros a toda velocidad, sé perfectamente quién es. Se para a mi lado y me mira de arriba abajo, con su pequeña sonrisa torcida hacia un lado.

—Vaya, Héctor, te veo un poco chamuscado —le dice, a la vez que me coge del brazo—. Vamos Celia, salgamos de aquí.

Nos acercamos rápidamente a la entrada de la calle.

—Vale Celia, relájate, necesito que vuelvas a tu estado normal antes de salir a la calle principal. Vuelvo la vista atrás, ya no hay ni rastro de Héctor ni de oscuridad.

—¿No estás enfadado conmigo? Estaba segura de que ibas a echarme una buena bronca.

—Ya hablaremos, ahora no es momento para eso.

—Gabriel, no sé cómo se apaga esto... —digo mientras me miro de arriba abajo.

—Solo tienes que relajarte, cálmalo, guárdalo de nuevo dentro de ti.

Cojo una bocanada grande de aire e intento relajarme. Vuelvo a arrastrar toda esa energía desde los poros de mi piel, hasta mis nervios, y de allí hasta el centro de mi cuerpo. La voy recogiendo poco a poco. De repente, me siento muy mareada, creo que estoy a punto de vomitar. Gabriel me sujeta, y agarra mi pelo hasta que yo dejo allí el desayuno y parte de mi estómago. Cuando creo que ya no tengo nada más que echar, me incorporo, estoy muy muy mareada.

—Vamos, apóyate en mí, tenemos que salir de aquí. —Gabriel me coge entre sus brazos al ver que soy incapaz de dar un solo paso.

Nos separan muy pocos metros de su moto, y me deja sobre ella con suavidad. Se monta rápidamente y se asegura de que soy capaz de agarrarme lo suficiente para no perderme por el camino. Sale a toda velocidad de allí, y yo me recuesto en su espalda. Cierro los ojos y siento el aire en mi cara, que me despeja un poco. Noto que la moto se para y vuelvo a abrir los ojos, para mi asombro estamos en la entrada del callejón escondido, pero ¿cómo hemos llegado hasta aquí? Solo han sido un par de minutos.

Gabriel me coge de nuevo entre sus brazos para bajarme de la moto mientras me pregunta si puedo andar. Agarrada a él, avanzamos hacia la tiendecita de Elvira y ella sale rápidamente a nuestro encuentro. Oigo cómo Gabriel le explica rápidamente lo que ha pasado y ella sale corriendo hacia la cocina a prepararme un té especial, según ha dicho.

Gabriel me deja en el sillón y yo agradezco sentarme por fin.

—¿Cómo te encuentras? —Se sienta a mi lado y me coge de la mano.

—Si te digo que mejor, ¿vas a empezar a darme ya la charla?

—Es posible...

—Vale, pues entonces, todavía me siento bastante débil.

Gabriel me sonrío, con esa sonrisa que me deja sin respiración y que tan pocas veces he visto, pero su sonrisa acaba en un gesto de preocupación.

—¿Qué ocurre? —Le miro y lo único que pienso es que me muero por besarle ahora mismo.

Por su mirada estoy segura de que él siente lo mismo. Se acerca a mí y pone su mano en mi cara.

—No puedo permitir que te pase nada —dice bajito a la vez que se va acercando a mis labios.

Elvira entra en el salón rápidamente con la taza de té entre sus manos. Gabriel me ha soltado y de un salto se ha levantado del sillón.

—Tómame esto, mi niña, te recuperarás en un santiamén. —Deja la taza en mis manos,

temblorosas aún, y se sienta en el lugar que hasta hace un segundo ocupaba Gabriel.

—Tengo que irme. Celia, ya sabes, no salgas de aquí sin mí. ¿Entendido?

—¿Te vas? Espera... (No quiero que se vaya, quiero mi beso).

—¿Entendido? —repite ansioso.

—Entendido —digo a regañadientes.

(Pero no te vayas...)

—Volveré lo más rápido posible —dice, adivinando mis pensamientos. Me hace una suave caricia en el moflete cuando pasa por mi lado y sale disparado hacia la puerta.

Como una niña pequeña que le han quitado su caramelo me quedo enfurruñada en el sillón tomándome mi té, que como siempre sabe a flores, pero esta vez con un sabor mucho más potente. Al tercer sorbito me viene un subidón que me llena de energía de nuevo.

—¡Uau! ¿Qué lleva esto, Elvira?

—Este té resucita a un muerto, mi niña, ¿te encuentras mejor?

—Sí, sin duda.

Elvira me dedica una amplia sonrisa.

—Me voy a la librería, ya es hora de encontrar ese libro y acabar con todo esto. —Me acerco y le doy un dulce beso en la mejilla—. Ponme un poquito de ese té para llevar, *porfi*.

Se ríe y me da un abrazo antes de volver a la cocina.

Qué fácil es querer a esta mujer, la forma en que me cuida sin apenas conocerme, me hace imaginar lo que sería tener a mi madre cerca de mí, que me hubiese cuidado siempre. Aunque no puedo quejarme, mi padre ocupó su lugar, se ha desvelado por mí desde mi nacimiento y nunca me han faltado ni cuidados ni cariño por su parte. Pensando en mi padre, me doy cuenta de que hace muchos días que no sé nada de él, es raro, habitualmente hablamos a diario. Con todo este lío no he tenido tiempo ni de pasar a verle, pero lo que me extraña es que no se haya puesto en contacto conmigo en todo este tiempo. Cuando vuelva Gabriel le pediré que me lleve a casa de mi padre, necesito contarle todo lo que me ha pasado estos días.

Me encamino a la librería, empujo la puerta y se abre con el mismo quejido de siempre. La penumbra me deja sin visión durante un momento, hasta que mi vista se acostumbra a esa escasa intensidad de luz. Intento pensar en qué pasillo de estanterías me quedé la última vez para empezar desde ahí, pero mi mente vuela al momento en que Gabriel y yo nos acercamos por primera vez, en las estrecheces de uno de esos pasillos. Puedo notar su aliento rozando mi cara, por un momento pienso lo que me gustaría que estuviera allí conmigo. Retomo la concentración y me pongo manos a la obra, cojo una nueva pila de libros y me acerco a la primera mesa. Enciendo la lamparita y me acomodo, tengo la impresión de que hoy voy a encontrar algo.

La ilusión va decayendo cuando nuevas pilas de libros, ya leídos, llenan la mesa.

—¡Sería mucho más fácil si supiera lo que estoy buscando!

Cierro el último libro, cabreada. Tapo mi cara con las manos en un intento de tranquilizarme, aunque algo que no identifico me asusta. Miro detrás de mí al sentir una presencia, pero allí no hay nadie. Mi corazón está acelerado, sigo mirando a mi alrededor, solo libros y una capa considerable de polvo me acompañan. Comienzo a devolver cada uno a su estantería, antes de coger una pila nueva de interesantísimos libros. En un intento de soltar toda la adrenalina que el miedo me ha provocado, comienzo a tararear una canción de Malú, mi cantante favorita desde siempre.

Vuelvo a notar una presencia pero esta vez me resisto a mirar, y me hago a la idea de que allí no hay nadie, es solo producto de mi imaginación. Sin embargo, esta vez por el rabillo del ojo, veo

un movimiento que me hace soltar un alarido de puro miedo. Me giro y me encuentro con el viejecillo, dueño de la librería, que apoyado tranquilamente en su bastón me mira pacientemente.

—¿Te encuentras bien, chiquilla? —dice con su cansada voz. Lo que hace que me pregunte qué edad tendrá este hombre.

—Sí, sí, perfectamente. Discúlpeme por el grito, no le esperaba y me ha asustado.

—¿Vuelves a buscar lo que se ha escrito?

—Señor, usted tiene que saber mejor que yo lo que estoy buscando. Llevo leídos más de la mitad de todos estos libros, pero no encuentro...

—No solo los libros han sido escritos, ¿no crees? ¿Es posible que aquello que es buscado no es hallado por no saber dónde mirar?

—Discúlpeme, pero no le he entendido. ¿Quiere decir que no es un libro lo que busco? La carta de mi madre dice claramente...

—No, no lo dice.

—¿Cómo? (¿Pero qué dice este hombre?).

—Discorre, chiquilla, discorre —repite mientras vuelve a desaparecer por la puertecilla de siempre.

¿Que discurra? ¿Tendrá algún tipo de demencia por su edad?

Cuando termino de guardar el último de los libros cogidos, vuelvo a sentarme en la misma mesa y hago lo que me ha recomendado, discurrir.

Recuerdo de nuevo la carta de mi madre, y la recito en voz baja.

—Todo te será revelado, solo tienes que saber mirar, está escrito y lo debes descifrar. Para ello busca más allá de lo que los demás pueden ver, en una librería que intentan esconder.

Si está escrito y en una librería, lo más lógico es que fuera un libro, pero eso sería demasiado fácil de encontrar. Mi madre me indica claramente que busque más allá de lo que los demás pueden ver, lo que significa que no estaría a simple vista.

Decido recorrer la librería poco a poco, esta vez la miro con otros ojos. La recorro paso a paso, despacio, y me encuentro con un pequeño hueco en la pared coronado por un arco de piedra que da entrada a otra estancia. ¿Cómo no había visto esa puerta antes? Está muy oscuro, y no veo ninguna lamparita cerca. Hace bastante más frío allí dentro y hasta mi nariz llega un desagradable olor a humedad. Intuyo en la pared de enfrente lo que puede ser un interruptor. Cuando llego hasta allí, sin haberme tropezado con nada por suerte, lo acciono y se hace la luz en una pequeña bombilla que cuelga del techo. De nuevo más estanterías, colocadas a lo largo de la habitación con pequeños pasillos entre ellas; aunque esta vez, en lugar de libros, son rollos de papel, como si fueran mapas. Me acerco al primero que tengo más a mano y lo desenrollo con mucho cuidado, por su aspecto llevan allí muchísimo tiempo. Mi pulso se acelera, a la vez que estiro el papel en una pequeña mesa que hay en el centro de la estancia. Tengo la sensación de estar acercándome a lo que llevo tanto tiempo buscando.

Empiezo a leer, pero para mi desgracia no entiendo nada. Está escrito en otro idioma, si no me equivoco, podría tratarse de latín. Cojo el siguiente, y el siguiente, y después una docena más, corro con la misma suerte. No entiendo ni una palabra. Estoy segura de que el viejo dueño de la librería sabrá de qué tratan todos estos pergaminos y decido ir en su busca.

Llego a la pequeña puerta por la que siempre aparece y golpeo suavemente, empujo un poco y se abre sin oponer resistencia. No me atrevo a entrar, así que le llamo desde allí, aunque me doy cuenta de que no sé ni su nombre.

—¡Señor, disculpe! —Espero, pero no hay respuesta— ¡¡Señoor!!

Silencio.

Pues nada, Celia, adelante. Empiezo a andar por el pasillo, una brisa fría llega hasta mí, no veo el final ni adónde me dirijo. Alumbrada por la escasa luz que llega desde la librería, me adentro cada vez más en la oscuridad. No sé cuánto tiempo llevo andando, nunca había visto un pasillo tan largo en mi vida. Ni una puerta, ni una luz, nada. Pienso en volver a llamar al viejecillo, pero tengo tanto miedo que no me atrevo ni a levantar la voz. Será mejor que me dé la vuelta y en otro momento que le vea le pregunto y punto, pienso. Pero no retrocedo, algo me impulsa a seguir, a averiguar adónde me lleva ese largo pasillo.

Para mi sorpresa, he llegado al final, una pared me impide seguir andando. Pero si no hay puertas, ¿adónde va este hombre? Ahora sí que estoy asustada, tengo la piel de gallina y el pulso muy acelerado. Retrocedo y me doy la vuelta, miro a mi alrededor por si se me ha pasado algún hueco en la pared. Empiezo caminando despacio, pero acelero el paso al ver lo lejos que estoy de la puerta de entrada. De nuevo noto una presencia, alguien detrás de mí, miro pero no veo nada, tampoco tengo intención de quedarme para averiguarlo. Corro hacia la puerta, vuelvo a la librería y la recorro como una exhalación hasta la salida, cuando unos brazos detrás de mí me sujetan. Lucho por soltarme, pero lo único que consigo es que me sujeten cada vez más fuerte.

En un último intento por salvarme, me doy la vuelta y lanzo un puñetazo con todas mis fuerzas que acierta en plena cara de mi captor. Por fin me suelta y echo a correr hasta que una voz me para en seco.

—¡Joder, Celia!

—Mierda, ¿Gabriel?

Corro hacia él, tiene la mano en la cara y los ojos un poco vidriosos.

—Lo siento, lo siento mucho. No sabía que eras tú, ¿te he hecho daño? ¡Estás sangrando, madre mía! Pensé que era alguien que venía a por mí, si llego a saber que eras tú, no te habría pegado. De verdad lo siento. Anda, levántate, vamos a la tiendecita que te curo...

—Celia para... Me duele más la cabeza de escucharte que la nariz.

—Lo siento, deja que te vea. —Al tocarle la nariz lanza un alarido de dolor—. ¿Te duele mucho?

—Pues sí, ¿será porque acabo de recibir un puñetazo?

—Tampoco ha sido para tanto, nenaza.

—¿Nenaza? Puedes explicarme adónde ibas corriendo de esa manera, ni que te persiguiera alguien.

—Luego te lo cuento, vamos primero a limpiarte esa sangre.

Le cojo de la mano y le guio hasta la tiendecita, entro rápidamente y le acomodo en el sillón.

—¡Elvira! ¡¡Elvira!!

—No grites, me duele la cabeza.

—Vale, no te muevas de aquí, voy a por hielo y a ver si encuentro un botiquín.

Llego a la cocina y preparo un poco de hielo envuelto en un paño, me pregunto dónde tendrá el botiquín. Lo encuentro en el baño del pasillo. Cojo un poco de algodón y agua oxigenada y vuelvo deprisa al salón. Gabriel está con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón. Le pongo el hielo sobre la nariz y echo un poco de agua oxigenada en el algodón para limpiarle la sangre. Noto su mirada puesta en mí, pero yo sigo con mi tarea como si nada. Desecho ese algodón y cojo uno nuevo para secarle. Su mano se posa en mi espalda y, aunque no quiero que me afecte, empiezan a subirme los calores.

—Sin duda ha merecido la pena —dice en voz bajita.

—¿Qué ha merecido la pena?

—Que me pegaras. Si sé que me ibas a cuidar de esta manera, me dejo pegar todos los días.

—Qué gracioso, pues, la verdad, no me viene mal tener a alguien para entrenarme. ¿Te sigue doliendo la cabeza? Si estuviera aquí Elvira, te prepararía algún té de esos milagrosos que tiene.

—Me duele un poco, sí.

—Voy a buscarte un analgésico, seguro que en el botiquín debe tener alguno.

Le quito el hielo e intento levantarme, pero él me retiene sujetándome de la mano y tira suavemente para que me sienta a su lado de nuevo.

—No te vayas, tú eres mi mejor medicina.

Pone su mano en mi nuca y me acerca despacio, deja un dulce beso en la comisura de mis labios y luego otro y otro. Mi respiración se acelera y mi cuerpo no se conforma con esas pequeñas caricias, quiere más. Intento alcanzarle, pero él se aparta, atacando con suaves besos mi cuello esta vez. Con un pequeño suspiro yo me dejo hacer, aunque todas mis terminaciones nerviosas me piden que me bese de una vez. Enredo mis dedos en su pelo y tiro suavemente para que alcance la cabeza, ahora le tengo donde yo quiero y voy directa a mi objetivo. Por fin, me besa. Me besa de esa manera que solamente él sabe hacer, en un instante siento que estoy flotando... El deseo se intensifica, dejando que asome la pasión retenida desde hace mucho tiempo. Poco a poco me tumba en el pequeño sofá y se acomoda encima de mí. Por primera vez, sus manos exploran mi cuerpo. Noto cada caricia como si me quemara la piel, sus dedos se marcan dejando un rastro de fuego tras de sí. No quiero que esto termine, y me aferro a él. Le abrazo, le acaricio y le beso. Ahora mismo no me permito pensar en nada más.

De repente, da un giro y se levanta rápidamente, quedándose sentado a mi lado. Me incorporo y le miro, tiene la cabeza entre las manos y refunfuña.

—Gabriel, ¿qué pasa?

—Esto no está bien.

—¿El qué no está bien?, ¿besarnos?

—No me han traído aquí para esto, mi deber es protegerte y cerciorarme de que cumples tu misión, no seducirte.

—¿Seducirme? A ver, Gabriel, somos dos personas adultas que sabemos perfectamente lo que hacemos. Esto no le incumbe a nadie, solo a nosotros.

—Era más fácil antes, no debemos dejar que haya sentimientos entre nosotros. Eso nos debilita.

—Pues perdona, pero llegas un poco tarde para eso, tenías que haberlo pensado antes de «seducirme».

—Será mejor que cada uno se dedique a su parte en la misión, te acompañaré a la librería y de paso me cuentas por qué salías corriendo de esa manera.

—Si eso es lo que quieres, perfecto, espero que no tengas que arrepentirte de ninguna de tus palabras. Si no te importa, me voy a dar una ducha fría.

Me levanto muy dignamente y salgo disparada a la planta de arriba.

Haré que pague por lo que acaba de hacer, como que me llamo Celia que lo haré...

11

Llevo a Gabriel a la nueva sala de la librería que he descubierto, y que él tampoco conocía. Aunque está suave como la seda conmigo, yo he empezado mi guerra contra él hablándole lo mínimo imprescindible.

Estudiamos los manuscritos que llenan cada rollo de papel allí colocados, sin sacar nada en claro. Sigo pensando que pueden estar en latín, pero sin cobertura no puedo utilizar el traductor para enterarme de su contenido. Aprovecho para contarle de mala gana lo que he encontrado a lo largo del pasillo, o sea, nada, y extrañamente no veo que se sorprenda por el asunto. Lo único que me recomienda es que no vuelva a entrar allí sola.

Después de varias horas allí metidos, mi mente no aguanta más.

—Gabriel, tengo que salir de aquí. Quiero ir a ver a mi padre.

—Sabes que no es recomendable que salgas.

—No te estoy preguntando, digo que me lleves a ver a mi padre.

—Vale, vale, fierecilla.

Enfilo hacia la salida y, cuando llego a la moto, espero pacientemente con los brazos cruzados a que se una a mí. Me tiende la mano para ayudarme a subir, pero la rechazo sin dudarlo. Tampoco me apetece agarrarme a él y lo hago a la parte de atrás de la moto. Veo que sonrío, con su sonrisa de medio lado que me vuelve loca, y eso hace que me enfade un poco más si cabe.

Salimos disparados, me sujeto lo más fuerte posible. Ahora mismo temo por mi vida, pero antes muerta que agarrarme a él. En una de las curvas casi salgo disparada y veo que me mira de reojo. ¡¡Lo está haciendo aposta!!

Por suerte llegamos enseguida a casa de mi padre, y estoy de una pieza que también es importante. Veo que se baja de la moto y me sigue.

—¿Adónde vas?

—Contigo, sabes que no es momento para separarnos.

—Pues me esperas en la puerta. Siéntate, tienes un montón de escalones para elegir.

Llamo al timbre y espero; aunque tarda más de lo habitual, por fin veo movimiento en la puerta. Mi padre, que parece sofocado, abre con una gran sonrisa.

—¡Celia! Qué gusto verte, hija. ¿Qué haces por aquí a estas horas?

—¿A estas horas? Es una hora de lo más normal, papá. ¿Ocurre algo?, estás colorado.

—Nada hija, ¿qué tal todo? —Mira detrás de mí y me pregunta—: ¿Y tu amigo quién es?

—No es mi amigo, es mi guardaespaldas, ignóralo. ¿Piensas dejarme pasar o voy a estar aquí toda la tarde?

Mi padre mira hacia dentro de la casa y por fin abre la puerta para que entre, definitivamente está muy raro.

—¿Tu amigo no pasa? —dice, sujetando la puerta aún.

—No. —Pero Gabriel ya se ha adelantado y se presenta a mi padre estrechándole la mano.

—Así que tú eres Gabriel, el que cuida de mi hija, encantado de conocerte. Pasad al salón, ahora mismo os preparamos un café.

Un momento... ¿ha dicho «os preparamos»?

Oigo ruido en la planta de arriba y me asomo a la escalera, veo a una mujer que baja precipitadamente acomodándose el pelo por el camino. Cuando llega al lado de mi padre, este la agarra por los hombros y le dedica una gran sonrisa.

—Celia, te presento a María José. —Se hace un incómodo silencio mientras nos miramos unos a otros—. Mari Jose, esta es mi hija, Celia.

Ella se adelanta y me da dos tímidos besos.

—Me alegro mucho de conocerte por fin, tu padre me habla mucho de ti. Se ve a la legua el amor que te tiene.

—Gracias... Para mí también es un placer conocerte. —(Estoy flipando).

—Pero, por favor, pasad. Sentaos, que ahora mismo Manolo y yo os preparamos un café.

(¡¿Manolo?!).

Me siento en el sillón mientras hecho cuentas de cuánto tiempo llevo sin ver a mi padre. No ha sido tanto como para que le haya salido una novia por el camino, ¿no? Aunque ahora entiendo por qué no he tenido ni una llamada suya en todos estos días. Mi-padre-tiene-novia. Intento hacerme a la idea, sin embargo hay algo que no me cuadra del todo, ¿debería estar contenta? Supongo que sí, pero mi mente vuela hacia mi madre y no puedo evitar sentir una punzada en el estómago. Gabriel, sentado en el sillón de enfrente, me observa. Me da la sensación de que entiende la lucha que bulle dentro de mí.

María José llega con una bandejita llena de tazas de café. ¿Qué ha pasado con los vasos normales donde siempre nos lo tomamos? Ni siquiera sabía que tuviéramos tazas, con su platito y todo.

—¡Niño, tráete el azúcar que se me ha olvidado!

Mi padre aparece con el azucarero, un platito con pastas y su ya acostumbrada gran sonrisa. Cojo la taza que ella me tiende y se sienta a mi lado. Empieza a preguntarme sobre mi trabajo, mis aficiones, mis amigas... La verdad es que es simpática, y se nota que han hablado mucho de mí, parece estar informada de todo sobre mi vida. Mi padre, sin apartar la mirada, nos observa mientras valora mi reacción respecto a ella.

Aprovecho que ahora se ha interesado por Gabriel y hablan y hablan, y me disculpo robándoles un segundo a mi padre. Cierro la puerta de la cocina. Mi padre, ahora nervioso, me mira en silencio.

—Papá, no entiendo nada...

—No sabía cómo decírtelo... La conocí un día en la cola de la frutería, la de mi amigo, esa a la que siempre voy. Empezamos a hablar y resulta que tenemos muchas cosas en común. A los dos nos gustan mucho los bailes de salón, así que me armé de valor y la invité a bailar. Disfrutamos tanto que decidimos repetir al siguiente viernes y al otro. El caso es que ya casi no nos hemos separado desde entonces. Quiero que sepas que tu madre siempre estará en mi corazón. La quise, la quiero y la querré para siempre. Pero ha pasado mucho tiempo, Celia, tú ya eres independiente, cada día me necesitas menos y yo estoy muy solo.

—Papá, no tienes que explicarme nada. Es tu vida, y estoy muy contenta de que la hayas encontrado. Para mí es una alegría que alguien te cuide y esté contigo ahora que yo no puedo. Y

estoy segura de que mamá, desde donde esté, también está muy contenta viendo que eres feliz.

—Gracias, hija, era muy importante para mí que lo entendieras. —Con los ojos empañados por las lágrimas se abraza a mí—. Te quiero mucho, cielo.

—Yo a ti también, papá.

—Ella no sabe nada de lo de la carta, he preferido no contárselo. Por cierto, ¿cómo va el asunto?, ¿algo nuevo que contar?

—Nada importante, seguimos investigando. Tú tranquilo, está todo bajo control.

—Me alegra mucho haber conocido a Gabriel, estoy tranquilo sabiendo que él te protege. Además, es muy guapo, ¿eh?...

—¿Tú crees? No está mal, aunque no es mi tipo para nada.

—Pues yo creo que hacéis buena pareja.

—No creo, tiene un humor que no hay quién le aguante.

Estallamos los dos en carcajadas, cuando se abre lentamente la puerta. María José asoma la cabeza y pregunta tímidamente:

—¿Todo bien por aquí? Estáis hablando, no quería molestaros.

—No te preocupes, ya hemos terminado. Volvamos al salón. —Mi padre me agarra de la cintura mientras andamos—. ¿Os quedáis a cenar, verdad? Mari Jose prepara unas tortillas de patatas de infarto.

—Claro que nos quedamos —dice Gabriel, guiñándome un ojo—. Me muero por probarlas.

Le fulmino con la mirada, pero no me opongo, yo también tengo mucha hambre.

Nada más terminar la cena, salimos y, sin mediar palabra, nos montamos en la moto. Gabriel pone rumbo a mi casa y aparca en la puerta.

Me dirijo al portal, y veo que Gabriel me sigue. Me giro bruscamente, lo que le hace pararse en seco.

—¿Adónde te crees que vas?

—Ya empezamos...

—Que yo sepa nadie te ha invitado a subir a mi casa.

—Celia, no tengo ganas de discutir lo mismo una vez más. Tienes dos opciones, o te dejo en el callejón o me quedo contigo en tu casa, tú eliges.

—Prefiero que me lleven los «demonios», a pasar una noche contigo.

—Perfecto, si luego te ves en apuros, no me llames. No tienes ni idea de lo que serían capaces de hacer ahora mismo por llevarte con ellos. Aunque, si prefieres arriesgarte...

Se da la vuelta y empieza a andar hacia la moto.

—¡Espera! —(Vale, ya me ha entrado el miedo)—. Que te quede muy claro que duermes en el sillón.

—Eso ya lo veremos.

Después de darle una almohada y una pequeña manta, me encierro en mi habitación. Tengo mucho que pensar sobre los acontecimientos que han sucedido hoy, aunque la parte en que Gabriel me ha hecho la cobra la borraría de mi mente.

Cosas que meditar:

Cómo puede ser que el librero desaparezca por un pasillo sin puertas, estoy segura de que se me escapa algo y creo que ahí puede estar la solución a lo que estoy buscando...

¡Mi padre tiene novia! Eso sí que no me lo esperaba para nada. Es una mezcla de felicidad por él y de tristeza a la vez. Me hace pensar en mi madre y lo que me hubiera gustado que ella fuera parte de mi vida.

A mi mente vuelve el desplante de Gabriel. Aunque no quiero recordarlo, tenerlo en el salón no ayuda mucho, la verdad. Y pensando en él, me quedo por fin dormida.

Me despierto sobresaltada, todo está muy oscuro. No estoy en mi habitación, de eso estoy segura. Siento frío, me miro los pies y veo que estoy descalza. Avanzo en la oscuridad, creo ver un haz de luz al final de un largo pasillo. ¿Es el pasillo de la librería?, ¿cómo he llegado hasta allí?... Estoy muy asustada, sin embargo, sigo avanzando. Ahora distingo una puerta por la que se cuele un reflejo. No puede ser, yo he estado esta misma mañana y aquí no había nada. Me detengo delante de la puerta y la empujo. En mi pensamiento resuena la voz de Gabriel: «No deberías estar aquí». Pero yo no he ido, alguien me ha traído, alguien que quiere que entre. Y sin pensarlo más, abro la puerta y me asomo para ver qué hay detrás.

Es una habitación grande y fría. En mitad de la sala, solo un butacón de espaldas a mí y una lamparita.

—¡Hola!! ¿Hay alguien aquí?

Mis palabras resuenan en el silencio, asustándome con su profundo eco. Intento retroceder unos pasos, quiero volver, salir corriendo, pero estoy petrificada y no puedo moverme. En mi mente, con todas mis fuerzas llamo a Gabriel. Necesito que venga... Noto un movimiento en el butacón, intento centrar allí la mirada, aunque es difícil con tan poca luz. Me llega la voz del anciano librero, lo que hace que me tranquilice un poco.

—¿Quién anda ahí? —dice con su voz gastada.

—¡Hola! Discúlpeme, soy Celia. No quería entrar aquí, y la verdad es que no sé ni cómo he llegado.

—Has venido porque tenía que ser así, el momento está llegando niña. Es hora de partir.

—¿De partir? ¿Adónde? Todavía no he encontrado el libro y sin él no sé cómo he de llegar.

Se levanta y lentamente camina hacia mí. Según se va acercando, empiezo a distinguir el contorno de su silueta, luego veo con claridad que sujeta algo entre sus manos.

Es un libro.

—Puede ser que lo que buscas esté más cerca de ti de lo que crees.

—¿Ese es...?

—Mira más allá de lo que los demás pueden ver y dime, muchacha, ¿qué ves?

—A usted, con un libro entre las manos.

—¿Nada más?

Miro a mi alrededor. Por primera vez me percato de que hay alguien más en la sala, intento descifrar quién puede ser, aunque está tan oscuro... Mi corazón se acelera de nuevo, no puedo ver quién es, aunque creo adivinar la silueta de una mujer.

—¿Elvira, eres tú?

—No, hija mía. Soy yo. —Sigue acercándose a mí—. Soy... tu madre.

—¿Mamá? —Mis ojos se llenan de lágrimas y me impiden ver con nitidez—. Estoy soñando, ¿verdad?

—¿Qué diferencia un sueño de la realidad? Estoy aquí, mi viaje ha concluido. Me han permitido volver para ayudarte.

Se acerca a mí y nos fundimos en un tierno abrazo. Vuelvo a ser una niña en el regazo de mi madre y no quiero soltarme, solo quedarme enterrada en sus brazos todo el tiempo que pueda. Si es un sueño, no quiero despertar, si es una realidad, por favor, que dure mucho más.

Por desgracia, tengo tantas cosas que preguntarle, que tengo que soltarla para poder hablar. Retrocedo un paso y la miro, grabo en mi memoria su rostro, su pelo, la forma de su cuerpo. Me

parezco tanto a ella.

Me acaricia la cara y me dice con dulzura:

—Ahora tienes que volver. No sufras, yo estoy aquí. Ya no me separaré de ti.

Me despierto completamente bañada en sudor, miro a mi alrededor, vuelvo a estar en mi cama.

Salgo disparada hacia el salón. No sé qué hora es, aunque sigue siendo de noche. Zarandeo a Gabriel, que duerme plácidamente en mi sillón.

—Despierta, despierta, ¡¡despiertaaa!!

—¿Qué pasa? ¿Qué hora es?

—No lo sé, de noche, no importa. Vamos, que tienes que llevarme al callejón.

—¿Te has vuelto loca?

Gabriel se incorpora, se frota los ojos y me mira de arriba abajo. Con las prisas no me he dado cuenta de que llevo una fina camiseta de tirantes y las braguitas como único atuendo.

—¡Mierda! —Me tapo como puedo—. Voy a vestirme, prepárate que nos vamos.

—Por mí no lo hagas. —Sonríe, con su sonrisa de lado, y se tumba de nuevo—. Yo a estas horas no voy a ningún sitio, despiértame cuando haya salido el sol.

—Gabriel, me voy contigo o sin ti. —No obtengo respuesta—. ¡Gabrieeell!

Vuelvo a zarandearle y él como si nada.

—Me rindo, me voy yo sola.

De pronto, con un giro inesperado, Gabriel me agarra y me tira al sillón, me quedo atrapada debajo de él.

—A estas horas no es seguro salir, sea lo que sea tendrá que esperar a que salga el sol.

—Suéltame-ahora-mismo.

—Te soltaré cuando me asegure de que me has entendido.

Forcejeo hasta que, cansada, ceso en mi empeño. Entonces me hago consciente de la postura en la que nos encontramos y veo claro cómo hacer que me suelte. Miro hacia abajo, por supuesto Gabriel no ha traído pijama, lo que le hace estar en ropa interior encima de mí. Me tiene sujeta por las muñecas y su cara queda a poca distancia de la mía. Me arqueo para llegar hasta él, hago que nuestros cuerpos se rocen con ese movimiento y, rápidamente para no darle tiempo de reacción, le beso en los labios. Noto cómo todo su cuerpo se tensa encima de mí, suelta mis manos, lo que me da la posibilidad de agarrarle del cuello y pegarme más a él. No puede alejarse de mí, le he atrapado, sin embargo, no solo me devuelve el beso, sino que se hace cada vez más profundo. Mi estratagema no ha funcionado, pensé que se alejaría y, sin querer, ahora soy yo la que he quedado atrapada. Sé que tengo que parar, no se merece lo que está pasando después del feo que me hizo por la mañana.

Mente fría, Celia; pero es muy difícil pensar cuando siento cómo recorre mi cuerpo con caricias que me hacen llegar al séptimo cielo. Le empujo con todas mis fuerzas y caemos los dos sobre la alfombra, rodamos por el suelo y quedo encima de él. Entre risas vuelve a acercarme a su boca.

Vale, un beso más y me voy. O dos...

Después del tercer beso y, antes de que la cosa se me vaya de las manos del todo, me levanto. Gabriel se incorpora sobre un codo y me mira sin entender nada.

—Lo siento, no me gustaría que por mi culpa no te veas capacitado luego para protegerme. Mejor lo dejamos así, ¿no crees? —Voy hacia mi habitación meneando el cuerpo y, al llegar a la puerta, me giro—. La ducha está ahí. Agua fría, es lo mejor, te lo digo por experiencia. —Le lanzo un beso y desaparezco detrás de la puerta. Sonríe. Ahora estamos empatados.

Una vez en mi habitación me cambio de ropa, quiero salir corriendo al callejón y no pienso esperar ni un segundo, diga lo que diga Gabriel. Solo pido que no haya sido un sueño, que mi madre de verdad esté allí.

Me encuentro a Gabriel en el salón, vestido y esperando con el semblante muy serio. Aunque me siento mal por lo que he hecho, sé que se merecía probar un poco de su propia medicina. Ahora se lo pensará dos veces antes de volver a dejarme con las ganas.

—¿Nos vamos? —le digo suavemente.

—¿Se puede saber a qué se deben tantas prisas?

—Solo a un sueño, que espero con todas mis fuerzas que se haga realidad.

Sin decir ni una palabra más nos montamos en la moto, esta vez sí que me agarro a él. Después de mi pequeña venganza, ya le he perdonado un poco.

Aunque con Gabriel siempre avanzamos a una velocidad de vértigo, esta vez el camino se me hace muy largo. Empieza a salir el sol cuando llegamos a la parte vieja de la ciudad. Igual que tras la noche aparece un nuevo día, este amanecer trae consigo lo que tanto tiempo he necesitado a mi lado. Nos acercamos al callejón mientras pienso que, por suerte, a veces, y solo a veces, los sueños se hacen realidad.

12

En cuanto la moto se detiene, salgo disparada. Gabriel enseguida me da alcance, corre a mi lado sin preguntarme nada a pesar de que no entiende mi prisa. Llego al callejón como una exhalación y freno en seco al cruzar el umbral del callejón escondido. Mi corazón late a mil por hora y tengo la respiración muy agitada, en parte se debe a la carrera y en parte a los nervios que siento.

Gabriel se para a mi lado, le observo y él me mira, se queda pensativo durante unos segundos y entonces su actitud cambia. Ya no tiene esa expresión de que una vez más me comporto como una loca. En un primer momento se queda muy serio, completamente concentrado, después una gran sonrisa aparece en sus labios. Vuelve a centrar su mirada en mí y asiente a la vez que de su boca sale un simple ¡ve, adelante!

Empiezo a andar hacia la tienda de Elvira, es tal la emoción que siento que me falta hasta el aire. Empujo la puerta, despacio, con miedo a que al cruzarla todo se quede una vez más en un sueño. Veo luz en el interior, me quedo parada en la entrada durante un segundo para intentar normalizar mi respiración. Desde el salón me llega el eco de la voz de Elvira, lo que me indica que a pesar de la hora ya está levantada. Sigo escuchando y en esta ocasión me llega el sonido de una segunda voz que no reconozco.

Camino despacio hasta el pequeño salón y Elvira sale a mi encuentro.

—Celia, ¿estás aquí? Pero cómo has sabido... —Se lleva las manos al pecho y sus ojos se humedecen.

—Un maravilloso sueño me ha traído, Elvira. Dime que es verdad, por favor, dime que mi madre está aquí.

Detrás de ella aparece una mujer, la observo, y la reconozco enseguida. Mi padre tiene razón, me parezco tanto a ella... Me acerco despacio, ella no se mueve, solo me mira. Cuando nos separan tan solo unos pasos, me detengo. Dios mío, es tan guapa.

—¿Mamá...? Soy yo, Celia, tu hija.

Ahora es ella la que avanza hacia mí, despacio, mirándome sin pronunciar una sola palabra. Cuando ya no hay distancia que nos separe, levanta sus manos y toca mi cara, acaricia mi pelo, me coge de las manos sin apartar ni por un segundo su mirada de mi rostro. Por último, me abraza, es un abrazo fuerte y a la vez cálido donde sentirme segura, un abrazo cargado de sentimientos, que hace que me sienta de nuevo como una niña en los brazos protectores de su mamá.

Casi en contra de nuestra voluntad, nos separamos, pero no queremos perder el contacto y seguimos agarradas de las manos. Elvira se disculpa y nos deja solas, aunque casi ni nos damos cuenta de que se ha marchado. Llegamos hasta el salón y nos acomodamos en el sillón grande, las dos estamos temblando y necesitamos sentarnos antes de que nos fallen las piernas.

Por fin mi madre comienza a hablar.

—Celia, hija mía. Te dejé apenas recién nacida y ahora eres toda una mujer. —Me acaricia el rostro suavemente y vuelve a cogerme de la mano—. Dejaros a tu padre y a ti ha sido lo más duro que he tenido que hacer en toda mi existencia, pero no tenía opción, tú debías nacer y yo tenía que irme para que llegaras. Eres la elegida, Celia. Solo tú, nacida entre la Tierra y el cielo. La única que puede salvar nuestro mundo. Para ello he tenido que estar ausente de tu lado y me he perdido tantas cosas... No he estado cuando más me has necesitado. —Comienza a temblarle la barbilla, coge aire y sigue hablando—. Debería haber estado aquí para consolarte en los malos momentos, para reír a tu lado rodeadas de felicidad, levantarte de tus caídas y curar tus heridas. Pero quiero que sepas que he velado por ti desde que me fui. Aunque no pudieras verme, yo estaba aquí, a tu lado siempre.

—Mamá, tranquila, sé que tuviste que hacerlo. El día que recibí tu carta, aunque te aseguro que me costó, empecé a entender muchas cosas. ¡Me alegro tanto de que estés aquí!

Vuelvo a abrazarla, de nuevo encuentro en sus brazos paz y protección, podría estar horas así. Pero mi madre empieza a hablar de nuevo, bajándome de mi nube.

—El tiempo se está agotando, tenemos que ser rápidas en esta misión, necesito que me cuentes todos los avances que hayas hecho.

—Pues no muchos, la verdad. He descubierto una nueva habitación en la biblioteca, puede que allí encontremos lo que buscamos.

—Iremos juntas, es posible que allí lo hallemos.

—Sí, mamá, tú y yo juntas. —Entonces me viene a la mente mi padre—. Y después iremos a ver a papá... Madre mía, cuando te vea, se va a quedar sin habla.

—No, Celia, tu padre no puede saber que estoy aquí. Me han concedido venir en tu ayuda, pero inevitablemente tendré que volver cuando consigamos lo que buscamos. No sería justo para tu padre que me viera para perderme de nuevo.

—Pero, mamá, él sería tan feliz como yo en este momento, no ha dejado de quererte en todo este tiempo.

—Lo sé, hija, por eso puse en su camino a su alma gemela. Siempre nos querremos, de eso puedes estar segura, pero ahora ya no estará solo.

—¿Tú mandaste a María José? La verdad es que hacía mucho tiempo que no le veía sonreír de esa manera.

—Ahora, aunque no tiene que ser para siempre, tú también le dejarás. Necesitaba a alguien que le consolara, yo solo hice que se cruzaran, el resto ha sido cosa de ellos.

—¿Y tú? —Una angustia me cierra la garganta.

—¿Yo? Yo le esperaré en el cielo, allí nos encontraremos de nuevo. —Sus ojos se llenan de lágrimas, y la abrazo de nuevo.

En ese momento miro por encima de su hombro y veo que hay alguien más en el salón. Gabriel nos mira, apoyado en la pared con su pose de chico malo, y juraría que sus ojos están un poco brillantes, el durillo es todo un sentimental.

—Mira, mamá, me gustaría presentarte a alguien.

Nos levantamos del sofá y, en cuanto mi madre se da la vuelta, una gran sonrisa le cruza el rostro.

—¡Gabriel! Es un placer verte de nuevo.

—Olivia, el placer es mío. Para mí es un orgullo estar en tu presencia.

—Te agradezco enormemente que hayas protegido tan bien a mi hija. No podría haber elegido a alguien mejor que a ti. ¿Lo entiendes, verdad?

—Vale, que ya os conocíais por lo que veo, ¿no? —les digo, aunque ellos siguen con su conversación como si nada.

—Sabes que por ti daría mi vida, por eso acepté esta misión, aunque tengo que decirte que está siendo la más difícil de toda mi existencia. —Mi madre se echa a reír sin remedio.

(¿Está hablando de mí como si yo no estuviera?, será capullo...)

—Quiero que sepas que para mí tampoco ha sido fácil aguantarte —digo, apuntando a Gabriel con el dedo. Luego me dirijo a mi madre—. Tiene un humor insoportable.

Al final, todos rompemos en carcajadas.

—Celia, adelántate con Gabriel a la biblioteca. Yo iré después de tomarme un té con Elvira y ponernos al día sobre varios asuntos.

La agarro fuerte de la mano y se me borra la sonrisa, al contrario que a mi madre que con una dulce mirada sigue sonriendo mientras me habla.

—Tranquila, no me voy a ningún lado, ya no. En unos minutos me reúno contigo de nuevo.

—Pero mamá... —Me siento como una niña pequeña.

—Anda, ve. —Me deja un beso en la frente y a mí se me encoge el corazón.

—No te puedes ni imaginar la cantidad de veces que he soñado con un beso tuyo.

—Lo sé, soñabas con la misma fuerza que yo me imaginaba dándotelos. Recuperaremos los momentos perdidos, te lo prometo. Pero ahora el tiempo apremia, ve a la biblioteca, hija, usa tu instinto y darás con ello. Nos reuniremos en unos minutos.

Gabriel me agarra por los hombros para dirigirme a la salida, a la vez que me tiende un pañuelo.

—¿Tú usas pañuelo? No te pega nada...

—Anda, tira, llorona.

Llego a la biblioteca con fuerzas renovadas, siento que esta vez lo encontraré, estoy segura. Me dirijo directamente a la nueva habitación que he descubierto, seguida por Gabriel que no me ha soltado ni para entrar por la puerta. Estoy tan feliz que siento que puedo flotar. Y por un impulso, que ni yo sé por qué me viene, me giro y lo agarro por el cuello. Mi beso salvaje le pilla por sorpresa, aunque noto cómo enseguida se recupera y me lo devuelve. Antes de que vaya a más, me separo de él.

—¿A qué ha venido esto?

—A nada, solo necesitaba desfogarme un poco porque siento que voy a explotar de felicidad.

—Perfecto, pues nada, aquí me tienes para cuando lo necesites.

Se separa de mí rumiando que lo que tiene que aguantar no tiene precio y yo casi me parto de la risa, sé perfectamente que le tengo en el bote.

—Qué te parece si tú empiezas por ese lado y yo por este otro, así será más rápida la búsqueda.

—Sí, mejor cada uno por su lado no vaya a ser que te dé otro arrebató de felicidad. ¿Qué busco exactamente?

—No lo sé, algo diferente, algo que no tendría por qué estar aquí.

—De acuerdo.

—Y luego nos encontramos en el centro, si quieres —digo, a la vez que le guiño un ojo.

—Qué graciosa —dice mientras se aleja.

Me voy hacía mi sitio y empiezo a buscar, tengo un gran presentimiento. Abro todos los rollos; aunque no entiendo nada de lo que pone en ellos, reviso uno a uno cada manuscrito.

Cada dos por tres levanto la mirada hacía la puerta, estoy ansiosa por que mi madre se una a nosotros. Me concentro en mi cometido, hasta que en medio de un montón de rollos, al final de la última estantería del pasillo, encuentro uno que me llama la atención. Lo abro con cuidado, parece

mucho más antiguo que los demás. Intento leerlo y, aunque tampoco lo entiendo, me doy cuenta de que está en un idioma diferente al resto. Salgo hacia donde está la mesa, buscando más luz. Lo extiendo por completo y llamo a Gabriel, que viene enseguida.

—Mira lo que he encontrado. —Le miro, tiene la cara y las manos completamente negras—. ¿Dónde te has metido?, ¿hay una mina al final de la sala? —digo mientras busco el pañuelo que me ha dado antes, para intentar limpiarle un poco.

—Me has mandado al peor sitio, te crees que no me he dado cuenta. Hace varios siglos que nadie se ha adentrado allí, seguro.

Me río mientras sigo limpiándole la cara, cuando oigo un carraspeo detrás de mí.

—¿Interrumpo?

Me giro y me encuentro con la preciosa sonrisa de mi madre.

—¡Mamá!... Para nada, lo que pasa es que he encontrado algo. —Le doy el pañuelo a Gabriel—. Toma, sigue tú.

Mi madre se acerca y examina el manuscrito.

—Es un idioma muy antiguo, apenas lo reconozco. —Se concentra durante un momento mientras sigue mirándolo—. Celia, creo que lo has encontrado.

—¿De verdad? ¡Por fin! —Aplaudo mientras doy saltitos.

—Gabriel, date prisa. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Adónde va? —pregunto a mi madre, mientras le veo salir deprisa.

—Necesitamos ayuda, alguien que conozca este idioma. Solo una persona puede hacerlo.

En ese momento me inunda una sensación extraña, miro a mi madre y me sonrío. Ya no estamos solas en la habitación, noto perfectamente una presencia detrás de mí. Me giro y veo una tenue luz, que se hace más intensa según se va acercando a nosotras.

—Hola, papá. —Mi madre abre los brazos, de esa luz surge un cuerpo y se funden en un gran abrazo.

Entonces se dirige a mí.

—Hola, Celia.

—Hola, abuelo.

Me acerco a ellos y ahora los tres nos fundimos en un precioso abrazo donde no hay necesidad de decir nada, las emociones hablan por sí solas.

Mi abuelo habla de nuevo.

—Gabriel me ha llamado, ¿dónde está el manuscrito?

—Aquí, abuelo, sobre la mesa.

Lo coge entre sus manos y lo examina despacio, los nervios me encogen el estómago. Mi madre, que se da cuenta de mi estado, se acerca a mí y pasa su mano por mis hombros mientras me susurra que esté tranquila.

—No hay duda, aquí dice exactamente cómo pasar al otro lado. Nos explica dónde está el portal y cómo utilizarlo.

Mi madre me mira y me sonrío.

—Ha llegado el momento, ¿estás preparada?

—Sí, estoy preparada, pero no puedo irme sin despedirme de mi padre, de mis amigas. Tendría que pasar por mi casa y recoger mis cosas y...

—Tranquila, cielo, habrá tiempo para eso, nos ocuparemos de todo, no te preocupes. Llamaré a Gabriel para que te acompañe. Pero no podéis tardar mucho, ahora más que nunca corréis un gran peligro ahí fuera. Olvídate de las cosas materiales, no te harán falta allí donde vas.

—Mamá, esto impone mucho, estoy bastante asustada. Tengo miedo.

—No lo tengas, tu abuelo y yo estaremos contigo en todo momento. Mañana, a esta misma hora, partiremos. Ve, hija... Y piensa que no es una despedida, es solo un hasta luego —añade mientras me alejo.

Tengo unas ganas irrefrenables de llorar mientras me acerco a Gabriel, que ya me espera al pie de su moto. Le miro, no digo nada porque no puedo hablar. Se acerca y me da un dulce beso en los labios mientras me susurra bajito que esté tranquila y que todo va a salir bien.

Me lleva directamente a mi casa, vamos prácticamente volando, no tenemos tiempo que perder. En cuanto entro por la puerta, pongo un mensaje en el grupo de las locas de mis amigas diciendo que tenemos reunión en mi casa a las ocho en punto, y después otro a mi padre para decirle que Gabriel y yo iremos a comer con él. Mientras espero las respuestas de todos ellos, me pongo a recoger mi casa, quiero dejarla perfecta, como lo haría si me fuera a unas largas vacaciones. Enseguida el móvil empieza a pitar como un loco.

El primer mensaje es de mi padre: «Que alegría me das, hija, os veo luego. Un beso».

Sin querer, los ojos se me inundan de lágrimas. Qué disgusto se va a llevar el pobre. Abro el siguiente mensaje, ya me han contestado todas. A ellas tendré que engañarlas un poco, menos a Sofía, que es la que más sufrirá, pero porque se va Gabriel, no por mí, seguro.

Sofía: «Hola, pendón. Por fin sabemos algo de ti. No tienes ni idea del lío que hay montado en la oficina, y no te digo de cómo está Álvaro de desesperado...».

Sara: «Celia!! Estábamos preocupadas, llevamos días sin saber de ti».

Yoli: «Hombre! Allí nos vemos, tienes mucho que contarnos. Que nadie lleve comida, por favor».

Ana: «Jolín, Celia, nos tenías de los nervios. Llamé a tu padre y me dijo que estabas bien, pero aun así...».

Yo: «Lo siento, chicas, he estado ocupada. Luego os cuento. Recordad, a las ocho en mi casa».

Todas me dan su *OK*. Ya está hecho, las personas más importantes de mi vida están avisadas y la casa lista. Gabriel me espera en el salón, aún queda un ratito para irnos a casa de mi padre, así que me siento a su lado en el sillón.

—Estoy muy nerviosa, no sé qué les voy a decir a todos. Esto va a ser muy duro para ellos y también para mí.

—Lo entiendo. —Nos quedamos los dos en silencio, hasta que Gabriel lo rompe—. No es para siempre, algún día volverás, no te preocupes.

—¿Nos vamos? No puedo con esta espera.

Llego a casa de mi padre como un flan. Nos abre la puerta muy contento, sin embargo, en cuanto ve mi expresión, se le borra la sonrisa. Pasamos al salón donde nos recibe María José con un gran abrazo. (Definitivamente, me encanta esta mujer). Mi padre se acerca a mí y me sujeta por el codo, a la vez que me susurra al oído que si hay algún problema. Para no estropearle la comida le digo que no y que hablamos después, así que un poco más tranquilos nos sentamos a comer.

Después de una deliciosa comida ha llegado el momento de la verdad, mi padre y yo subimos a la que fue mi habitación y nos sentamos en mi antigua cama.

—A ver, hija, me tienes en ascuas. ¿Hay alguna novedad?

—Verás, papá... —Me tiembla la voz y necesito coger aire para continuar—. Ha llegado el momento.

—¿El momento de qué? —El pobre no entiende nada.

—El momento... de que me vaya.

—¿Cómo?! —Su gesto cambia por completo.

—He encontrado lo que buscaba, no era un libro, sino un manuscrito. Me voy mañana. —Mi madre viene a mi mente, es tan injusto no decirle nada. Seguro que se quedaría más tranquilo si supiera que está aquí y que estará conmigo en todo momento.

—¿Cómo que te vas mañana? ¿Adónde? Yo no sabía que te irías. ¿No puede ser de otro modo? —Su tono sube por momentos—. ¡No, Celia! Tú no vas a ningún lado, ya me quitaron a tu madre y no permitiré que me quiten a mi hija también.

—Tranquilo, papá, no es para siempre, voy a cumplir mi misión. Volveré, te lo prometo, no te abandonaré. Además no estaré sola... —(No sé qué hacer... ¿se lo digo?).

—Sí, ya sé que Gabriel no te deja ni a sol ni sombra. ¿Cuándo volverás?

—No lo sé, papá.

Me mira con los ojos llenos de lágrimas y se abraza a mí. No puedo con la angustia y rompo a llorar en su hombro. Por él, por el miedo que siento. Y decido que se merece saberlo, así que me armo de valor y empiezo a hablar.

—Papá, no solo será Gabriel quien me acompañe, hay dos personas más que han venido a buscarme.

—¿Dos personas?

—Sí, a ver cómo te lo digo... —Mi padre me mira completamente intrigado y decido empezar por la parte sencilla—. He conocido a mi abuelo, el padre de mamá, hace un tiempo vino a ayudarme y ahora ha vuelto para acompañarme.

—¿Me estás hablando en serio? Tu madre me habló de él, me dijo que era un hombre muy importante. Pero no tenía ni idea de que estuviera vivo, de hecho juraría que ya no... —Su voz se va apagando a la vez que va entendiendo el asunto—. ¿Quién es la otra persona, Celia?

El tono de su voz y la expresión de su cara me dejan claro que no tiene ninguna duda, ya sabe de quién se trata.

—Papá... Puff, qué difícil es esto. Vale, sin rodeos. Mamá está aquí, ha venido a ayudarme. —Me mira sin decir nada, el color de su cara ha desaparecido y empiezo a preocuparme. Le cojo de las manos y siento que las tiene congeladas. Aun así, ya que he empezado, le sigo contando todo hasta el final—. Ella no quería que te lo dijera para que no sufras de nuevo. No ve justo veros para volver a perderos. Pero lo que yo no veo justo es que no lo supieras, estoy segura de que te quedarás mucho más tranquilo sabiendo que estoy con ella.

—Celia, ¿dónde está? Quiero verla, necesito verla, por favor.

—No, papá, no puede ser. Sufrirías mucho más. Ahora ya no estás solo y yo volveré pronto, ¿vale? Quiero que estés tranquilo y que me esperes.

Nos abrazamos de nuevo, y lloramos por la pena de nuestra separación. Aunque yo siento que en sus lágrimas hay algo más. Una pena enterrada que en su momento le partió el corazón y que vuelve a aflorar.

Salgo de casa de mi padre completamente hundida, y aún me queda otra despedida. Antes de torcer la esquina, miro hacia atrás y allí está mi padre, diciéndome adiós desde su puerta como hace siempre hasta que le pierdo de vista. Le digo adiós con la mano incluso cuando ya no le veo, me agarro fuerte a Gabriel y las lágrimas acuden a mis ojos sin poder evitarlo.

Llegamos a mi casa, me he recuperado lo suficiente como para enfrentarme ahora a mis amigas, aunque con ellas será más fácil ya que solo les diré que me ha salido un puesto de trabajo en otro país y estaré lejos un tiempo. Con todas menos con Sofía, le pediré que se quede después y le explicaré lo que está sucediendo.

Nada más llegar suena el portero, la primera en llegar es Sara y después una a una van llegando todas. Gabriel ha tenido la delicadeza de meterse en mi habitación para dejarnos un poco de intimidad. Las reúno en el salón y, muy nerviosa, empiezo a hablar.

—Bueno, chicas, ante todo quería pedir os perdón por haberos asustado, no he podido comunicarme con vosotras durante estos días. Os diré que he estado haciendo prácticas en una nueva empresa y ¡me han cogido! —Intento darle veracidad a mi discurso, pero noto que me está saliendo un poco forzado, así que cojo aire e intento tranquilizarme un poco—. La parte mala es que tendré que viajar a Bruselas.

—¡¡¿A Bruselas?!! —gritan todas a coro, bueno todas menos Sofía que me mira con cara de circunstancias.

—¿Cuántos días? —pregunta Yoli.

—Pues... —Me está costando más de lo que me suponía—. Indefinidamente.

—¡¡¿Cómo?!! —Corean de nuevo.

—Me ha salido un puesto fijo allí y lo he aceptado.

—Eso no es posible, ¿qué vas a hacer tú sola en Bruselas. ¿Y tu padre? Le habrás dado un disgusto tremendo. —Esta vez la que habla es Ana.

—Esa es la parte graciosa de la historia, ¡mi padre tiene novia! No me lo podía ni creer, la verdad es que es una mujer encantadora, ya hasta viven juntos. Claro que se ha puesto triste, pero no le he dado otra opción.

—¿Y cuándo te vas? —pregunta Sara muy seria.

—Mañana por la mañana.

—¿Mañana? —Empieza un murmullo generalizado y yo ya no las escucho, solo miro a Sofía que llora silenciosamente. Se disculpa y se va al baño.

Después de muchas preguntas más, de abrazos, de lloros, risas y más lloros, mis amigas una a una se van yendo. No sin antes obligarme a prometer que llamaré, escribiré y que volveré por vacaciones. Promesas que yo no podré cumplir.

Por fin, nos quedamos solas Sofía y yo. Vuelvo al salón y me la encuentro muy seria y con la mirada perdida.

—Antes de que me echas la bronca, déjame que te dé una sorpresa.

—No, si la sorpresa ya me la has dado. ¡Porque no te vas a Bruselas ni nada que se le parezca!

—Espera, espera. Voy a por la sorpresa.

Salgo corriendo a mi habitación y me encuentro a Gabriel dormido en mi cama, me da pena despertarle, pero necesito que me ayude con Sofía que me da más miedo que mi padre. Me siento a su lado y le acaricio el pelo a la vez que susurro su nombre. Abre los ojos y me sonrío. Tiene una sonrisa tan bonita... Le pido que se levante que le espero en el salón, pero se despereza y me coge por el cuello a traición haciendo que caiga encima de él entre risas. Rodamos en la cama y me escabullo por el otro lado.

—Estate quieto, Sofía está en el salón esperando para verte —digo, arqueando las cejas varias veces.

—¡Que ilusión! —dice a la vez que pone morritos.

—¡Vamos! Te espero fuera.

Cuando vuelvo al salón Sofía me mira impaciente.

—¿Y bien?

—Solo tienes que esperar un poquito.

—Celia, me parece increíble que con lo que está pasando tú encima estés de cachondeo, jugando

a no sé qué. Siéntate aquí y cuéntame todo ahora mismo, porque la historia que le has contado a las chicas no te la crees ni tú. Si te piensas que...—De pronto se queda callada mirando hacia la entrada del salón con cara de tonta. Sigo la trayectoria de su mirada y me encuentro con Gabriel que aparece por el pasillo sin camiseta, descalzo y despeinado. La imagen que presenta hace que se nos seque la boca a las dos, sobre todo a Sofía que la tiene completamente abierta—. ¡Gabriel! Qué gusto verte, no tenía ni idea de que estabas aquí.

—Hola, Sofía, ¿cómo te va?

—Pues hasta hace un momento mal, pero la cosa ha mejorado bastante.

Gabriel le suelta una de sus sonrisas ladeadas que hace que mi amiga se derrita en el sillón. Y yo me pregunto, ¿dónde se ha quedado la pena que tenía hace un momento?

—Bueno, Sofía, cuando centres tu atención en mí de nuevo, te explico lo que me ha pasado estos días.

—¿Eh...? Sí, sí. Ahora en un momento estoy contigo.

Le suelto un cojinazo que la devuelve a este mundo y, después de soltarme varias palabrotas, a cual más bonita, empiezo a contarle mi historia. Cuando llego a la parte de que mi madre y mi abuelo están esperándome para irnos juntos, mi amiga está completamente alucinada y emocionada a la vez.

—¿Tu madre y tu abuelo? Pero, Celia, ellos están... no me atrevo ni a decir la palabra.

—Muertos, sí, amiga. Pero solo en la Tierra. Por eso no pueden quedarse, únicamente han venido para acompañarme.

—¿No tienes miedo?

—No tiene por qué tenerlo, estará acompañada por todos nosotros —habla Gabriel por primera vez.

—¿Espera un momento? ¿Tú también te vas? —La cara de mi amiga no tiene precio—. Pero y si vienen a por mí otra vez, no tendré a nadie que me proteja.

No puedo evitarlo y suelto una carcajada, aunque Gabriel con voz muy dulce le explica:

—No te preocupes, una vez que Celia se vaya, tú ya no les sirves para nada. Te aseguro que no te tocarán.

—¿Pero y si por vengarse vienen a por mí? —insiste mi amiga.

—Vamos a ver, Sofía, ellos quieren lo que yo he encontrado y te aseguro que está a buen recaudo. Tendrán que buscarse otra guerra para apoderarse de la energía de la Tierra. —(No sé si ha sido buena idea dejar que saliera Gabriel, ¡no me está haciendo ni caso!).

Después de un buen rato discutiendo con Gabriel sobre el hecho de que no volverán a acercarse a ella, empieza la despedida. Sea como sea, Sofía es mi mejor amiga, la quiero con toda mi alma y me da mucha pena tener que dejarla. Unos cuantos abrazos después y a punto de irse, me suelta algo que yo tenía olvidado.

—Oye, ¿y qué pasa con Álvaro? ¿No vas a decirle nada? Por el trabajo no te preocupes que ya hablo yo por ti, pero creo que Álvaro se merecería una despedida.

Sin querer miro a Gabriel de reojo, me está mirando con una expresión molesta por el comentario de Sofía.

—No puedo, ya no me queda tiempo. Dile que he tenido que irme, que no le cojo el teléfono porque para mí es muy duro despedirme de él y que algún día volveremos a vernos. ¿Puedes hacerlo por mí?

—Por supuesto, lo haré por ti. Y si tengo que pedirle que me invite a cenar, pues tendré que hacerlo, porque, claro, no me gustaría hablar de este tema en la oficina...

—No tienes remedio, amiga. Voy a echarte tanto de menos...

—Ya lo sé, pero va a ser poco tiempo, ¿verdad?

—Eso espero.

Nos damos un último abrazo y la veo marcharse de mi casa tan triste como nunca la había visto antes. Otro pequeño roto en mi corazón.

Cuando nos quedamos solos, le digo a Gabriel que ya no tenemos nada que hacer aquí, que deberíamos volver al callejón escondido, allí estaremos más seguros. Y además estoy loca por volver con mi madre.

Antes de cerrar la puerta de mi casa, miro hacia atrás. Recorro con la mirada el que ha sido mi hogar durante los últimos años, lo voy a echar de menos. Gabriel pone la mano en mi hombro, le miro y él me sonríe para darme ánimos.

Decido pasar por casa de Marga, mi vecina, y me despido diciéndole que voy a salir de viaje y que me gustaría que le echara un vistazo a mi casa de vez en cuando. Después de eso salgo de allí sin mirar atrás.

Como descubriré más adelante, mientras salimos a la calle y nos montamos en la moto, hay alguien que nos observa. Escondido dentro de un coche para no ser descubierto, espera pacientemente a que iniciemos nuestra marcha. Nos sigue como puede por la velocidad que llevamos, hasta llegar a nuestro destino. Y así, aunque alejado de nosotros y sin saber a qué se enfrenta, se dirige al callejón escondido.

13

Llego al callejón con una mezcla de sentimientos que me producen dolor. Son tantas cosas las que dejo atrás. Mi padre, la persona más importante de mi vida, siempre a mí lado cuidando de mí; las locas de mis amigas; el hombre de mis sueños que tanto me costó conseguir; un trabajo que no me encantaba, pero en el que estaba a gusto; mi casa que con tanto esfuerzo he mantenido. Se me hace un nudo en el estómago y lo que necesito es salir corriendo de allí. Por otro lado, lo que he ganado estos últimos meses hace que me enfrente al futuro con ilusión y sin miedo: mi madre, por la que hubiese dado mi vida solo por haberla conocido, mi abuelo otra grata sorpresa para mí, Elvira con su ayuda incondicional, y, cómo no, Gabriel. Aunque ha sido una pesadilla, ¿a quién quiero engañar? Estoy profundamente enamorada de él.

Camino hacia la tiendecita y mi madre sale a mi encuentro, la observo mientras me acerco. No puedo creer que esté allí, delante de mí. Observo su silueta, su pelo, la forma de su rostro, su mirada, su sonrisa y me veo reflejada en ella. Creo oír la respuesta de mi padre, cuando yo siendo niña le preguntaba ¿papi, cómo era mamá?, y él con la mirada empañada siempre me repetía ¡igual que tú, ratoncita! Y no me engañaba, me parezco tanto a ella...

Me refugio en sus brazos, se han convertido en mi lugar favorito en el mundo, y ella me acaricia el pelo, lo que hace que todos mis miedos y mi angustia desaparezcan.

—¿Está todo listo, hija? Has vuelto pronto.

—Sí, mamá, lo más duro ha sido despedirme de papá. Lo siento, pero he tenido que contarle que estás aquí...

—No... Celia, ¿por qué lo has hecho?

—No he tenido alternativa, de otra manera no me hubiera permitido venir. Sabe que estoy en buenas manos, ha sido la única manera de conformarle.

—Pobrecillo, cómo tiene que estar sufriendo. Espérame aquí, voy a por un té y me cuentas todo.

Estoy muy cansada, así que decido sentarme en la mesita de fuera para esperarla, cuando veo que Gabriel se acerca a mí.

—Me voy un momento, me quedan algunas cosas por hacer antes de marcharnos.

—¿Tienes que despedirte de alguien en particular?

—Puede... —El asqueroso quiere darme celos, lo sé por su sonrisa maliciosa.

Le saco la lengua y él se aleja sonriendo. (Madre mía, qué cuerpo tiene, se lo recorro entero con la mirada). En ese momento se da la vuelta y me pillaba babeando, me guiña un ojo y se monta en su moto.

Cuando sale disparado, me doy cuenta de que me he quedado completamente sola y un escalofrío me recorre el cuerpo. Sin saber a qué se debe, mis sentidos se activan. Estoy a punto de meterme corriendo en la tienda, cuando un pequeño movimiento cerca de mí capta toda mi atención y hace

que se me hiele la sangre. Estoy petrificada, mi cabeza me dice que salga corriendo, pero mi cuerpo no me responde. De la oscuridad surge una silueta, se acerca a mí despacio, y yo estoy a punto de gritar cuando alguien me tapa la boca.

—Shhh... No grites, tranquila, soy yo. —Reconozco esa voz enseguida, le quito la mano con suavidad y me vuelvo hacia él.

—¡¡Papá!! ¿Pero qué haces aquí?, ¿cómo me has encontrado?

—Lo siento, hija, cuando te fuiste de casa no paraba de darle vueltas al asunto. Cogí el coche y, sin pensarlo dos veces, me instalé en la puerta de tu casa, hasta que os vi salir y os seguí. —El pobre camina arriba y abajo mientras habla sin poder esconder los nervios que tiene, con los ojos brillantes sigue hablando—. Tienes que entenderlo, no puedo dejar que vuelva a irse así, no puedo perder la oportunidad de hablar con ella y decirle adiós. ¿Lo entiendes, verdad?

—Claro que te entiendo, ella es el amor de tu vida y eso no lo va a cambiar ni la distancia, ni incluso la muerte.

Abrazo a mi padre, que ahora llora abiertamente en mi hombro, cuando, de pronto, el impacto de un golpe y el estallido de cristales nos hacen girarnos. Mi madre, con la bandeja colgando de una mano, en la que supongo que traía las tazas de té, nos mira impresionada.

—Manuel... —El nombre sale de su boca y su voz se entrecorta.

—Olivia... —Mi padre me suelta y se acerca a ella, la mira a los ojos durante un segundo—. Dios mío, Oli.

Se funden en un tierno abrazo, los dos lloran y se mantienen en silencio. Mi padre se separa durante un segundo, le toca el pelo, acaricia su rostro, vuelve a abrazarla. Susurra en su oído palabras bonitas, tantas cosas no dichas, tanto amor guardado durante años. Todo aflora de nuevo entre ellos, se miran, se abrazan, ríen entre lágrimas. Mi madre brilla y mi padre sonrío, como solo a ella le ha sonreído en su vida. Unos minutos después, parecen percatarse de que estoy allí, abren los brazos y me invitan a participar de ese momento tan íntimo para nosotros. Nunca me habría imaginado estar abrazando a mis padres a la vez. Los dos me besan y yo estoy inmensamente feliz.

Pasado un momento, decido dejarles un poco de intimidad, les invito a que pasen al salón y se pongan al día, yo me reuniré con ellos en un momento. Tienen tanto de qué hablar y por desgracia no demasiado tiempo. Me quedo de pie un momento sin saber qué hacer, les veo alejarse cogidos de la cintura como dos adolescentes, mi padre diciéndole algo al oído, ella riendo a carcajadas, y yo me siento dichosa. Sin embargo, por mis mejillas caen lágrimas, ahora entiendo a lo que se refería mi madre, mañana la despedida va a ser muy dura.

Noto que me rodean la cintura y doy un respingo, veo delante de mis ojos un pañuelo que alguien me tiende. Gabriel me abraza desde atrás, su calor me consuela.

—Sé que no debería haberle dejado entrar, pero no he podido prohibírselo.

Me vuelvo hacia él y le miro a los ojos.

—¿Sabías que mi padre estaba aquí?

—Lo vi nada más salir de tu casa, como espía deja mucho que desear.

—¿Y se puede saber por qué no me dijiste nada?

—Tú también pensabas que lo mejor era que se despidieran, de lo contrario, no se lo habrías contado.

—Tienes razón, yo también deseaba que se vieran de nuevo, aunque sea solo unas cuantas horas. Lo importante es disfrutar el momento y ser feliz.

—Pues dejémosles despedirse tranquilos, si te parece bien. Mientras, aprovechando que

estamos aquí los dos solos, me gustaría hablar contigo. Verás... quería pedirte disculpas.

—¿Disculpas?

—Sí, he sido un cobarde.

—¿Un cobarde?

—¿Vas a repetir todo lo que digo, o vas a dejarme hablar?

—Perdona, continúa, por favor.

(Que genio tiene este chico...)

—El día que te rechacé, solo fue por miedo. Hacía mucho tiempo que alguien no despertaba esta clase de sentimientos en mí. Me asusté, no puedo negártelo. Pero la verdad es que desde la primera vez que te vi...

Gabriel deja de hablar durante un segundo y yo, emocionada, le animo a continuar:

—¿Qué, Gabriel?

—Pues que me desesperaste. Nadie, en todas mis vidas, ha conseguido sacarme de mis casillas como tú lo has hecho estas últimas semanas.

(Acabo de quedarme con la boca abierta).

—¿En serio? Pues me parece bastante difícil, porque con el carácter que tienes...

—¿Lo ves? Siempre tienes respuesta para todo, si no dices la última palabra, revientas.

—¿Esta es la clase de disculpas que querías darme? Pues muy bien, me parece que la conversación ha terminado.

Me giro para marcharme, pero me detiene cogiéndome de la mano.

—Espera, no te vayas. Verás, esto es muy difícil para mí.

—¿El qué, insultarme? Pues a mí me parece que se te da muy bien.

—¿No puedes callarte ni un solo segundo?!

Me doy la vuelta de nuevo para irme, indignada por el grito que acaba de darme. Qué se habrá creído este para hablarme así. Pero como no he conseguido soltarme de su mano, de pronto tira de ella y caigo directa en sus brazos.

—¿Es que no te das cuenta? Estoy intentando decirte que me he enamorado de ti.

—¿Sí? Pues bendita forma de demostrármelo tienes. Crees que puedes hablarme como te parezca y luego decirme... Espera un momento, ¿qué acabas de decir?

—Celia, estoy enamorado de ti.

—Eso me había parecido escuchar, pero claro, como un segundo antes me estabas diciendo que si te sacó de tus casillas y...

Gabriel se acerca y me deja un pequeño beso en los labios, impidiendo que siga con mi discurso. Lo que pasa es que cuando me pongo nerviosa no puedo callarme y ese momento está siendo muy fuerte para mí. Intento volver a hablar y deja otro suave beso en mis labios.

—Si solo así consigo que estés calladita, puedo tirarme la noche entera dándote besos.

—Esa es la mejor idea que has tenido hoy.

Ahora soy yo la que acerco mis labios a los suyos, pero esta vez no es un casto beso el que nos une. Él me acoge entre sus brazos con necesidad, y yo no puedo dejar de pensar que solo en sueños me habría imaginado a Gabriel declarándose de esta manera. Es tal la emoción que me embarga que la luz surge de mi interior sin apenas darme cuenta. Brillo con toda la fuerza de mi poder, conocida hasta el momento. Él se une a mí formando un resplandor cegador. Nuestros pies se separan del suelo levemente mientras nuestro beso continúa, estamos flotando por nuestras emociones, literalmente.

Mientras giramos en el aire nuestro poder aumenta. Entre besos, miradas y risas, para nosotros

el tiempo se detiene. Y no somos conscientes de lo que está sucediendo a nuestro alrededor. El resplandor de nuestros poderes unidos no ha pasado desapercibido para los que con tanto ímpetu nos buscan. Un cúmulo de nubes, más negras que la noche, se cierra de pronto sobre nosotros haciéndonos descender. Desde ellas un haz luminoso cruza el aire y cae cerca de nosotros en forma de rayo. Por suerte, estamos protegidos y choca contra el escudo que nos blindando provocando un sonido ensordecedor, y tras él un eco que parece no tener fin.

Todos acuden a nosotros llegando desde un punto diferente, nos reunimos dejando en el centro a los más desprotegidos en un intento de defenderlos. Miro a mi alrededor y veo las caras preocupadas de mi madre, mi abuelo, y el viejo librero. Gabriel y yo cerramos el círculo preparados para lo que venga. En la parte de dentro, puedo ver a mi padre tranquilizando con un abrazo protector a Elvira, que tiene un gesto de verdadero terror. Me acerco a mi madre, me da la mano y me la aprieta fuerte, le pregunto qué es lo que está pasando, su respuesta es simple. Saben que lo hemos encontrado, no pararán hasta arrebatar nos el pergamino. Veo cómo mira de reojo a mi padre y su expresión se entristece a la vez que me dice con premura, es hora de partir. Pero mi preocupación aumenta, no podemos dejarlos aquí.

¿Qué pasará cuando nos vayamos? ¿Qué pasará con ellos?

Las preguntas no pasan de mi garganta, donde se instalan en forma de un nudo que me impide respirar. Gabriel se acerca a mí, mientras yo lucho con todas mis fuerzas por intentar que entre aire en mis pulmones.

—Tranquilas, no permitiré que nada os pase. Tenéis que ir, ahora.

—¿Tenemos? ¿No vienes conmigo? —Empiezo a hiperventilar y me estoy mareando.

—Mírame. —Me coge el rostro entre sus manos para que centre toda mi atención en él—. Necesito que te calmes, yo iré justo detrás de ti. Primero voy a asegurarme de que todo el mundo se queda a salvo.

Mi madre, que sigue cogida de mi mano, me habla en un tono tranquilizador.

—Yo estoy contigo, ahora y siempre. Tranquila.

El nudo se afloja lo suficiente para que una pequeña bocanada de aire entre, en ese momento mi abuelo ya está metiendo a todo el mundo en la librería, excepto Gabriel y él mismo que se quedan fuera.

Delante de nosotros, el librero, que lleva el pergamino en sus manos, nos muestra el camino. Una última mirada atrás me hace ver a mi abuelo y a Gabriel iluminados por un nuevo rayo todavía más ensordecedor, mientras inician una veloz carrera. Me muerdo los labios tan fuerte que noto el sabor metálico de la sangre en mi boca. Nos introducimos en el mismo pasillo en el que tiempo atrás estuve y que después apareció en mis sueños.

Los truenos resuenan dentro de la librería lo que nos hace sobresaltarnos.

Llegamos al final, encontrando la misma pared que me cerró el paso la última vez. El librero pasa su viejo bastón por delante de los ladrillos y la pared con un leve quejido cede para darnos paso. Seguimos nuestro camino, la oscuridad se cierne a nuestro alrededor en este nuevo tramo, solo la mano de mi madre, que avanza con paso seguro, me hace continuar.

Llegamos al centro de lo que parece una gran sala y allí nos paramos. El librero se gira y despliega el pergamino.

—Este es el sitio —anuncia con su voz ajada.

Mi abuelo en ese momento se une a nosotros y coge el pergamino con decisión, empieza a leer en un idioma que nadie de esta sala conoce, pero yo no le escucho, solo busco a Gabriel con la mirada. ¿Por qué no ha venido con él? En mi búsqueda veo imágenes de todo tipo a mi alrededor.

Un poco separada de nosotros, se encuentra Elvira, sus ojos húmedos me indican que espera el momento de la despedida. Mis padres, abrazados, se susurran palabras de amor, se despiden como no pudieron hacerlo hace veintiún años, cuando mi madre tuvo que marcharse por mí. Entonces mi padre me mira y se acerca a mí.

—Ratoncita, te dejo en buenas manos. Te echaré de menos cada día de mi vida hasta que volvamos a encontrarnos. Has sido mi único motivo para seguir viviendo desde que tu madre se fue. Sé que no debo ser egoísta, tengo que dejarte marchar para cumplir la misión que te ha tocado. No quiero decirte adiós, solo hasta pronto porque sé que volverás a mi lado y con esa ilusión te esperaré. —Hace una pausa, su barbilla tiembla, coge aire y sigue hablando—. Te llevas mi corazón, hija mía, aunque me quedo tranquilo porque te vas con tu madre, y a su lado siempre estarás segura.

Me abrazo a él, no puedo seguir escuchándole. Intento hablar, pero no me salen palabras. Lloramos abrazados hasta que mi madre se une a nosotros.

—Tranquilos, esto no acaba aquí. Volveremos a estar juntos los tres, más pronto de lo que imagináis.

Mi abuelo, desde el centro de la sala, nos anuncia que ha llegado el momento. Miro hacia la entrada, no hay ni rastro de Gabriel.

Mi abuelo empieza a explicarme los pasos que debemos seguir.

—Celia, solo tú puedes abrir el portal. Necesitamos que dejes tu cuerpo físico ahora, solo así tu poder será pleno. Una vez que esté abierto, todos podremos seguirte. —Me pasa el pergamino—. Cuando estés preparada puedes comenzar a leer.

Mis manos tiemblan, miro las letras que para mí no tienen ningún sentido. Aún no estoy preparada. Corro hacia mi padre y me abrazo a él de nuevo.

—Te quiero, papá. Gracias por estar siempre para mí, por ser al mismo tiempo mi padre y mi madre, mi amigo, mi confidente. No me queda tiempo para decirte todo lo que significas para mí. No quiero que sufras, voy a volver y siempre estaremos juntos. —Le doy un gran beso en la mejilla y me dirijo hacia Elvira—. Gracias por tu ayuda durante estos meses tan difíciles para mí. Te llevaré en mi corazón. Y si puedo, te hablaré desde el cielo. —Vuelvo a dirigirme a mi padre—. A través de Elvira tendrás noticias mías, te lo prometo.

—Hija, yo te espero aquí, impaciente hasta el día que vuelvas. —Mi madre se nos acerca y los tres nos cogemos de las manos—. Oli, te llevaste mi corazón hace veintiún años, me confiaste a nuestra hija y, aunque solo Dios sabe lo que me costó seguir adelante, lo hice por ti. Ahora soy yo el que te pide que cuides de nuestra niña y que allí donde quiera que estéis, me esperéis hasta que nos reunamos de nuevo.

—Manuel, has sido y serás para siempre mi gran amor. Protegeré a nuestra hija con mi vida, eso lo sabes bien. Aunque allí dónde vamos no correrá ningún peligro. Sé feliz, amor mío. Disfruta de lo que la vida ha puesto en tu camino, que yo sé perfectamente que por eso no me quieres menos—. Se funden en un último abrazo y yo me uno a ellos—. Te veré en el cielo...

—Celia, Olivia, es hora de partir —nos apremia mi abuelo.

—De acuerdo, estoy preparada. —Miro una vez más hacia la entrada—. ¿Por qué no llega Gabriel?

—Él está bien, comienza a leer, por favor —dice mi abuelo mientras pone su mano en mi hombro para infundirme ánimos. Mi madre se une a nosotros posando su mano en mí también.

Despliego el pergamino y veo que mis dedos ya no tiemblan. Ha llegado el momento de terminar con esta locura que empezó el día de mi cumpleaños. No sé a qué me enfrento, pero tengo a mi

abuelo y a mi madre a mi lado. No debo tener miedo, me digo una y otra vez.

Una figura irrumpe veloz en la sala, a mí se me escapa el aire que tenía retenido desde que me separé de él. ¡Gabriel, por fin! Se coloca justo detrás de mí y pasa su mano por mi espalda en un gesto tranquilizador.

—Ya han llegado, estamos rodeados por luces blancas. El callejón está completamente protegido. Aun así hay que partir rápido, cada vez atacan con más fuerza. —Se acerca a mi oído y me susurra—: Todo acabará en el momento que salgamos de aquí. Ellos están a salvo.

Comienzo a leer, son palabras sin sentido para mí, por un momento pienso que no va a funcionar, que no va a pasar nada. Sin embargo, empieza a surgir la luz en mí, noto el calor que me produce, se concentra en el centro de mi cuerpo y va aumentando cubriendo todas las terminaciones nerviosas, hasta llenar mi cuerpo por completo. Mi voz suena cada vez más poderosa, resuena en la gran sala, fuerte y clara. Dejo mi cuerpo humano sin apenas darme cuenta de lo que me sucede, me miro a mí y a los que me rodean y solo encuentro luz. Me siento bien, en paz. Mis palabras siguen resonando en la gran sala, aunque yo ya he dejado de leer. Un torrente de luz se abre a un lado, y algo me dice que es allí a donde tenemos que dirigirnos. Elvira y mi padre nos miran impresionados con una sonrisa en sus labios y lágrimas en los ojos.

Protegida por mi familia y con Gabriel abriendo el camino, comenzamos a ascender hacia el foco de luz que es mi destino. Miro hacia atrás por última vez, mi padre me dice adiós con la mano y así sigue hasta que le pierdo de vista. Le echaré tanto de menos...

Estoy flotando, el tiempo ya no pasa, ya no existen los problemas. La oscuridad me rodea, pero no tengo miedo, sé que ahora estoy a salvo. Aunque no puedo verles, percibo que los demás están muy cerca de mí. Disfruto el momento, no me preocupa lo que vendrá, ni lo que queda atrás.

En la lejanía, un diminuto punto de luz se va agrandando, mientras sigo flotando.

No sé cuánto tiempo ha pasado, abro los ojos y descubro que la oscuridad empieza a dar paso a un azul intenso, ¿estoy en el cielo? Mis pies descalzos se posan en un precioso campo, salpicado por un sinfín de flores que no reconozco, pero ese olor... ¡Huele a la floristería del callejón escondido! Miro mi cuerpo y veo impresionada que vuelvo a ser yo. A mi lado mi abuelo, mi madre y un poco más allá Gabriel, todos ellos me miran con una gran sonrisa.

Me doy cuenta con ilusión de que todo es como en mi sueño, estoy rodeada de gente que antes no reconocía en un lugar extraño. He soñado con este momento una y otra vez desde que tengo uso de razón. Todos se acercan a mí, y me doy cuenta de que han cambiado, aunque parezcan igual. Los reconozco, pero ya no son ellos. Gabriel coge mi mano, le miro, y nos sonreímos. Mi madre posa su mano en mi hombro, a su lado mi abuelo, y comenzamos nuestro camino. Voy directa a mi destino rodeada por mis seres queridos. Y envuelta en ese sueño sin necesidad de mirar atrás, me siento infinitamente feliz.

14

Me despierta un sonido intenso y me levanto sobresaltada, hasta que me doy cuenta de que está sonando el despertador. Vuelvo a tumbarme en la cama, pensando por qué no he ido todavía a comprarme otro que no tenga ese sonido tan horrendo. Intento pensar qué día es hoy, pero no consigo acordarme. ¿Qué me pasa? ¿Será que ayer bebí demasiado y no lo recuerdo? Tengo un inmenso dolor de cabeza.

Me siento en la cama, con los ojos entornados porque no soy capaz de abrirlos del todo, y escruto lo que hay a mí alrededor. No veo nada extraño, es mi casa, reconozco perfectamente mi habitación. Pero algo se me escapa, no puedo decir qué día es hoy ni recuerdo qué pasó ayer. Definitivamente debo haber bebido demasiado con las locas de mis amigas.

Me tumbo de nuevo y cierro los ojos. Las imágenes vienen a mí como un torrente, tan claras que siento que me mareo. Es mi cumpleaños, mi padre me entrega una carta, veo mi expresión al descubrir que es de mi madre. La búsqueda de la librería, el primer encuentro con Gabriel, los peligros que conlleva, la desaparición de Sofia, el callejón escondido, Elvira y su tiendecita, mi abuelo, mi madre.

Abro los ojos sin entender nada, salto de la cama. ¿He acabado mi misión? ¿He vuelto a la Tierra!

Me visto lo más rápido que puedo y salgo a la calle, sé perfectamente dónde dirigirme primero.

Estoy pensando en mi padre, cuando mi móvil comienza a sonar.

—¿Papá?

¿Pero cómo ha sabido que estoy aquí?

—¡Feliz cumpleaños, ratoncita!

—¿Cómo?

—Te estoy preparando una superfiesta para esta noche, no se te ocurra hacer otros planes, Celia, te quiero aquí a las nueve en punto. Este va a ser un cumpleaños muy especial, ya lo verás, hija.

—¿Hoy es mi cumpleaños?

—No te vas a librar de la fiesta por mucho que disimules. No todos los días se cumplen veintiún años. Recuerda, a las nueve en punto.

—Eh... Vale. —(¿Cómo que veintiún años?)

—Que pases un buen día de trabajo, hija.

—Gracias, papá, hasta luego.

Cuelgo el teléfono y me quedo parada en mitad de la acera, ¿qué está pasando? No entiendo nada. Miro la fecha de hoy en la pantalla de mi teléfono, he vuelto al día de mi cumpleaños. ¿Qué está pasando? ¿Habrá sido todo un sueño?

Mis pasos me llevan al edificio de oficinas en el que trabajo, subo en el ascensor y salgo en mi planta, miro a mi alrededor, todo sigue igual. Me dirijo a mi mesa, esperando la reacción de alguien que se extrañe de que yo esté allí; sin embargo, mis compañeros me saludan como si me hubieran visto ayer mismo.

—¡Feliz cumpleaños, amiga! —Sofía se abalanza por detrás y me da un gran abrazo.

—Sofía... ¡Dios mío, Sofía! —Me giro y la abrazo también.

—Celi, mujer, que nos vimos el sábado. ¿Qué te pasa? Estás muy rara.

—No lo sé, un mal sueño al parecer.

Sofía me da un codazo para que mire detrás de mí, Álvaro se acerca a nosotras.

—Buenos días, compañeras. Celia, necesito que me pases una relación de los clientes nuevos de este mes, solo los que han solicitado un alta nueva, ¿de acuerdo?

—Dale un respiro, Álvaro, que hoy es su cumpleaños —dice Sofía.

Les pido que me disculpen un momento y me alejo deprisa. A mi espalda creo escuchar que Álvaro me felicita, mientras que Sofía me pregunta si me encuentro bien.

Llego a la calle sin aliento, ¿qué está pasando? ¿Puede ser que todo haya sido un sueño? Nunca había soñado de esta manera, recuerdo perfectamente cada detalle de lo que ha pasado.

Llevada por un impulso, paro un taxi y me monto rápidamente.

—A la Plaza del Molino, por favor.

Cruzamos la autopista, tengo miedo de llegar al callejón escondido y darme cuenta de que nada ha existido en realidad. Me apeo del coche justo delante de la cafetería en la que tantas veces me senté. Mi paso es rápido, todo lo que soy capaz, debería plantearme seriamente dejar de usar taconazos de una vez por todas. Bajo por la calle empinada como una exhalación y me cuelo entre los edificios del oscuro callejón. Pero, ¡está cerrado! En lugar de la abertura a la placita del callejón escondido, me doy de bruces con un muro que me impide seguir avanzando. Palpo la pared una y otra vez, buscando una rendija tal vez, algo que me indique que está ahí, pero nada. Golpeo los ladrillos con todas mis fuerzas hasta que, abatida y exhausta, me dejo caer hasta el suelo entre lágrimas de desesperación.

No es posible que todo haya sido un sueño. A mi mente acuden tantos rostros, ahora conocidos para mí. Mi madre y mi abuelo con sus dulces sonrisas, Elvira tan cariñosa conmigo, Gabriel... ¡no ha podido ser irreal! Todavía noto en mi piel el calor de sus caricias y mis labios anhelan sus besos.

El viaje de vuelta se me hace muy largo, no puedo ir a mi casa, no puedo volver al trabajo, tampoco me veo con fuerzas de enfrentarme a mi padre en estos momentos. Camino sin rumbo, hasta que me encuentro en la puerta de mi cafetería favorita. Un batido de fresa extragrande es lo que necesito en este momento, nada como el azúcar para los momentos difíciles.

Me siento en una mesa del fondo, y allí me encuentro debatiéndome si lo mejor sería acompañar el batido con unas ricas tortitas con mucha nata y sirope de caramelo, cuando una presencia a mi lado hace que levante la vista de la carta. La camarera, de pie a mi lado, deja un batido gigante en la mesa con una sonrisa.

—Pero si yo no he pedido nada todavía —digo, extrañada. ¿Tantas veces he venido que ya me conocen? Eso es un poco preocupante para mi dieta...

—Se lo manda el caballero de la mesa de allí.

No puede ser. Me resisto a levantar la mirada para ver de quién se trata por si no fuera él. Noto cómo mi corazón palpita desbocado. Me armo de valor y miro al fin. A unas pocas mesas de la mía se encuentra Gabriel. Con su sonrisa ladeada que me vuelve loca, su pelo intencionadamente

despeinado, su camiseta blanca ajustada. No puedo evitar que mi visión se emborrone por las lágrimas, mientras él se levanta y con su paso seguro se acerca a mí. Me doy cuenta de que todas y cada una de las mujeres del local, incluida la camarera, se giran a su paso.

—Hola, fierecilla, ¿me has echado de menos?

—Gabriel... —Es todo lo que soy capaz de articular.

—Pensaba que odiabas los batidos de fresa.

—No, en realidad son mis favoritos.

Se sienta a mi lado y me limpia las lágrimas mientras yo doy rienda suelta a mis sentimientos.

—Gabriel, he pasado un día horrible. Me he despertado sin saber qué pasaba. ¡Hemos vuelto al día de mi cumpleaños! Nadie recuerda nada de lo que ha pasado, he ido hasta el callejón y no he podido pasar, hasta yo misma me he convencido de que solo había sido un sueño.

—¿Qué diferencia hay entre los sueños y la realidad?

—Pues, hombre, la hay. ¿Ha pasado todo realmente? ¿Dónde está mi madre?, ¿y mi abuelo? ¿Conseguí terminar mi misión? Necesito saberlo, Gabriel. —Hago una pausa para coger aire, mientras él me sonrío abiertamente—. Si realmente ha sido un sueño, ¿cómo es que estás tú aquí?

—Shhh... —Gabriel se acerca y deja un suave beso en mis labios. Intento volver a hablar, pero me calla besándome de nuevo—. Si solo así consigo que estés calladita, puedo estar el día entero dándote besos.

—¿Lo podemos dejar en la vida entera dándome besos?

—Acepto el trato. Ahora tómate el batido de fresa que lo estás deseando.

Mientras compartimos el batido, no puedo dejar de pensar, ¡qué más da sueño que realidad! Lo importante es disfrutar el momento y ser feliz. Hay que luchar por conseguir nuestras metas —aunque para llegar a ellas dejemos muchas cosas por el camino—, vencer las sombras de nuestros miedos y emplear toda nuestra energía. También necesitamos creer en la magia. Y, sobre todo, pensar que a veces, y solo a veces, en algún callejón escondido de nuestra mente, los sueños se hacen realidad.

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas que han participado en mi gran sueño. Principalmente quiero dar las gracias a mis padres, gracias por ayudarme una vez más a cumplir un sueño en mi vida, sois los mejores padres y abuelos que se pueda desear.

A mi familia, a mi hermana, sobrinos, cuñados, suegros, tíos y primos, en especial a mis abuelos Benito y Edu, sois los mejores bisas. A todos vosotros gracias por formar parte de mi vida.

A mi prima Laura que ha vivido esta aventura cerquita mía.

A mi prima Nati, eres la persona más fuerte que he conocido, siempre adelante, prima.

¡Os quiero a todos!

A mis lectores cero, que tanto me han ayudado y animado en este complicado camino (Jesús, mi madre, Laura, Santi, Tere...) A vosotros, gracias por compartirlo conmigo y emocionaros en cada paso de esta aventura.

A Rosa, por tu paciencia y tus buenos consejos, espero que vivamos juntas muchas más historias.

A Ana María, por compartir conmigo tu experiencia.

Y sobre todo a los que han hecho el esfuerzo de comprar mi libro, gracias ¡espero que os encante!

Y dejo para último lugar a los más importantes de mi vida: Jesús, mi marido, gracias. Gracias por creer en mí en esta nueva aventura, por emocionarte leyendo el borrador del libro, por tus buenas ideas y por tu ayuda en todo momento. Y, por supuesto, a mis hijos Álvaro y Celia, sois mi vida y doy gracias todos los días por teneros, sin duda sois lo mejor que me ha pasado. ¡¡Os quiero!!